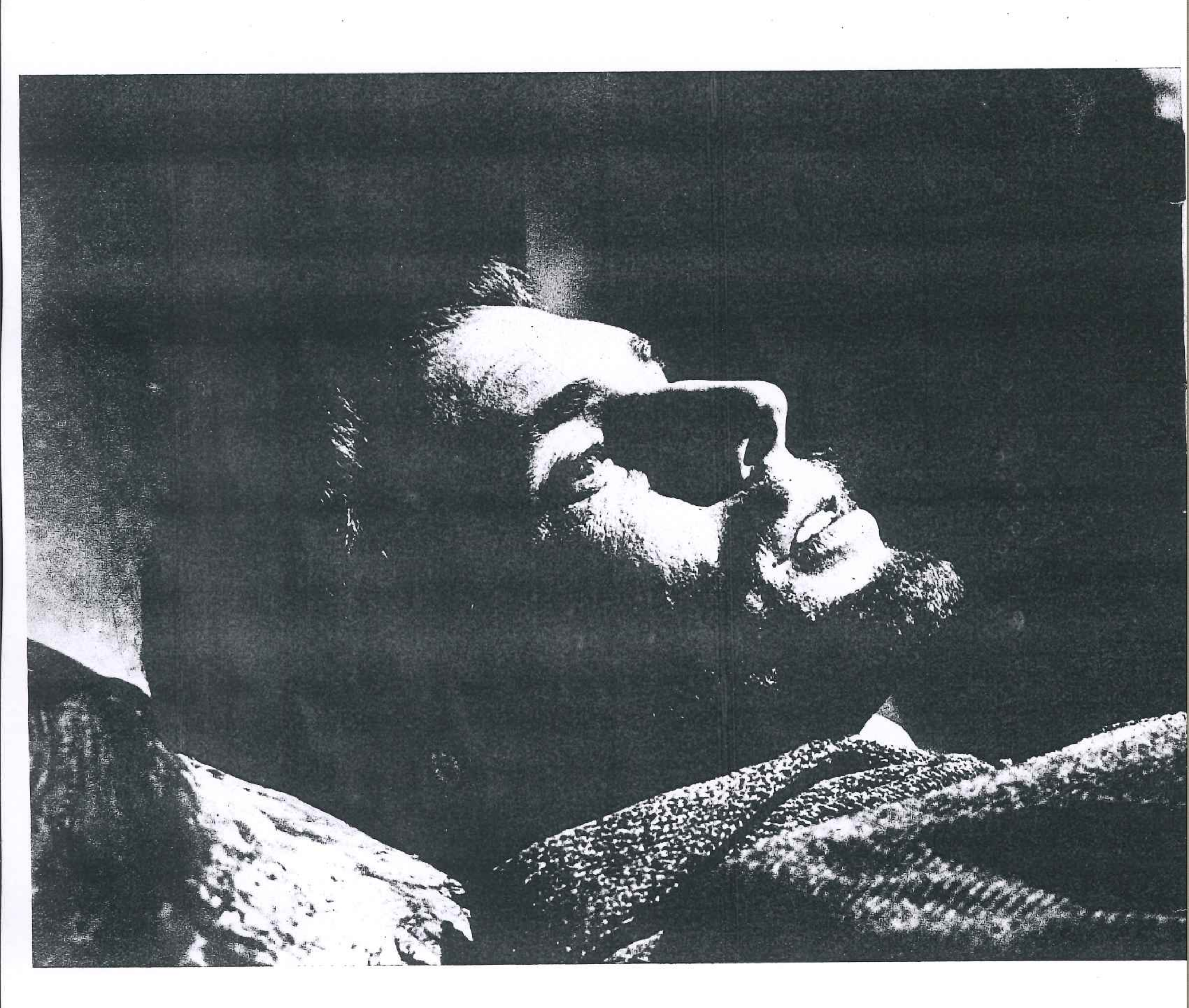
81

LA ÚLTIMA SERE



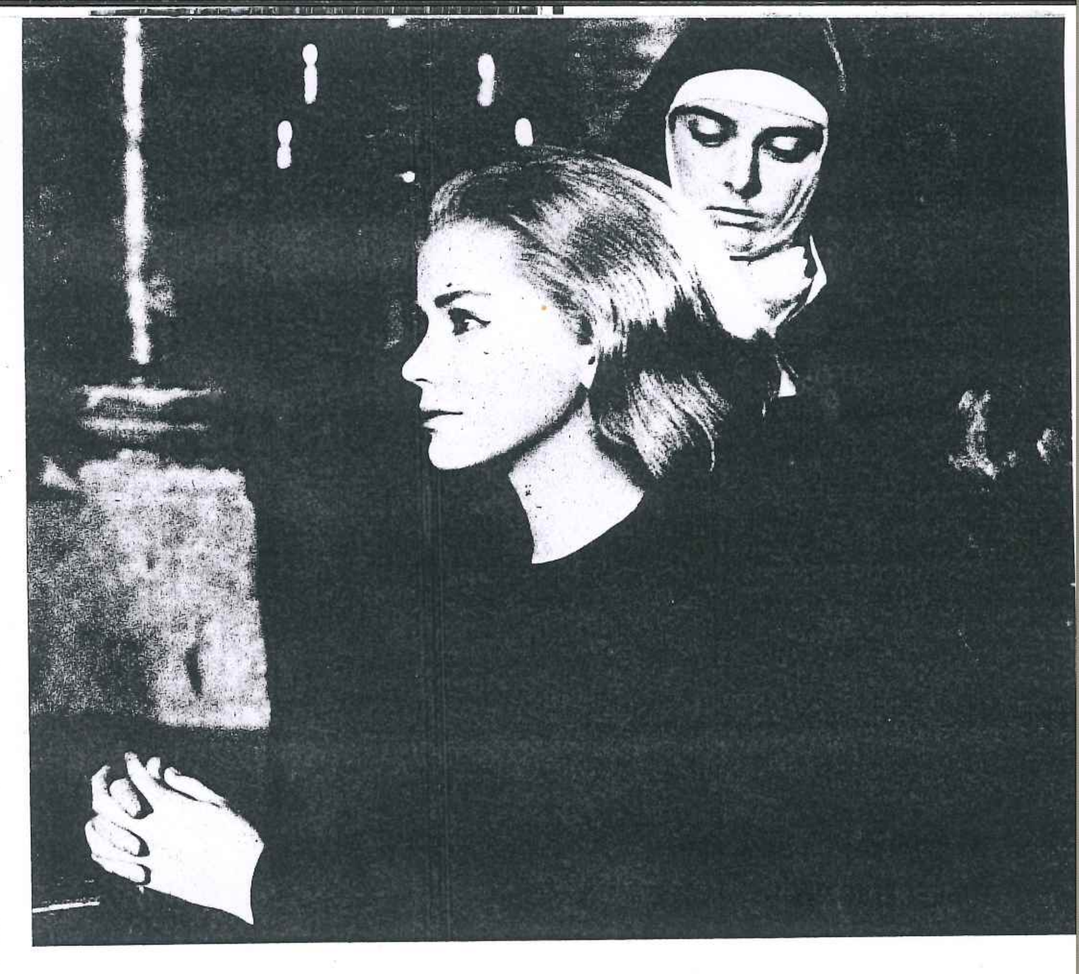
El hijo de Bernardone

se ha hecho pobre por amor de Dios.

Ahora se siente dueño del mundo

82

NATA



La luna se ha desenredado de las ramas de los árboles y escapa por el cielo. Madona Zita entreabre la ventana y apaga la luz para que no la vean desde la calle. A pocos metros de distancia una voz vibrante canta:

« Eres más luminosa que una estrella,
cuando te pienso me salta el corazón.
Serás la esposa gentil y bella,
tendrás tú siempre todo mi amor... ».

También a Madona Zita le salta el corazón porque esta serenata no puede ser más que para ella.

Hace ya varias noches que Francisco, el hijo de Pietro Bernardone recorre la calle cantando con una especie de exaltación. No hay duda: es el amor que se repite para él como para tantos otros, para él y para...

Madona Zita no osa completar el pensamiento porque el canto de Francisco se ha hecho un poco extraño:

Tu veste es un sayo oscuro,
tu comida, la hierba amarga.
Tu lecho de piedra es duro,
pero me eres, señora, tan cara...

¿Quién puede ser esta esposa tan pobre? Acaso Zita se ha engañado. No puede ser ella porque sus arcas están llenas de vestidos bordados y su mesa cubierta de exquisitos manjares.

La ventana se cierra y la joven entra en la sombra de la estancia. Un frío doloroso le ha bajado al alma.

— ¡Tonta! — se dice son una especie de rencor. — ¿Por qué te has ilusionado? Hay muchos caballeros en la ciudad...

Y sin embargo no logra alejar su pensamiento de Francisco. Lo admira por la alegre despreocupación que lo ha hecho el rey de la juventud de Asís. Es el animador de las fiestas y convites porque su padre le llena continuamente la bolsa con tintineantes monedas de oro.

La serenata se extingue y el rayo de luna busca a Madona Zita como para decirle: « ¿Por qué estás en la sombra? Es hora de encender las lámparas... ».

De pronto empiezan a correr extrañas voces:

— El hijo de Bernardone está loco.

— ¿Sabéis? En su viaje ha Roma ha gritado contra los que echaban pocas monedas en la tumba de San Pedro. El ha tirado todo su dinero y ha quedado sin un sueldo para comprarse el pan.

— ¡Peor todavía! Dicen que vistió los harapos de un mendigo y se sentó en la escalinata de la basílica a pedir limosna para los pobres.

— Está loco!

Pero alguien observa: — Todos los santos parecen locos... Madona Pica, la madre de Francisco, está preocupada.

Un prisionero que escapa

Sueña en todo menos en ayudar a su padre — dice enfadado Pedro Bernardone. — Tengo que correr a París, a Florencia, a Nápoles mientras aquel bribón inventa una todos los días. Pero apenas regrese a casa, juro que...

Madona Pica palidece. Conoce ya la violencia de la cólera de su esposo.

— No, Pedro — suplica — espera un poco. Quizá Francisco está enfermo. Déjamelo, trataré de convencerlo.

Pero Francisco no está enfermo: es sólo un alma de fuego que busca su camino.

Un día va a apostarse cerca de las ruinas de la iglesia de San Damián, ante un crucifijo bizantino, y suplica: — Señor, háblame.

Y el Cristo parece contorsionarse en la agonía y dice:

« Ve, Francisco, y repara mi casa que cae ».

El joven no sabría decir si las palabras han herido su oído, lo cierto es que han penetrado en él como una espada.

Siente que debe darlo todo y que sólo ésta podrá ser su felicidad. Y su corazón entona de nuevo la serenata:

« Tienes por veste un sayo oscuro,
y tu comida es de hierba amarga...
Tu lecho de piedra es duro
pero me eres, señora, tan cara ».

La esposa y el esposo están prontos. Hay que apresurar las bodas.

Pero Bernardone promete hacer pedazos a Francisco cuando caiga en sus manos.

El joven no puede regresar a casa y pasa un mes en una gruta abierta a los cuatro vientos. Después decide afrontarlo todo.

Entra en Asís descalzo y harapiento y enseguida lo rodea un corro de pilluelos:

— ¡Vuelve el loco! ¡El loco!

De las casas salen los altivos jóvenes que habían sido sus amigos y le repiten: — ¿Por qué te ha dado? ¿No ves que todos los ojos están fijos en ti y las lenguas....?

De improviso una mano se abate sobre el hombro de Francisco, y Bernardone ruge:

— Nos las veremos dentro de poco. Acabarás con tus locuras, te lo aseguro. Un mercader honrado como yo tener en casa semejante vergüenza.

Y el joven es encadenado en un cuartucho oscuro, sin aire, donde no logra estar de pie.

Pero en la celda oscura entra cada día el amor de Madona Pica.

— Francisco, — le dice un día. — ¿Quieres hacerme morir de angustia?

— Oh, mamá.

— ¿Por qué te has vuelto tan raro? Oyeme, hijo, tal vez yo sé lo que necesitas: una esposa, ¿no es cierto?

— Es cierto, mamá.

— ¿Quieres que te ayude a escogerla?

— Ya la he elegido, mamá, es la más bella, la más deseable, la más amada.

Madona Pica mira suspensa a su hijo.

— Mamá — le susurra él — es la Pobreza.

La santa mujer ha comprendido: debe abrir la puerta de la cárcel a Francisco y dejarlo andar por su camino. No se puede luchar contra Dios.

Francisco se siente un rey. Lo tiene todo.

Camina por los campos de la Umbría cubiertos de olivos, resplandecientes de piedras rosadas y dice:

— Este cielo es mío. — Este sol es mío. — Este crepúsculo fantástico es mío...

Se detiene a escuchar el canto de los pajarillos y sonríe repitiendo:

— Esta música es mía y mío es el murmullo de aquel fresco riachuelo...

Ya Francisco no tiene nada, ni un caballo ni un laúd, ni una silla o una sábana, pero precisamente por eso pertenece al universo, como el aire y la luz y el universo entero le pertenecen a él.

¿Qué nombre dará a todas estas cosas?

— Dime, hermano sol, ¿qué nombre debo darte?

Un resplandor le invade el alma. « Hermano », el nombre no puede ser más que éste. Francisco alza los ojos y le parece sentir sobre su cabeza la mano del Padre.

Y canta: « Alabado, seas, mi Señor, con todas tus criaturas, especialmente el hermano Sol, que me ilumina...

Alabado seas, mi Señor, por hermano Fuego y las Estrellas, por hermano Viento y por Aere y Núbilo y sereno en todo tiempo... ».

La lírica de Francisco se interrumpe: un pensamiento ha venido a oscurecer su alegría: hay otros hermanos, muchos otros, más vivos que el agua y el fuego, que no quieren entrar en la armonía del universo. Son los hombres, que se odian y se despedazan.

Francisco no puede seguir gozando de la dulzura de la naturaleza: debe entrar de nuevo en la guerra de los hermanos hombres.

Volved mañana

Se presenta en Asís, donde nobles caballeros armados de hierro pasan al lado de otros caballeros también armados de hierro, lanzando ojeadas de frío orgullo... Donde los hombres del pueblo se aprietan contra el muro royéndose de envidia cuando los mercaderes altaneros, con las bolsas tintineantes de monedas, avanzan por el centro de la calle.

— Hermanos — dice — tenéis en el alma una coraza que os sofoca. Mirad a nuestro Señor crucificado. No tiene corazas, sólo el pecho desnudo y traspasado. Vosotros, que no sabéis como cerrar vuestros cofres llenos, arrojad el peso que os oprime. Tened un solo vestido, un solo par de calzado. Libraos de todo lo que no podréis llevar con vosotros a la casa del Padre.

Ya nadie osa llamarlo loco. En Asís suceden cosas extrañas. Se ve arrogantes aristócratas dar la mano a sus enemigos, tirar la espada y el manto, quitarse la túnica bordada, cortarse los cabellos y suplicar con lágrimas:

— Francisco, recíbenos contigo, sè nuestro maestro.

Todos en la ciudad recuerdan el episodio del rico Silvestre, avaro como una esponja.

Silvestre había vendido a Francisco piedras para la reconstrucción de la iglesia de San Damián, y quería dinero, más dinero...

El juglar de Dios una mañana estaba distribuyendo a los pobrecillos del Señor las limosnas recogidas, cuando Silvestre se acercó a recordarle su deuda.

— Toma — le dijo Francisco, vaciando en sus manos la bolsa de monedas, sin contarlas, porque eran de Dios.

Después, volviéndose a los pobres, añadió: — No tengo más para vosotros, pero regresad mañana. Os aseguro que habrá mucho dinero.

Silvestre se fue, apretando la bolsa contra su corazón, pero durante la noche aquel puñado de

sigue en la pág. 19

se pone a su alcance. Cualquiera que sea la dimensión del escualo, lo primero es inmovilizar esta parte tan peligrosa. Si los marineros se ven en peligro, deben enviar un proyectil de pistola de grueso calibre en el cuerpo del monstruo.

La vitalidad de los escualos es portentosa. El tiburón de Groenlandia sigue comiendo con la cabeza transpasada por un grueso garfio.

En las pesquerías de Islandia muchas veces los marineros echan al mar los tiburones después de quitarles el hígado, que produce un aceite de gran valor, y los animales siguen nadando alegremente. No es raro el caso de pescar tiburones que llevan hundida en el cuerpo, como trofeo de victoria, el arma formidable del pez-espada, su enemigo más encarnizado.

Pero, a pesar de tantos aspectos negativos, es preciso decir que el tiburón es útil también al hombre.

Su piel es excelente para la fabricación de calzado, cinturones, carteras y billeteras.

Si ves en los escaparates de un almacén de lujo zapatos ligerísimos confeccionados con cuero fino como la piel de un guante, observa bien: probablemente una viñeta debajo del precio « salado » te mostrará la terrible silueta de tiburón para indicarte la materia prima.

Y si se piensa que la piel de un tiburón pequeño tiene la extensión no indiferente de tres metros cuadrados, y que la de un tiburón adulto puede llegar a los doce metros, no es difícil comprender la posible ganancia.

Del « higadito » de este animal (de casi un metro de largo) se extraen hasta dos barriles de aceite usado en la fabricación de jabones y medicinas.

Los dientes son muy buscados por los artífices que hacen preciosos dijes, la grasa se usa en la fabricación de cosméticos, la sangre produce una cola fortísima para carpinteros, y el jugo gástrico sirve para la preparación de la insulina, el remedio soberano contra la diabetes.

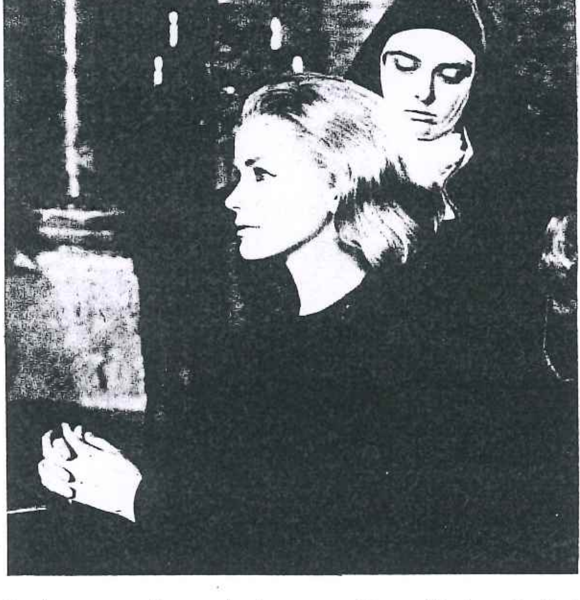
Al fin de cuentas, juzgando serenamente, el hombre debe admitir que este animal tan sanguinario, después de muerto es particularmente generoso y restituye en forma elegante cuanto había devorado en su vida con una voracidad casi legendaria.

María Pía Blanco

LA ÚLTIMA SERENATA

viene de la pág. 9

603



monedas se convirtió en una montaña puesta sobre su pecho, una montaña que lo torturó, lo hizo, sudar, lo asfixiaba.

Al alba Silvestre se maravilló de no haber muerto y quiso librarse de la pesadilla, porque una voz le decía dentro de sí: « ¿Qué vale al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ».

Era una voz inflexible que llenaba el universo.

El rico fue a la plaza donde los pobres esperaban y donde estaba Francisco con las manos vacías. Y Silvestre echó al suelo su cofre pesado y comenzó a dar, a dar sin anotar en los registros.

Al fin se dio cuenta de que la montaña de fuego se apartaba de su pecho, un pajarillo pasó sobre su cabeza, y se sintió ligero, libre y puro. Entonces se descalzó y siguió a Francisco, sin volver atrás para cerrar la puerta de su casa.

El regreso a Roma

Un día del 1209 Francisco se presenta en Roma. Ha estado ya en su juventud, en un espléndido caballo con gualdrapa de terciopelo, escoltado por varios siervos. Ahora es un mendigo, con una túnica remendada y descolorida, ceñida con una cuerda.

Ha atravesado campos y ciudades con los pies desnudos, tendiendo la mano. Muchos se han dejado iluminar por su sonrisa pero otros no han querido mirarlo y le han azuzado los perros. A la puerta del palacio pontificio los guardias le cierran el paso:

— ¿Qué quieres?

— Debo hablar al Santo Padre — responde él con humilde seguridad.

— ¿Quién eres?

— Soy el más despreciable de los hombres, el más endurecido de los pecadores. Me llamo Francisco y vengo de Asís.

Los guardias lo miran con aire divertido. Ciertamente es un loco, uno de los acostumbrados visionarios. En ese momento pasa por allí Guido, el obispo de Asís, que conduce a Francisco ante el Papa.

Inocencio III lo acoge con bondad: — ¿Qué pides, hijo?

— Pido el permiso de tener conmigo a los hermanos que quieran seguirme para vivir en la santa pobreza. Y quisiera saber si Dios está contento de que yo predique de pueblo en pueblo.

El Pontífice se hace desconfiado. En aquellos tiempos ha habido muchos falsos profeta, pésimos herejes que, con la excusa de predicar pobreza, han sembrado la cizaña.

— Para predicar al pueblo bastan los sacerdotes — responde.

Al día siguiente Francisco vuelve al palacio y dice a los guardias:

— Debo ver de nuevo al Papa.

Precisamente en ese momento, un prelado viene a la puerta y ordena:

— Buscad por toda Roma a Francisco, el mendigo de Asís.

Inocencio ha sabido por Dios quién es aquel hombre que quiere predicar. Lo abraza y le dice conmovido: — Ven y dime todo lo que tienes en el alma.

Francisco sale de la audiencia con el semblante transfigurado: ha nacido la Orden de los Frailes Menores.

Clara de los Sciffi

Las ventanas de Madona Zita no se abren ya desde que Francisco pasa por las calles cantando las alabanzas del Señor.

La hora de la fascinación humana ha pasado y apunta la hora de un encanto sobrenatural nuevo y más potente.

La serenata del Enamorado llena de bendiciones y de gracias el aire de Asís.

Hay otra joven ahora que piensa día y noche en Francisco. Es bella y luminosa. Sus vestiduras de brocado y terciopelo contrastan armoniosamente con sus cabellos de seda dorada. Lleva un nombre que todos reverencian porque es hija de uno de los más ricos y poderosos caballeros de la ciudad. Se llama Clara, Clara de los Sciffi.

Ha visto a Francisco mientras predicaba a los pájaros que lo escuchaban a centenares haciendo brillar los ojito plenos de sol y respondiendo a su saludo con un vuelo en forma de cruz. Lo ha oído hablar y ha comprendido el secreto de su alegría.

Su corazón sueña. ¿Qué puede soñar el corazón de una joven? Sueña el amor, pero un amor devorador, apasionado, un amor que tiene el rostro de Cristo. Quiere darlo todo, como el hijo del mercader.

Y una noche, mientras la calma acaricia la ciudad, Clara viste sus ropas más bellas y baja las escaleras conteniendo la respiración.

Abre fatigosamente una puertecita secundaria de su palacio, la que llaman « la puerta de los muertos » porque sólo los muertos salen por ella para ser llevados al sepulcro, Clara se desliza contra los muros para ocultar su luz. La acompaña una amiga. Van el encuentro de la felicidad de la renuncia.

Francisco la espera en la iglesita de Santa María de los Angeles con sus « Caballeros de la Pobreza ».

Allí, ante el altar, los cabellos de Clara, envidiados por tantas doncellas, caen bajo las tijeras y forman en el suelo un montón de oro vivo. Clara depone los anillos, los collares y brazaletes, la cintura centelleante de piedras preciosas, y se retira un momento. Cuando regresa, viste al hábito nupcial que la colma de alegría: una túnica oscura y burda ceñida con una cuerda, y un velo negro. Los zapatitos de raso han sido sustituidos por un par de zuecos de madera.

Pronto en torno a Clara se reunirán otras jóvenes que habrán elegido como esposo a Cristo.

El sigilo de fuego

Pasan los años y Francisco continúa su misión; llevando la paz donde reinaba la guerra, animando, salvando. Su casa es a menudo una gruta donde el viento silba rabiosamente, su alimento es peor que el de los perros. Su cuerpo, « hermano asno », se venga cubriéndose de enfermedades. Todo en él sufre continuamente: los ojos, el estómago, los pulmones...

Pero Francisco ríe. Hermano asno debe ser tratado a palos. El cuerpo de Cristo ha sufrido mucho más. Y Cristo quiere hacerlo semejante a El.

En el monte Alvernia los frailes menores han construido unas cabañas de ramas y han ido a pasar un largo período de penitencia.

Un noche Francisco sube, como de costumbre, hasta una roca y entra en coloquio con Dios.

— Mi Señor y mi todo — repite entre lágrimas.

Su alma es un incendio de amor y de deseo.

De improviso una luz de relámpago invade el monte y rodea a Francisco. Aquel globo de fuego se abre y se destaca clarísima la figura de un ángel con seis alas y, con los brazos tendidos como los de un hombre crucificado.

Algunos pastores que velan en los montes vecinos sienten sorpresa y temor.

— ¿Qué cosa es aquella luz? — se preguntan.

— ¿Arde el Alvernia?

— No, ¿no ves que es el sol?

— El sol, ¿a esta hora?

— ¡Han caído las estrellas! — grita uno corriendo a refugiarse en su cabaña.

Poco a poco todo vuelve a ser como antes y Francisco sale del éxtasis. Se siente las manos viscosas, el pecho y los pies quemados por un líquido caliente. Mira sin aliento: cinco llagas sangrientas se han abierto en su cuerpo.

Una voz le dice: — Te he dado el sello de la cruz.

Francisco no puede responder. Las heridas son vivas y terriblemente lacerantes.

— Señor — invoca su alma — dame todo el dolor y todo el amor.

Durante cuatro años el Santo lleva en sí la cruz de Jesús, sufriendo las penas de la Pasión.

El 4 de octubre de 1228 llega al Calvario: es la hora de la llamada. Los frailes rodean al padre que sonríe y les da los últimos consejos. Después dice: — Por santa obediencia os ordeno quitarme el sayo y ponerme desnudo en el suelo.

Los frailes vacilan llorando, pero él agrega: — Me he desposado con Madona Pobreza. ¿Traicionaré acaso en este último momento a mi Señora? ».

Los frailes obedecen y Francisco los mira dichoso:

— Cantad, — exhorta — porque ésta es perfecta alegría.

Y ellos entonan:

— Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas...

Las notas y los sollozos se unen en el aire vibrante. Y la voz de Francisco repite:

— Alabado seas, mi Señor, por hermana nuestra Muerte corporal de la cual ningún hombre viviente puede escapar.

Ay de los que mueran en pecado mortal.

Felices los que se encuentran en tu santísima voluntad, que la muerte segunda no les hará mal ».

Es la última serenata del Enamorado.

Después hermana Muerte se inclina sonriendo sobre él

MARIA COLINO

Te presento a
TERESA DE LISIEUX

Teresa es una chiquilla francesa, última de cinco hermanas. Pierde pronto a su mamá, pero las hermanas la rodean de cariño. El papá es afectuosísimo con ella y la llama « *mi reinecita* ». Teresa tiene un solo deseo: entrar en un convento de donde no se sale nunca. Entra a los 15 años: cosa extraordinaria porque no reciben niñas de esa edad. A los 24, cuando muere, es ya santa: « una santa capaz de hacerte llorar de devoción y de hacerte morir de risa en los recreos ».



Al entrar en el convento, Celina Martin, la última de las hermanas de Teresita, lleva la máquina fotográfica que le regaló su papá. Y con gran entusiasmo se dedica al oficio de fotógrafo: una novedad en aquella época. A ella debemos todas estas fotografías de la Santa.

TERESITA A LA EDAD DE OCHO AÑOS

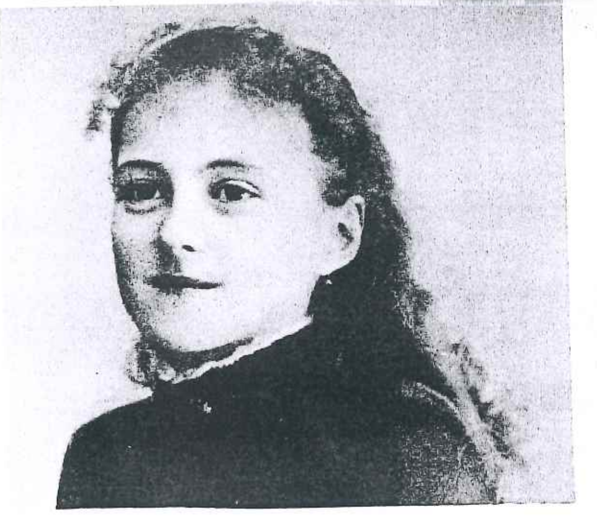
Es una niña siempre alegre. Escribe: « Tenía tres o cuatro años. Comenzaba a gozar de la vida, pero la virtud tenía atractivos para mí... Había tomado la costumbre de no lamentarme cuando me quitaban lo que era mío. Y si me acusaban injustamente, prefería callar... ». Teresa es muy inteligente y aprende pronto a leer. « La palabra "cielo" fue la primera que supe leer sola ». A los cuatro años y medio pierde a la mamá. Pero su corazón afectuoso encuentra apoyo y consuelo en la Virgen, y en el papá y las hermanas que la quieren inmensamente. Teresa no olvida nada desde aquella edad. Celina es su predilecta. « Nos entendíamos a maravilla — dice — No podía estar sin mi Celina y prefería retirarme de la mesa antes de haber terminado la fruta, si ella se levantaba... ¡Qué feliz era a aquella edad.

También quería mucho a Victoria, la doméstica. Escribe: « Un día Victoria estaba planchando y tenía cerca un recipiente con agua. Yo la miraba, meciéndome en la silla, ségun mi costumbre. De pronto la silla resbala y yo caigo ruidosamente, no en el suelo sino en el fondo del recipiente. Los pies me tocaban la cabeza y llenaba todo el recipiente como un pollito llena el cascarón. La pobre Victoria me miraba con sorpresa no habiendo visto nunca nada semejante... Estaba tan bien aprisionada que no podía hacer el menor movimiento. Con un poco de trabajo Victoria me libró de mi "gran peligro", pero no se salvaron mi vestido y todo lo demás que ella tuvo que cambiarme, porpue estaba como una esponja.



→

Te presento a
TERESA DE LISIEUX



TERESITA A LOS TRECE AÑOS

Suspira ya por hacerse religiosa, encerrándose en un convento del cual no saldrá más. Cuando Paulina, su hermana mayor, partió para el Carmelo, Teresita cayó gravemente enferma, tanto que desesperaban de salvarla. Pero sucede un hecho prodigioso. Tiene en su cuartico una linda imagen de la Virgen. En cierto momento la niña ve que la estatua se convierte en una persona. « Entonces — cuenta — se acercó a mí y me sonrió... ». Toda la vida conserva el recuerdo de aquella sonrisa.



TERESITA QUIERE ENTRAR EN EL CARMELO

pero es una chiquilla y le dicen que no. ¿Entonces qué hace? Para parecer menos joven se hace peinar con los cabellos recogidos. Escribe: « Su excelencia el obispo de Bayeux (al cual se había presentado para solicitar la admisión en el Carmelo) se divirtió muchísimo cuando papá le contó que aquella mañana me había hecho levantar el cabello para mostrar mayor edad... ». Como el obispo no la acepta, Teresita parte con el papá y Celina en una peregrinación a Roma, donde puede hablar con el Papa. Teresa es aceptada después del viaje a Roma. « Se fijó mi entrada para el lunes 9 de abril de 1888... Después de dar una última mirada a mi casa, el alegre nido de mi infancia, me dirigí al Carmelo... No oía más que sollozos. Sólo yo no lloraba », escribe después.

TERESITA ES NOVICIA

Ahora se llama Sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, porque en el Carmelo se cambia de nombre. Está junto a la Cruz, con la gran capa blanca de las novicias. Al entrar en el convento, a los quince años, Teresita debe dejar a sus seres queridos: « Al acercarme por primera vez a la puerta de la clausura, el corazón me latía con tal violencia que me preguntaba si estaba a punto de morir. ¡Oh, qué momento!... Abracé a todos los míos y me arrodillé delante de papá para que me diera la bendición. Cayó él también de rodillas y me bendijo llorando. Finalmente las puertas del Carmelo se cerraron detrás de mí ». Cuando Teresa se encontró sola en su celda se sintió feliz.

En la foto sonríe, entrecerrando los ojos. Recuerda: « ...Todos los días a las cuatro y media, la Madre Maestra (la Hermana que la instruye sobre la vida del convento) me mandaba al jardín para arrancar hierba, cosa que me costaba mucho!

« ...Un día en que Celina debía ir a una reunión mundana... supliqué al señor que "le impidiera bailar". Jesús me escuchó: ... su caballero se encontró en la absoluta imposibilidad de hacerla bailar; con su gran confusión sólo pudo "caminar" junto a ella para conducirla a su puesto; después se eclipsó ».







TERESITA EN EL PATIO DEL CONVENTO

Tres hermanas de Teresita entraron en el convento antes que ella. Celina entró después. Aquí las vemos a todas en el patio del convento con la Superiora. Teresita está como absorta. Viste ya el hábito de carmelita, con el amplio velo negro. En septiembre del 1890 Teresa pronuncia sus votos y en una solemne función recibe el velo. De ahora en adelante se presentará siempre cubierta con él, porque quien se consagra a Dios no quiere que nada la distraiga de El. Sobre su corazón lleva el billete donde ha escrito todos sus deseos: « ...Oh Jesús, haz que no se ofusque el candor de mi veste bautismal ».



TERESA EN RECREO CON LAS HERMANAS

Celina retrata a toda la Comunidad durante un recreo en el patio del convento. Teresita esboza apenas una sonrisa: piensa en su papá. Pocos meses antes el Señor ha llamado a sí a « mi buen papá tan probado y tan santo ». Así escribe Teresita, y agrega que Celina, terminada su misión al lado de su papá, puede también volar al Carmelo. Pero una Hermana se opone resueltamente. Un día en que las dificultades para la admisión de Celina parecen insuperables, Teresa dice: « Jesús mío, sabes cuánto deseé que la prueba a que sometiste a papá le sirviera de Purgatorio, y cuánto quiero saber si mis oraciones han sido escuchadas. No te pido que me hables. ¡Me basta una señal! La oposición de Sor Tal al ingreso de Celina es bien conocida. Si de ahora en adelante ella no pone más obstáculos, será esta tu respuesta, y me dirás con eso que papá ha ido directamente al Cielo ».
Terminada la oración, Teresita sale del coro. Ni hecho aposta; la primera persona que encuentra es aquella Hermana, que se oponía, la cual « ...me habla con lágrimas en los ojos de la entrada de Celina, manifestando sólo un vivo deseo de verla muy pronto con nosotras ».

TERESITA EN LA LAVANDERÍA

Escribe: « ... Me encontraba en la lavandería precisamente frente a una Hermana que lavando los pañuelos me salpicaba continuamente con el agua sucia. Mi primer movimiento instintivo fue retroceder, secándome la cara para demostrarle que me haría un verdadero servicio al hacer las cosas con más calma. Pero pronto pensé que sería bien tonta en rechazar los tesoros que me ofrecían tan generosamente, y me guardé bien de dejar ver mi fastidio. Hice un gran esfuerzo para desear recibir mucha agua sucia, tanto que al fin había tomado gusto al nuevo género de aspersión. Y me propuse volver muchas veces a aquel sitio donde se recibían tantas riquezas ».



TERESA CON MANTO BLANCO

Tiene en la mano un pliego en el cual ha escrito: « Daría mil vidas para salvar una sola alma! ».
Desde hace unos meses está enferma, pero sonríe como siempre. Con esa sonrisa confió a Madre Inés de Jesús, su hermana, la primera « señal » de la enfermedad: « No veía la hora de arrojarme a los pies de nuestra Madre para confiarle la felicidad de sentirme enferma ». Durante la noche había tenido un vómito de sangre. Comenta así: « La esperanza de irme pronto al Cielo me hacía casi delirar de alegría ».

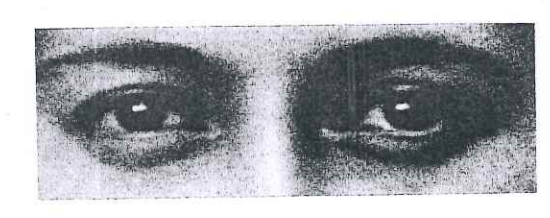




LOS OJOS DE TERESITA

Detalle de una foto tomada por Celina, que le dice: « Toma la expresión que tenías a los ocho años, cuando fuimos juntas donde el fotógrafo ». Teresa obedece de buena gana, pero no es una gran artista y pierde la espontaneidad. La foto no resultó satisfactoria, a pesar de la belleza de las facciones, y no gustaba a Madre Inés, que quería destruirla. Pero la intensidad de la mirada refleja la dulzura del alma.

▼



TERESA EN SU LECHO DE MUERTE

El primero de octubre de 1897, Teresita muere murmurando: « Oh, mi Señor, yo... te amo! ». ¡Ha creído en el Amor!
Tiene sólo veinticuatro años.

▼





◀ TERESITA PREPARA LAS HOSTIAS

Es sacristana y prepara las hostias. Quizá en aquellas horas y en aquella ocupación compuso algunas poesías eucarísticas y la tan conocida de la « Rosa deshojada ». Un día dice en la sacristía: « Celina, necesito olvidar la tierra. Aquí todo me cansa, no encuentro más que una alegría: la de sufrir... ». « Pasa la vida y avanza ya la eternidad ».







NARRA JUAN, EL SOÑADOR:

EL MILAGRO DE LA CUERDA

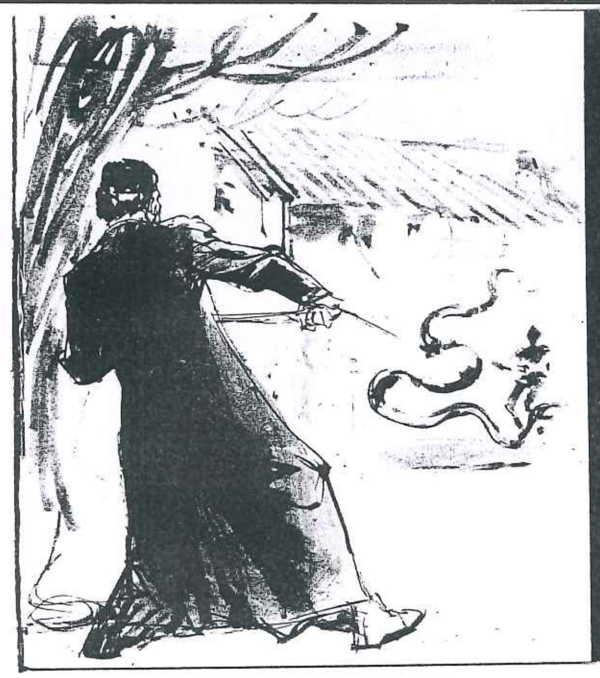
Número de los Sueños de Don Bosco

Es muy grande, porque los famosos « Sueños » se sucedieron a no muy largos intervalos, desde su niñez hasta poco tiempo antes de la muerte del Santo.
El primero y más importante de los Sueños tuvo lugar cuando Juanito tenía nueve años de edad, y Dios le manifestó en él la vocación que debería seguir.
El último se realizó la noche del 8 de diciembre del 1887, menos de dos meses antes de su muerte. En él María Sma. ordenó a Don Bosco la apertura de una Casa en Lieja.

¿Còmo han llegado los Sueños hasta nosotros?

De algunos se conserva el texto escrito o revisado personalmente por Don Bosco; de otros llegaron relaciones de testigos dignos de fe que los habían oído de labios del Santo; otros corren acá y allá en tradiciones orales. De muchos quedan sólo vagas remembranzas o se supone la existencia por algunos indicios.
En los dieciocho volúmenes de las Memorias Biográficas, los Sueños relatados llegan a un centenar, entre los narrados por Don Bosco y los que recordaban muchos testigos.

❶ Soñé que me encontraba con todos los muchachos del Oratorio en Castelnuovo de Asti, en casa de mi hermano. Mientras todos se recreaban alegremente, se acerca a mí un desconocido y me invita a ir con él. Lo sigo. Y llegamos a un prado contiguo al patio. Aquel hombre me indica una cosa que se mueve entre la hierba. Miro curioso, y veo una horrible serpiente de siete u ocho metros de largo y de un grueso extraordinario.
Instintivamente trato de huir.
— ¡No, no! — me dice aquel tal — ¡No huya, Don Bosco! Venga acá y mire!
— ¿Qué...? ¿Quiere que yo me acerque a ese animal? ¿No sabe que es capaz de arrojarse sobre mí y devorarme en un instante?
— No tenga miedo, que no le causará ningún mal. ¡Venga conmigo!
— ¡No estoy loco! ¡Vaya, me retiro!
— Entonces — continúa el desconocido — ¡espere aquí! — Y él va a buscar una cuerda. Regresa con ella en la mano y me dice:
— Tome esta cuerda por un extremo y téngalo bien apretado en las manos. Yo tomaré el otro extremo e iré al lado opuesto, y así suspenderemos la cuerda sobre la serpiente.
— ¿Y después?
— ¡Después se la dejaremos caer sobre el dorso!
— ¿Sobre el dorso? ¡No, no, por caridad! La serpiente saltará enfurecida y acabará con nosotros!
— ¡No! ¡Déjeme hacer como digo!
— ¡Ah, no! No quiero esta satisfacción que puede costarme la vida...





❷ Y de nuevo trato de retirarme de aquel peligroso sitio.
Pero el hombre insiste, me asegura que no hay nada que temer, que la serpiente no me hará ningún mal.
Y tanto dice y tanto hace, que yo me quedo y consiento en hacer lo que él quiere.
El hombre pasa al otro lado del monstruo, alza la cuerda y da con ella un latigazo tremendo en el dorso de la serpiente. El animal da un salto, echa la cabeza hacia atrás, para morder furioso lo que lo ha golpeado. Pero en lugar de morder la cuerda, queda enlazado en ella como en un nudo corredizo. Y por muchos esfuerzos que haga no logra soltarse.

❸ Entonces el hombre grita:
— ¡Tenga duro! ¡Tenga duro y no suelte la cuerda!
Corre a un peral vecino y ata el extremo de la cuerda que tiene en las manos. Después corre a mí, me quita el otro extremo de la cuerda y va a atarlo a la reja de una ventana de la casa.
Mientras tanto la serpiente salta, se agita convulsamente, se debate entre la cuerda con tales golpes de la cabeza y de sus enormes espiras, que su cuerpo se lacera horriblemente y los pedazos de carne saltan a gran distancia. Continúa así hasta que no se mueve más.
La serpiente pende inerte de la cuerda, muerta y casi toda descarnada.





❹ Entonces aquel extraño hombre desata la cuerda del árbol y de la ventana, la recoge toda como en un ovillo y dice:
— ¡Esté atento ahora!
Introduce la cuerda en una cajita y cierra. Después de unos instantes la abre. Los muchachos han corrido todos y me rodean sorprendidos. Miran curiosos dentro de la cajita y quedan maravillados: dentro de la cajita la cuerda se ha dispuesto de tal modo que forma las palabras « AVE MARIA ».
— ¿Cómo es posible? — pregunto al desconocido — Tú metiste esa cuerda toda enredada en la cajita. ¿Cómo está ahora así?
— La serpiente es el demonio, y la cuerda el Ave María, o mejor el Rosario, con el cual se pueden vencer todos los demonios — responde.

❺ Muchos chicos quedan sorprendidos y admirados ante el « milagro de la cuerda. Otros empiezan tranquilamente a comer la carne de la serpiente, declarando que es buena y gustosa. Algunos los imitan. Pero poco después aquellos desgraciados comienzan a hincharse y caen al suelo como muertos. Yo grito, gesticulo, trato de convencer a los demás de que no deben tocar aquellas carnes, llamo en mi ayuda a los clérigos. ¡Nada qué hacer! Su ayuda es nula y algunos de mis clérigos llegan hasta a comer aquellas carnes y quedan también como muertos. Me dirijo al hombre de la cuerda y casi desolado le pregunto:
— Dime, ¿no hay ningún remedio para sanar a estos muchachos?
— Sí, hay el yunque y el martillo. El martillo es la Confesión; el yunque la Comunión. Con el Rosario, son los medios para conservar la Gracia.

El Santo Rosario nos hace salir victoriosos de cualquier peligro.

Dorotea se unió a los centenares de manifestantes que festejaban en Nueva York los primeros días de la revolución rusa. Sentía la embriaguez, el sentimiento de victoria de las masas que cantaban el himno de los trabajadores soviéticos.

Un día en Washington se encontró complicada en una acción de protesta en favor de la paz. Había desfilado con un pañuelo rojo al cuello y banderas en la mano. Habían llegado a los canceles de la Casa Blanca, cuando unos muchachos empezaron a tirar piedras, mientras unos marineros trataban de arrebatarles las banderas. Intervino la policía, naturalmente.

La organizadora de la manifestación fue condenada a seis meses y Dorotea a treinta días de cárcel.

Cuando regresó a Nueva York, trabajó como periodista.

Pasó mucho tiempo en discusiones sobre la revolución comunista. Estaba segura de que sus sueños se convertirían en realidad, y los trabajadores tendrían en sus manos los medios de producción y las palancas de mando, construyendo la sociedad ideal.

En los primeros años de la guerra mundial, muchas enfermeras se habían unido a la Cruz Roja y habían partido para Europa. Dorotea, con sus ganas locas de aventuras, se inscribió como alumna en el hospital de Brooklyn.

Su primera enferma fue una anciana canadiense de 94 años. La abuela no quería dejarse bañar y repetía que se había lavado el día anterior.

— Sólo queréis atormentarme con vuestra agua y jabon — decía.

— Déjese lavar — le repetían — ¿No ve que queremos cuidarla porque la queremos?

— ¡Al diablo el jabón! — gritaba la anciana — Yo quiero mi peluca.

Y cada día se repetía la comedia con aquella enferma original.

En esa época Dorotea simpatizó con la señorita Adams, una compañera católica, « porque estaba llena de simpatía por los demás ».

El trabajo en el hospital duró poco más de um año. Después Dorotea sintió la necesidad de escribir, de continuar su carrera periodística.

Se metió con toda su alma en los periodicos, y visitó Europa, especialmente Italia, de la cual recordó siempre la sabrosa cocina, el timbre de las voces baritonales de sus camaradas italianos, las calles de Nápoles que recorría en carroza con un tiro de caballos viejos, las mujeres, ocupadas todo el día y que sabían ser siempre amables, con una dignidad y una belleza insuperables.

De regreso a los Estados Unidos, Dorotea fue a Chicago.

Una noche cenaba en un restaurante con unos sindacalistas, amigos suyos.

De pronto, un hombre con una barba negra le hizo señas, puso un dedo sobre los labios, se levantó con precaución y salió del restaurante. Dorotea quedó sorprendida por aquella misteriosa actitud.

Unos días después llamaron a su puerta. Era el hombre de la barba negra. Pero esta vez no tenía aquel aire circunspecto.

— ¿Me reconoce? — preguntó.

Dijo que era uno de los estudiantes de su primera manifestación de protesta. Le confió que se hacía llamar Gómez, y había huido a Méjico para no enrolarse en el ejército. Después había emigrado a Rusia, se había casado con una rusa y ahora había regresado a América para trabajar como agente secreto del partido comunista.

Aquel hombre hizo conocer a Dorotea la vida subterránea de la formidable organización del espionaje ruso.

En Chicago Dorotea se enfermó dos veces. En la cama pensó con calma sobre su vida, y reflexionó. Se alojaba entonces en casa de una familia católica.

Era un matrimonio ya de edad, y una chica, Bee, empleada de la empresa tranviaria, que cada sábado ponía aparte sus economías para el día de sus bodas. Un muchacho venía a visitarla los miércoles y sábados. Iban a misa todos los domingos, asistían a las funciones religiosas de la parroquia.

Bee y su madre hablaban de sus problemas morales, y mañana y noche se arrodillaban para rezar largo rato.

Dorotea se preguntó por primera vez por qué no había tratado nunca de interesarse por la fe católica. El catolicismo se le presentó como algo rico, verdadero, fascinante.

Un amigo le dijo un día que el catolicismo estaba de moda en Francia pero no en América. Y le explicó que en América eran católicos los irlandeses de la Nueva Inglaterra, los húngaros, los lituanos, los



89

JÓVENES DE HOY

una vida aventurera

Dorotea Day, hija de un periodista norteamericano, vive una existencia inquieta, hasta que encuentra a un hombre en las escaleras de su casa. ¿Que buscará el francés?

→3

una vida aven- tu- rera

Viene de la pág. anterior

blicado, ascendían a 5.000 dólares. Feliz, decidió regresar a Nueva York.

Se casó civilmente con Forster, un biólogo anárquico, y fueron a vivir a Staten Island. Salían a pescar juntos, caminaban largas horas por la playa, recogiendo ejemplares de toda clase para los estudios de Forster. Un mundo enteramente nuevo se abría ante Dorotea.

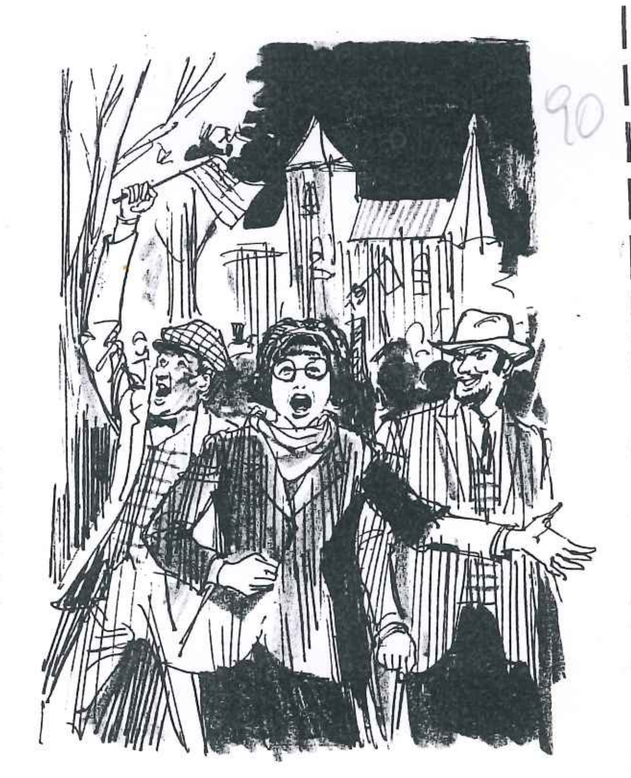
Entre sus vecinos había una familia rusa: Sasha y Freda con su anciana madre. Eran hebreos que habían vivido en Odessa.

— ¿Recuerdas, Freda — decía Sasha — cómo me obsesionó durante años el pensamiento de la muerte? Llevé a casa al abuelo cuando tenía más de noventa años. Quería observar sus últimos días, ver cómo llegaría el fin. Acabó volviéndose a Dios... Ahora ya no me preocupo por la muerte, pero cuando oigo la noticia de la muerte de alguno, me digo: « Pronto te tocará ti », y siento miedo.

También Dorotea pensaba en la muerte. Se dio cuenta de que a orillas del mar comenzaba a rezar todos los días. Cuando iba a la oficina de correos desgranaba el rosario que llevaba en el bolsillo. La agitaba el terror y la oscuridad de la vida y de la muerte.

En esos días nació su hija, que llamó Tamar Teresa. Decidió bautizarla en la religión católica. Quería evitarle las inquietudes que tanto la habían hecho sufrir: pensaba que sólo el catolicismo sabía responder a todos los porqués.

Un día, al entrar en su casa, encontró en el descanso a un hombre bajito que la esperaba. Se presentó brevemente: « Yo soy Pedro Maurin ». Le contó que era francés, que vivía en América desde hacía veinte años, y muchas cosas más. Su sueño era hacer la revolución « verde », en contraposición a la revolución roja: es decir, predicar un retorno al campo.





polacos, la gran masa de los pobres y de los trabajadores. Y el efecto de la plática fue contraproducente, porque fue eso lo que atrajo a Dorotea hacia la Iglesia católica.

El primer rosario se lo regaló una amiga que se llamaba Mary, una joven esbelta, muy rubia, con una carita delicada y simpática.

En esos días Dorotea supo que los derechos de reducción cinematográfica de la novela que había pu-

Maurin propuso a Dorotea la fundación de un periódico: « The Catholic Worker » (El trabajador católico). Ella aceptó sin vacilar. Pedro decía: « Hay que cambiar los corazones y los espíritus, hay que dar a los hombres un ideal y la visión de una sociedad en donde les será más fácil ser buenos ».

El periódico empezó a publicarse en mayo de 1933, con 2.500 ejemplares. ¡Al final del año se repartían 150.000 copias!

Una gran paz invadió a Dorotea. Se sentía feliz. Comenzó a pensar, a medir los valores, y se dedicó entonces con mayor voluntad a la oración.

Comenzó a asistir a Misa todos los domingos. « ¿Como no puede existir Dios — decía — si existen tantas cosas hermosas? ».

Y la vida aventurera de Dorotea Day encontró un puerto seguro: su vida se dedicaría a los trabajadores pero a la luz verdadera del Evangelio.

La otra gran iniciativa de Dorotea fueron las Casas de Hospitalidad, donde la asistencia social y el amor al prójimo se practican en alto grado, en aquellas obras donde la iniciativa privada puede sustituir mejor a la del estado.

« No podemos amar a Dios si no nos amamos entre nosotros, y para amarnos debemos conocernos. Conocemos al Señor cuando parte el pan, y nos conocemos entre nosotros cuando partimos el pan, y entonces ya no estamos solos ».

Así dice Dorotea Day, la americana del corazón ardiente y de la vida aventurera.







¡NO LLORES, SANTIAGO!

A Andrés le encantaba ir a la escuela... Durante muchos años sólo los misioneros se preocuparon por la educación de los muchachos africanos. Hoy todos los Estados independientes de Africa se interesan por la instrucción del pueblo, aunque se olvidan a veces de la formación moral y religiosa. En algunos estados la enseñanza está prohibida a todos los misioneros.

Jugaban contentos bajo las palmas, a orillas del río. De pronto, la riña.

En los bosques africanos, las cóleras, aun por fútiles motivos, son violentas y degeneran fácilmente en drama.

Entre las manos del más pequeño centelleó la hoja asesina. Uno de aquellos cuchillos vulgares que los negros de toda edad llevan siempre a la cintura para abrirse paso entre las lianas o cortar un fruto.

Un instante: la hoja brilla al sol con violencia increíble, la mano pequeña y vigorosa la hunde hasta el mango en el pecho del compañero de juego, a la altura del corazón.

El herido tiene diez años, el otro poco más de nueve.

El grito de la víctima llega al poblado repetido por el eco.

Entre los que corren, va su padre, ferviente catequista de la misión.

El niño yace en el suelo en un charco de sangre. El compañero ha desaparecido, pero no tardarán en alcanzarlo, pobre animalillo perdido, horrorizado por lo que ha hecho en un instante de irreflexión.

En una camilla improvisada llevan al herido hasta el cercano puesto de socorro. Pero estamos en plena selva ecuatorial, y el asistente sanitario no tiene medios para atender un caso tan grave. Hay que proseguir hasta Kingunda (¡20 kilómetros de marcha!) donde las hermanas tienen un pequeño hospital.

El cuerpecito que yace sobre las lianas entretejidas está casi desangrado cuando llegan. Bajo los ojos del pobre padre (aquel niño es su único hijo), intentan todos los medios. Y contra toda esperanza, la vida parece volver al cuerpecito ya helado y contraído. El niño abre los ojos, sonríe al padre inclinado sobre él.

Pero no es más que una falsa mejoría. Ha perdido demasiada sangre y la herida es profunda. Durante algunas horas, a fuerza de inyecciones tonificantes, vuelve el conocimiento y con él, el recuerdo del drama. Con un esfuerzo la vocecita murmura ansiosa:

— Santiago... ¿Dónde está Santiago?

Santiago es el otro, el compañero, el involuntario asesino.

— Lo encontraron: está tranquilo — se esfuerza por responder el padre con calma para no turbar a su hijo — y lo castigarán como merece.

— Pero, ¿le han dado comida?

— No sé... sí, cierto que le han dado... ¡No pienses en eso ahora! Reposa.

Un momento de afanoso silencio. Después:

— Papá, quisiera... ¡Manda a llamar a Santiago!

El primer impulso del hombre es gritar: ¡Pero Santiago te ha asesinado!

Después sus ojos angustiados se encuentran con los suplicantes de su hijo. ¿Cómo rehusarle algo?

Y dos hombres parten enseguida para la aldea: veinticinco kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. Un jeep complaciente abreviará las distancias.

Junto a la camita blanca, el tiempo corre desesperadamente breve y veloz a un tiempo. El corazon herido bate con intermitencias cada vez más frecuentes.

— Andrés — susurra hacia el amanecer la hermana enfermera — ¿no quieres recibir a Jesús?

Las misioneras conocen bien al hijo del catequista que se ha hecho honor en el último examen y se preparaba a la primera comunión.

La carita morena resplandece: ¡Recibir a Jesús! El sueño de tantos meses... Pero otro pensamiento empaña aquella alegría:

— Todavía no... No puedo todavía. — Y explica en un soplo: — Debo antes ver a mi amigo...

Y llega el desventurado compañero. Cae sollozando junto a la camita bajo la mirada ardiente del pobre padre.

— Santiago... ¡levántate! No llores más... No quiero. Yo te perdono, ¿sabes? Sé que no los has hecho aposta. Y te quiero como antes...

¿Dónde ha encontrado tanto vigor la vocecita moribunda?

— Y también tú lo perdonas ¿verdad, papá?

Un largo silencio. Los presentes callan conmovidos. En el corazón del padre estalla una lucha tremenda. Al fin vence la fe. Temblando por la violencia que se impone, el catequista se inclina sobre la cama de Andrés y le murmura:

— Sí, hijo mío. Yo también lo perdono como tú...

— ¡Gracias, papá! ¿Has oído, Santiago? No llores, te digo. Nosotros te queremos...

Tanteando sobre las sábanas, la mano del moribundo busca la del compañero.

Es el padre quien toma la otra — la mano que ha empuñado el cuchillo homicida — para ponerla en la mano ya fría de su hijo.

Ahora éste se vuelve a la hermana:

— « Mamelo »... di al Padre que me traiga a Jesús... Ahora sí que puedo recibirlo...

Y Jesús viene en la pequeña Hostia tan deseada. Los labios exangües del niño se abren en una sonrisa que no se extinguirá más. Poco después Andres contemplaba a su Señor, cara a cara, por la eternidad.



EL SECRETO

Una niebla densa pesa sobre la llanura de la comarca anglosajona de Somerset. El alba ha apuntado apenas después de una noche de lluvia. Un joven rubio camina fatigosamente por el lodo. Cada rumor lo hace volver la cabeza inquieto y sospechoso.

De tanto en tanto echa hacia atrás los cabellos rubios que le caen en desorden sobre los ojos. Deja así descubierta la frente, donde se ve una larga herida mal cicatrizada.

Ahora la vegetación se hace más tupida, el claro se transforma en un bosque. El joven respira: podrá esconderse mejor. Casi en seguida descubre una mísera cabaña de piedras y se dirige hacia ella.

— ¿Se puede? — pregunta acercándose al umbral.

El cuarto está lleno de un humo acre que se pega a la garganta. Una mujer está inclinada sobre el hogar. Se vuelve asustada.

— ¿Quién sois? — pregunta. — ¿De dónde venís?

El extranjero se deja caer sobre un banco junto a la chimenea. No tiene más fuerzas.

— Soy un paje del rey — responde. — He combatido... apenas he podido escapar de la muerte.

— ¿Vienes de la batalla contra los daneses?

— Sí, esos diablos han destruido casi completamente nuestro ejército. Nos hemos defendido heroicamente, pero eran demasiados.

El soldado es alto y apuesto; demuestra unos treinta años.

— ¿Y el rey? — pregunta la mujer.

— También él ha huido...

La mujer toca con la mano la frente del joven.

— No me gusta esta herida — dice.

— Oh, es un simple rasguño. Me lo ha hecho una lanza danesa. Me hubiera matado si mi caballo no hubiera dado un salto improviso. ¡Pobre animal! La lanza penetró en su cráneo...

La mujer mira ahora con curiosidad la espada que el huésped ha apoyado contra la pared.

— Para ser un paje, — exclama — tienes un arma muy rica. Nunca he visto una empuñadura semejante. ¡Cuántas piedras preciosas!

— Se pueden encontrar espadas como ésta en el campo de batalla — responde el fugitivo un poco embarazado — te daré estas piedras preciosas si me dejas pasar un tiempo en tu cabaña.

— No las quiero — replica la campesina sacudiendo la cabeza. — Nosotros somos pobres pero nunca hemos negado la hospitalidad a nadie... ¡Qué pálido estás! Acuéstate en esa cama.

El joven está cansado y no puede quitarse la casaca de cuero. La mujer lo ayuda, pero su mano se mancha de sangre.

Lanza un grito — ¡Estás herido en el brazo!

— Sí, pero no es nada.

— Tienes una camisa de lino finísimo. ¿También la encontraste en el campo de batalla?

— No. Es... es un regalo del rey.

— Dime, ¿cómo te llamas?

— Alfredo.

— Oh, el nombre de nuestro soberano.

La mujer lava las heridas, las venda lentamente y mientras tanto sigue hablando.

— ¡El rey! Esperamos que los daneses no le hayan dado muerte. Es joven y ya ha vencido muchas veces a los vikingos. Es valeroso y bueno, ama a Dios y a los pobres... ¿Estuviste también en la batalla de Ashdown, cuando derrotó a los vikingos?

— Sí, estuve allí — responde suspirando el extranjero. — Pero los normandos han vuelto. Son tan numerosos como las briznas de hierba. Sus naves aparecen en todas las costas. Si el rey se vuelve al este, del oeste llegan los mensajeros a decir que los piratas llegaron a destruirlo todo. Si se vuelve al oeste...

— Son verdaderos diablos — interrumpe la mujer. — Gracias a Dios que no han llegado todavía a nuestro bosque. Oimos hablar de ellos cuando viene algún forastero. Pero dime, ¿es cierto que han asaltado también el convento de Coldingham?

— Sí, quemaron vivas a todas las religiosas.

— ¿Y los benedictinos de Peterborough?

— El abad fue decapitado junto al altar y los monjes torturados uno a uno hasta la muerte.

— ¿Y qué ha sido de Edmundo de East-Anglie?

— Lo ataron a un árbol y lo cubrieron de flechas.

— Oh, ¿y por qué Dios permite estas cosas?

— Es Él mismo quien sufre en su Iglesia. El pueblo cristiano se purifica en la sangre de sus mártires como en los primeros siglos.

— Tú hablas como un sacerdote — observa la mujer removiendo la sopa de legumbres.

El forastero sonríe.

Fuera de la cabaña se oye un paso recio.

— Es mi marido — dice la campesina asomándose a la puerta. — Todo el día ha estado derribando árboles en el bosque.

Alfredo trata de levantarse para salir al encuentro del dueño de casa, pero está demasiado débil y no puede estar de pie.

La mujer sale al encuentro del leñador y le dice cuanto sabe del huésped:

— Estará aquí hasta que se restablezca — decide el hombre.

La fiebre del joven sube, las heridas queman. Durante largos días el leñador y su mujer lo asisten con afectuosa solicitud.

Alfredo entra finalmente en convalescencia. En la cabaña encuentra en pequeño laúd y el paje del rey toca y canta con voz límpida.

Sus versos no cantan historias de amor o de batallas: alaban a Dios. La campesina dice a su esposo: — Este paje es muy extraño. ¿No ves como reza? Parece un santo...

Pero un día el joven, que ha recuperado las fuerzas poco a poco, desaparece de la cabaña.

El leñador se sienta junto al fuego con la cabeza entre las manos.

— ¿Quién lo hubiera dicho? — suspira. — Parecía tan noble y generoso, y se ha ido sin darnos siquiera las gracias.

La mujer responde: — Siento que regresará. Un hombre que reza y canta así, no puede ser ingrato.

El juglar misterioso

Alfredo, vestido de juglar, se dirige hacia el norte y entra en el campo de los daneses.

Los bárbaros lo rodean porque les gusta la música, y él entona un canto guerrero que narra las empresas del héroe normando Beowulf, vencedor de los dragones y de los demonios. Los soldados hacen entrar al cantor errante en la tienda de su rey. Este lo oye y se exalta.



DEL REY

Un espectáculo consolador en los siglos más tristes de la opresión laica sobre la Iglesia, lo ofrece la onquista de Europa Septentrional al cristianismo.

Inglaterra gozaba del fruto del gobierno de reyes santos, entre los cuales se destacó Alfredo el Gran-'e, que venció a los daneses y los convirtió a la fe.

Después quiere que Alfredo se siente a su mesa, le ofrece un precioso don y habla delante de él de sus planes de guerra.

— Te quedarás con nosotros — le dice. — Verás mis gestas y compondrás un poema para mí. También yo seré un héroe como Beowulf.

El juglar pasa unas semanas en el campamento danés y un día se va inobservado.

Regresa a la cabaña del bosque, pero el leñador lo mira severo. El joven lo tranquiliza:

— Créeme, no soy un traidor. Tengo un secreto: dentro de un tiempo lo conocerás.

Sus ojos son tan francos que el leñador cede y ordena a su mujer que le prepare la cama.

Alfredo continúa la vida de antes, trabaja a veces en el pequeño campo de sus huéspedes, ayuda al hombre a partir la leña. Pero a veces pasa largas horas trazando líneas sobre la arena.

Una vez el leñador observa: — Ese dibujo parece un campamento...

Lentamente Alfredo lo borra con el pie.

Tu Dios es más fuerte

Una tarde se desencadena un violento temporal.

Algunos caballeros, sorprendidos por la lluvia mientras atravesaban el bosque, llaman a la cabaña.

Son recibidos con cordialidad. Pero quedan sorprendidos por la fisonomía de Alfredo. Lo miran intensamente.

El joven les hace señas de callar, pero uno de ellos no sabe contenerse y con las lágrimas en los ojos cae a sus pies:

— Todos te creen muerto, rey mío, ¿y tú te escondes en la casa de un leñador?

Alfredo se levanta sonriendo.

— Pasaré todavía un tiempo aquí, en el misterio del bosque; después volveré a vosotros y venceremos a los daneses.

La mujer se sostiene del brazo de su marido, la emoción casi la paraliza.

— No te espantes — le dice el soberano. — Tú has sido una madre para mí y yo me acordaré siempre de ti y de tu esposo.

Después exige a todos un juramento: no revelarán su presencia a nadie hasta que él lo crea necesario. Los caballeros parten al amanecer con cartas y órdenes.

Desde aquel día las reuniones secretas de los caballeros anglosajones se suceden ininterrumpidamente en la cabaña del leñador.

Cuando todo el plan de batalla está preparado, Alfredo regresa entre los suyos, ataca a los daneses y vence.

El rey bárbaro es hecho prisionero. Sólo entonces reconoce en el soberano anglosajón al juglar que debía componer un poema en su honor, y dice con rabia:

— Odín nos ha abandonado. Tu Dios es más fuerte que él.

Cada día Alfredo le habla de Jesucristo y lo trata con gran bondad, como a un igual.

El danés está desconcertado: esperaba la muerte o una cruel prisión, en cambio ha encontrado una hospitalidad real. Su vencedor se convierte en un amigo.

Después de unos meses dice a Alfredo:

— Tú me has vencido otra vez. Lo que te hace tan bueno es ciertamente el Dios que adoras. Quiero ser como tú.

Cuando recibe el Bautismo, Alfredo le concede la libertad y le da una vasta región para que la gobierne en su nombre.

Seguro en el trono, Alfredo se preocupa por mejorar la situación del pueblo.

Reconstruye casas e iglesias, cubre de honores a los doctos y los llama a su corte. El mismo dedica largas horas al estudio.

Pero es exigente con los poderosos, no tolera injusticias y castiga a los jueces venales. Con la ayuda de doctos cristianos compila un nuevo código de leyes para su pueblo. Y antes de hacerlo público, lo presenta al Señor suplicando: « Haz que estas leyes no sirvan para reforzar mi poder sino para mejorar a los hombres ». Después llama a uno de sus ministros y le dice: « Escribe en la primera página los mandamientos de la ley de Dios y agrega esta frase del Evangelio ». No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti.

Y comenta mirando el Crucifijo: — Bastarían estas líneas para cambiar el mundo...

Vuelven los Vikingos

Un día, después de trece años de paz, la población de las costas avista una flota de velas coloradas.

El terror se difunde: — ¡Regresan los Vikingos!

Las naves enemigas penetran en el estuario del Támesis y se dirigen a Londres.

— Esta vez es el fin — dicen los tímidos.

Alfredo no tiembla. Los deja avanzar, y después hace tender sobre el río gruesas cadenas de hierro, así que los piratas encuentran el camino cerrado y pierden enorme botín.

En el verano del 897 los vikingos son derrotados definitivamente. Poco a poco también ellos, establecidos en las costas de Normandía, cambian sus crueles costumbres y se convierten al cristianismo.

El rey Alfredo tiene un gran amor por la Iglesia. Cada año manda a Roma a sus embajadores a rendir homenaje al Papa.

Las noticias que le traen al regreso son a menudo graves y dolorosas.

— Los nobles se combaten para apoderarse del Papado.

— Asesinan a los Pontífices. En el Palacio de Letrán traman insidias y conjuras.

En el 897 le refieren un hecho aterrador:

— Han sacado de su tumba al Papa Formoso, lo han llevado al tribunal y le han hecho un macabro proceso. El cadáver lo han arrojado al Tíber.

Alfredo se conmueve. Después ordena que en todas las iglesias de su reino se rece por el Papa e invita a los monjes y fieles a hacer penitencia. El mismo da el ejemplo.

El 26 de octubre de 901, este gran rey, amigo de Dios y padre del pueblo, está en el lecho de muerte. Tiene sólo cincuenta y tres años.

— Veo un día lejano... — dice fatigosamente... Era niño; estaba en Roma con mi padre... ¡Roma! ¡El Papa!...

Se conmueve, bebe unas gotas de agua que le ofrece un caballero y prosigue:

— El Papa me bendijo... No he olvidado nunca aquella bendición. Toda la vida he combatido por el triunfo de Cristo.

El monje que lo asiste le pone la mano en la frente:

— Has sido un misionero más que un soberano — le dice.

Alfredo sonríe pero ya no responde: su alma se encuentra con Dios.

MARIA COLLINO

La mujer toca levemente la frente del joven.
— No me gusta esa herida — dice.
— Me la ha hecho una lanza danesa — responde Alfredo.

94



JESÚS le dijo:

¡sígueme!

Jeús se edirigió a Jerusalén, y envió mensajeros delante de sí, que entraron en una aldea de samaritanos para prepararle albergue. No fueron recibidos porque iban a Jerusalén. Santiago y Juan dijeron; Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que los consuma? Jesús los reprendió, y se fueron a otra aldea.

Siguiendo el camino, vino uno que le dijo: Te seguiré adondequiera que vayas. Jesús le respondió: Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.

A otro le dijo: Sígueme, y respondió: Señor, déjame ir primero a sepultar a mi padre. El le contestó: Deja a los muertos sepultar a sus muertos, y tú vete y anuncia el reino de Dios.

Otro le dijo: Te seguiré, Señor, pero déjame antes despedirme de los míos. Jesús le dijo: Nadie que, después de haber puesto la mano sobre el arado, mire atrás, es apto para el reino de Dios..

San Lucas, IX, 51-62

¡SÍGUEME!

Siguiendo el camino, uno le dijo: Te seguiré adondequiera que vayas.

Jesús ha ejercido siempre una atracción poderosa en el corazón de los hombres sobre todo en el de los jóvenes.

Una doctrina clara y divina, una palabra que excava profundamente y eleva hasta el cielo, un dominio sobre la naturaleza de donde surge el milagro, y aquel amor que ofrece el don de sí mismo hasta el completo holocausto: eso es lo que entusiasma al joven.

Cuando la mirada de un joven se cruza con la de Jesús, arde en su corazón un fuego hasta entonces desconocido: lo ha llamado a seguirlo de cerca, a asemejarlo en todo.

San Paolo, escribiendo a los Romanos, convertidos hacía poco al cristianismo, dice: « Dios los ha predestinado a ser conformes a la imagen de su Hijo ».

Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza...

Es la primera condición para ser semejantes a la imagen del Hijo de Dios.

Se asemeja a Jesús quien se ha librado de la posesión egoísta de las cosas. « Conocéis bien la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, quien de rico se hizo pobre por amor nuestro, para hacernos ricos con su pobreza » (San Pablo a los Corintios).

Jesús necesita corazones juvenilmente libres.

Dante ha escrito: « Quien no es capaz de ser pobre, no es capaz de ser libre ».

A otro le dijo: ¡Sígueme!

Potencia incisiva de un solo verbo que encierra la fuerza de la llamada. Brilla una luz meridiana en quien la oye, y el alma experimenta el secreto de la intimidad divina. Para ella adquieren actualidad las cosas. « Conocéis bien la gracia del Nuestro Señor Jesucristo, quien « Tú eres el más hermoso de los hijos de los hombres y la gracia se difunde en tu semblante » dice el Salmista.

Así responde el alma iluminada interiormente por el amor de Dios.

Y él respondió: Déjame ir primero a sepultar a mi padre.

Uno de los jóvenes que habían oído la invitación, no había visto todo el fulgor de Jesús y de su llamada. Por eso cuenta, hace reservas. Evidentemente aquí no se trata exactamente de sepultura: aquel joven cree que su padre necesita aún de él y piensa que debe permanecer con su familia hasta que muera el padre.

La respuesta de Jesús parece dura; en realidad es sólo coherente: « Deja a los muertos sepultar a sus muertos, y tú vete y anuncia el reino de Dios ».

Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia — había dicho — lo demás se os dará por añadidura.

Atender a las cosas que son del Padre Celestial.

— ¡Eres una egoísta! Te hemos mantenido hasta la Universidad, y ahora que has recibido el doctorado, quieres meterte en un convento.

Así decía un padre que conozco.

— Papá — fue la respuesta — el Dios que me ha dado a nuestra familia y me ha llamado a seguirlo, se queda con ustedes. El vale mucho más que todos los diplomas del mundo. Te aseguro: vendrá una bendición grande por mi partida.

* * *

Jesús, que ha amado con indecible ternura a su Madre y a San José, permaneciendo sujeto a ellos hasta su plena virilidad, no quiere enseñar la dureza de corazón, sino los sagrados derechos de Dios, las exigencias de la aventura más comprometedora del mundo: la de trabajar con El por extensión de su reino.

— Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? — le había preguntado su Madre después de buscarlo angustiada por las calles de Jerusalén.

Y El:

— ¿No sabíais que debo atender a las cosas de mi Padre?

Quien pone la mano sobre el arado y mira atrás, no es apto para el reino de Dios.

Jesús exige decisión y firmeza en el seguirlo.

Es necesario que el corazón, completamente presa de su amor, no se abandone a llorar cuanto ha dejado.

Pero quien ha comprendido que Dios es la única respuesta a la sed infinita de su corazón, no abandona la fuente por las cisternas.

* * *

Guido de Larigaudie, un joven francés, viajero infatigable, que había gozado en pureza lo mejor que ofrece la vida, pudo escribir después: « Sólo Dios cuenta. Solamente su luz y su amor son capaces de contentar y de saciar nuestro pobre corazón humano, demasiado vasto para el mundo que lo rodea ».

* * *

— No me contento con un conde ni con un marqués: quiero una cabeza coronada — decía Catalina Farnesio, la hija del príncipe Odoardo Farnesio, señor de Parma.

Pensaban que la caprichosa soñara con sus bodas con el monarca de Francia o de Rusia. Y quizá era así.

Pero cuando el amor de Dios la esperó y la hizo su presa, dijo:

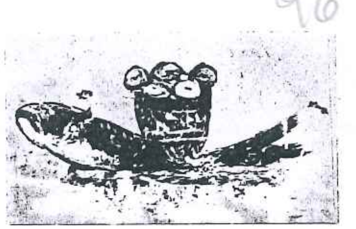
— ¡Lo he encontrado! La suya es una corona de espinas, pero es el Rey de los reyes!

MARÍA PÍA GIUDICI



JESÚS necesita corazones jóvenes y libres

96



Marozia la terrible

En la ciudad eterna, el senador Teofilato, con su mujer Teodora y su hija Marozia, pretendía influir en la elección de los Pontífices. Por intromisión de Teofilato fue elegido Sergio III, quien demostró, sin embargo, buenas capacidades de gobierno. Con el apoyo de Teodora subió después al trono Juan X, quien participó en una afortunada expedición contra los árabes que se habían fortificado en Garigliano. Este Papa tuvo el valor de resistir a las arbitrariedades de Marozia, que lo hizo morir en la cárcel.

La malvada mujer logró hacer elegir Papa a su hijo, con el nombre de Juan XI, pero no gozó mucho tiempo de su poder. Alberico, su otro hijo, la encerró en horrible prisión, donde la infortunada acabó sus días en la desesperación.

(*De « Sobre esta piedra », de Catalina Pesci*).



El Castillo de Sant'Angelo está de fiesta en marzo del 962. Marozia, la señora de Roma, se casa.

Es su tercer matrimonio y ha llegado a él a través de mil intrigas.

Ha hecho de modo que Juan, hijo de su primer matrimonio, fuera elegido Papa. Ahora se casa con Hugo, rey de Italia, para aumentar su poder y tener el título de reina.

En el castillo hay gran movimiento. De todas partes llegan damas y caballeros. La servidumbre está recargada de trabajo.

Una joven costurera, mientras termina el vestido de la novia, suspira:

— ¿Qué te pasa? — le pregunta una compañera.

— He oído decir a un sacerdote que Roma debería pertenecer al Papa. Yo entiendo poco de estas cosas, pero él afirmaba que Marozia se hace llamar « senadora » y « patricia » de la ciudad, y que ésta es una injusticia...

— ¡Calla! ¿No sabes que si te oyen hablar así te azotan? En esta casa suceden cosas horribles, pero debemos fingir no verlas...

La joven hace un gesto de espanto. Desde hace poco tiempo está al servicio de la « senadora », viene desde lejos y no conoce todavía los misterios de la corte. No sabe que cuatro años antes Marozia ha hecho meter en la cárcel al Papa Juan X y lo ha dejado morir de hambre. No habe tampoco que Hugo, el que va a desposarse con Marozia, ha hecho cegar a su propio hermano después de haberlo calumniado. Pero la muchacha sufre, porque intuye la presencia del mal aunque no sepa cuán profundo es.

* * *

Es el día de las bodas. Marozia resplandece en su vestido adornado de piedras preciosas. Su vanidad está satisfecha: le parece sentir ya en su cabeza la corona de reina.

Hugo se repite con complacencia: « Roma será mía. ¿Qué me importa Marozia?... Tendré poder también sobre la Iglesia, y los Papas estarán en mis manos... ».

En una cámara apartada un joven siente hervir la cólera. Es Alberico, el hijo de Marozia y de Alberto I. Tiene veinticinco años, en sus venas bulle la sangre del dominador... y su madre le ha impuesto servir de paje al rey Hugo.

— ¿Yo — grita — servir a aquel miserable?... Y mi madre... sí, por desgracia, es digna de él...

Alberico no puede soportar los engaños y las injusticias con que Marozia y Hugo tratan de hacerse camino. Es orgulloso pero leal.

Después del matrimonio, el cortejo desfila hacia la sala del banquete.

Los esposos avanzan arrogantes. Escondida detrás de los cortinajes, la modistilla los mira pasar con ojos encantados. A su lado está la compañera, que le dice riendo burlonamente:

— ¿Sueñas con el amor? ¡Oh, el amor...! ¿Crees que sea esto?

La joven se sobresalta, siente dentro de sí algo que la hiere. ¿Cómo es, pues, la vida?

* * *

Las fiestas en el Castillo de Sant'Angelo se prolongan por varias semanas, pero no logran crear una atmósfera de alegría. Todos se sienten oprimidos por la altanería de Hugo, que manda como un hombre vulgar.

Si un siervo rompe un objeto, enseguida lo hace castigar cruelmente. Si un huésped no es de su agrado, lo echa del castillo o arroja el deshonor sobre él. Casi no se osa respirar: todos tiemblan.

Un día, durante la comida sucede un hecho imprevisto. Hugo, hastiado de vinos exquisitos, desea beber un poco de agua. Hace una señal al paje que lo asiste. Es Alberico.

Tembloroso de cólera, el joven sirve el agua en la copa del rey, pero le deja caer algunas gotas en las manos y en el vestido recamado de oro.

Hugo se alza violentamente, se vuelve hacia el joven y le da una bofetada. Todos palidecen. Los ojos de Alberico relampaguean.

— ¡Basta! — grita el joven. — ¿Yo, hijo de príncipes, servirte a ti, orgulloso malcriado?

Y Alberico sale impetuosamente de la sala, toma la espada, da algunas órdenes.

Poco después, en la plaza de la ciudad está reunida una numerosa multitud. Alberico habla:

— ¡Ciudadanos de Roma, es la hora del desquite! Vosotros, herederos de una antigua grandeza, no debéis someteros al dominio de una mujer y de un extranjero... ¿Quién es este Hugo? Desciende de aquellos bárbaros que fueron esclavos de Roma. Esta ciudad ha conquistado el mundo, ha sido elegida centro de la Iglesia y ahora está reducida a un rebaño de ovejas que no saben defenderse. ¡Sublevaos! ¡Yo, príncipe de vuestra sangre, os guiaré!

Un aplauso fortísimo es la respuesta. Enseguida estalla la revolución.

Los romanos, desde mucho tiempo antes deseosos de rebelarse contra la tiranía de Marozia, se arman, obstruyen con barras las puertas de la ciudad para que los soldados de Hugo, acampados en la llanura cercana, no puedan entrar, y asaltan el castillo de Sant'Angelo.

Invaden las salas gritando:

— ¡Entregadnos al tirano! ¡Queremos hacerlo pedazos!

Hugo logra esconderse y por la noche intenta la fuga.

Una densa niebla cubre la ciudad cuando desde un cobertizo el rey deja caer una gruesa cuerda, fija el extremo a una barra de hierro y se desliza por ella. A unos dos metros del suelo, salta con un ruido sordo. Mira en torno suyo con recelo: no ve a nadie. Y comienza entonces una carrera alocada hasta que al amanecer llega al campamento de sus tropas.

« ¿Qué me importa mi mujer? — se dice entonces. — Es Roma la que quiero conquistar... ».

Marozia en tanto ha sido sorprendida por Alberico, que penetra en su escondite y le dice con arrogancia:

— ¿Quieres ser mi madre o prefieres tus ambiciones?

La mujer lo mira con ira y le ordena:

— ¡Retírate! ¡Yo debo reinar!

Alberico entonces la entrega a los guardias, y Marozia es encerrada en la prisión.

* * *

Alberico II es el señor de Roma. Su hermano, el Papa Juan XI, es demasiado débil y joven para luchar contra él. Alberico lo confina en el palacio laterano y lo hace custodiar para que no huya, ni se ocupe de política. Pero le deja bastante libertad en el ejercicio de su misión religiosa.

Alberico gobierna con energía e inteligencia. Los nobles y el pueblo lo miran con simpatía. Sólo se le opone el rey Hugo, que sitia inútilmente la ciudad en el 933. Tres años después regresa, decidido a no ceder aunque el asedio deba prolongarse.

Un día se presenta ante Hugo, Odón, abad del gran monasterio de Cluny, en Francia, que había sido su amigo en la juventud.

El monje le dice sin preámbulos:

— Debes hacer la paz con Alberico.

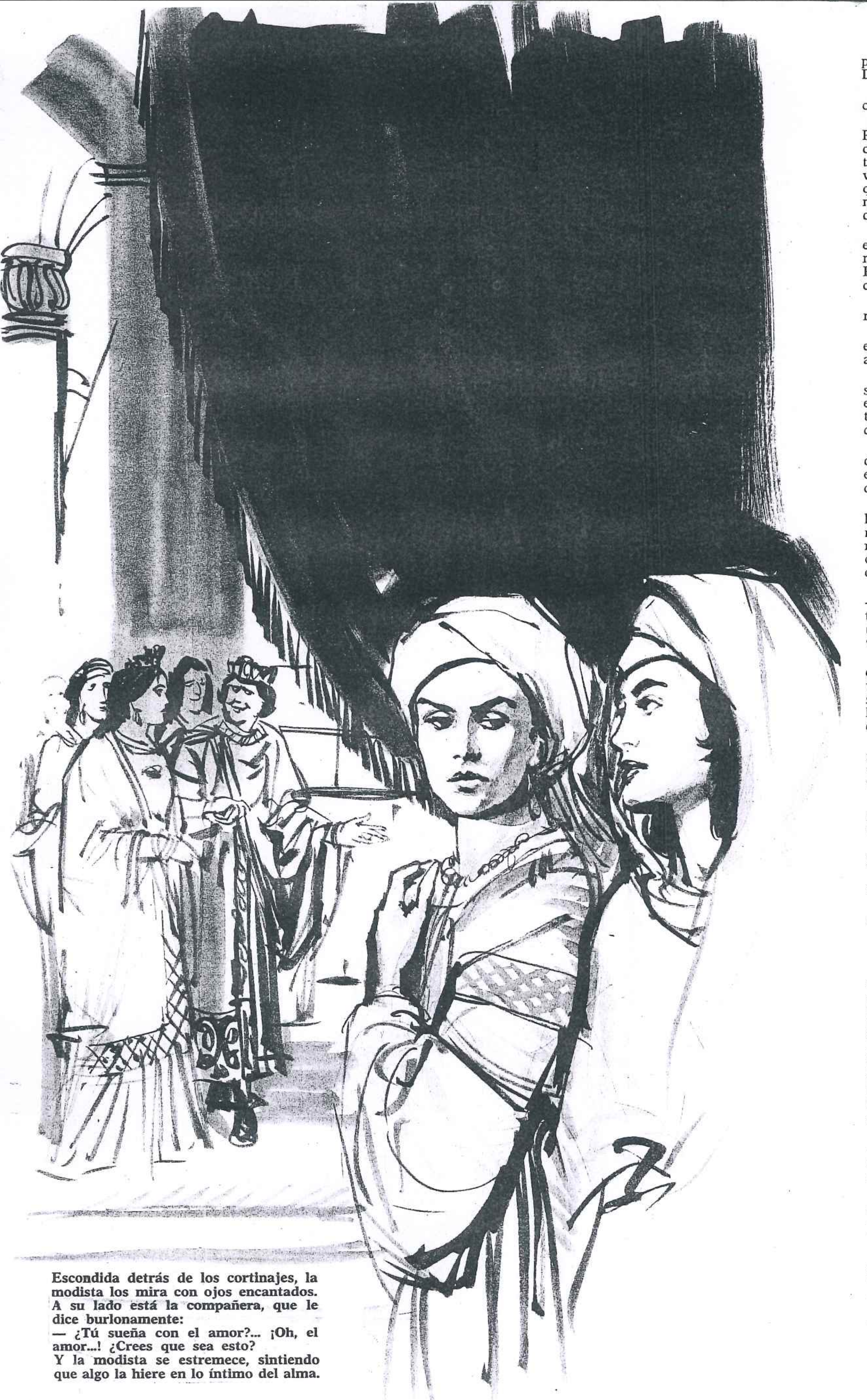
— No me hables de esto — responde Hugo con enfado. — ¡No me retiraré hasta que no haya tomado a Roma!

— Con vuestras cóleras y vuestros odios personales hacéis verter la sangre a centenares de soldados, sembráis la miseria en el pueblo, tenéis prisionero al Pontífice...

Hugo alza los hombros burlonamente:

— ¿Qué me importa todo eso? En Roma me espera el poder.

— ¿Y si allá te esperara



Escondida detrás de los cortinajes, la modista los mira con ojos encantados. A su lado está la compañera, que le dice burlonamente:
— ¿Tú sueña con el amor?... ¡Oh, el amor...! ¿Crees que sea esto?
Y la modista se estremece, sintiendo que algo la hiere en lo íntimo del alma.

precisamente el castigo de Dios?

Hugo responde con una carcajada.

Odón entonces entra en Roma y, después de tratar con el Papa asuntos relativos a su obra espiritual, va a visitar a Alberico, quien lo recibe amistosamente, pero no se muestra dispuesto a cesar la guerra.

En la semanas siguientes el monje viaja continuamente del campamento de Hugo al palacio del príncipe de Roma.

— Dios te castigará — repite al rey soberbio.

Y un día se difunde en el campamento una noticia alarmante:

— Varios soldados han sido atacados por un mal extraño que les produce terribles espasmos. Los médicos no saben qué decir...

Antes de la tarde se ha duplicado el número de enfermos. El rey está preocupado.

— Se trata de una pestilencia — sentencian finalmente los médicos. — Se necesitarían remedios adecuados y buena alimentación.

— ¡Buscad lo necesario! — ordena Hugo a un batallón de forrajeadores. Y no regreséis sin buenas provisiones.

Pero los continuos saqueos han empobrecido tanto la región, que no es posible encontrar nada. Y el hambre penetra también en el ejército sitiador.

En pocos días el mal terrible siega víctima tras víctima. Y el abad Odón vuelve a la tienda del rey:

— Es Dios — dice — quien te obliga a suspender el sitio.

Hugo no osa reir ahora y responde con ira:

— ¡Vete con tus profecías! — pero debe ceder.

Odón se encarga de las negociaciones de paz.

* * *

Alberico continúa gobernando en Roma. Los Papas se suceden, y en su elección hasta el 946 se hace sentir la influencia del príncipe. Finalmente sube al trono Agapito II, un hombre fuerte y valeroso. No abate el poder de Alberico, pero sabe cumplir su misión espiritual sin dejarse dominar por nadie.

En el 954, Alberico, sintiéndose cercano a su fin, reúne en San Pedro a los nobles de Roma y les dice:

— Juradme que cuando no exista Agapito II, elegiréis en su lugar a mi hijo Octaviano.

Los nobles juran, y cumplen su promesa un año más tarde, a la muerte de Agapito. Octaviano es elegido Papa y se llamará Juan XII. Con él comienza para los Pontífices la costumbre de cambiarse el nombre.

MARIA COLLINO



Los hombres de Kina miraban silenciosos al hechicero de aquella tribu del Congo. Tras el rostro impenetrable de la máscara un pueblo de tradiciones milenarias.

98

KASONGO

Un misionero del Africa Central narra la historia casi increíble de un negro... Kasongo y Mubolo miraban la llama que subía lenta, mientras pensaban en la crueldad de sus enemigos.

Me encontraba al extremo de la meseta, donde algunos hombres trataban de derribar una maravillosa « *Mundanda* » o Milletia Laurenti. Desde hacía dos días las hachas rebotaban contra el duro tronco, como acero que chocara contra acero. El tronco, alto, recto, se elevaba tan grueso que dos hombres no lograban abrazarlo. Pero de las heridas destilaba un líquido rojo sangre.

A pesar de la resistencia del árbol, la herida era ya ancha y profunda. De las ramas habían caído a millares las flores azules como si sintiendo próximo su fin, la pobre planta extendiera a sus pies un tapiz de gloria para tenderse en él.

Las hechas herían ahora el corazón del árbol. Los crujidos de la madera parecían gemidos...

Al fondo del sendero apareció una familia indígena. No tardé en reconocer a Kasongo con su mujer y sus hijos. Cuando el hombre estuvo cerca, noté su turbación.

— Buenos días, Kasongo. Buenos días, Manimba. ¿Venís a visitar a vuestro hijo?

Kasongo hizo señas negativas con la cabeza.

— Quiero hablarte, Padre.

En ese momento se oyó el grito de triunfo de los leñadores. Me volví: el follaje inmenso del « mundanda » se agitaba como aturdido en el aire.

El árbol que ninguna tempestad había sacudido, buscaba ahora un apoyo. Duró un momento. Después el gigante se inclinó lento: fue el derrumbe. Siguió un silencio como de zozobra.

Invité a Kasongo a sentarse con su mujer en el tronco derribado. Estábamos solos. Me dirigí a Kasongo.

— Tú sufres, Kasongo. ¿Qué tienes?

Y Kasongo cuenta..

Precisamente así, como el « mundanda », Kasongo había desafiado al enemigo, había desbaratado las insidias, había hecho frente a todos los engaños, a los peligros, a las astucias.

¡Kasongo, el indomable! Recto, sincero, pronto e impulsivo.

Ahora revivía, las horas de la lucha encarnizada, orgulloso de haber vencido al peor enemigo suyo y de la tribu Bambala.

Se llamaba Muluba. Era uno de ellos, pero se había vendido a los blancos, a los mercaderes sin escrúpulos que querían enriquecerse a costa de los negros y usaban el engaño y la prepotencia con los habitantes del poblado de Kina.

Cualquier ocasión era buena para que Muluba y los suyos hostilizaran a los Bambalas, y el odio les quemaba el alma, un odio implacable, sobre todo hacia Kasongo, el sobrino del jefe, que muchas veces vencía con la fuerza su astucia y su atrevimiento.

Podía tener veintidós años Kasongo cuando un día regresó de la caza con su primo Mubolo, llevando un enorme jabalí salvaje, y narraba al tío la gloriosa aventura con la fiera. De improviso entró Muluba. Alto, de espaldas anchas, la cara surcada por horribles tatuajes. Se miraron en silencio, se midieron, se desafiaron. Y antes de que los dos primos hubieran recogido las armas, el negro había desaparecido. Pero una flecha lo alcanzó y le llevó limpiamente la oreja.

Kitambo, el tío, quiso calmar al joven.

— ¡Vaya, vaya, hijo! Ya Muluba ha huido.

— Hemos soportado demasiado, tío. Muluba se jacta de ser el hombre del blanco. Los blanco nos harán a todos esclavos, y para ello usarán la astucia, los regalos y otros mil engaños... Nos ofrecerán el vino de palma, pero en el vino pondrán el veneno. Yo no beberé el vino de los blancos, ni aceptaré sus regalos.

Estaba furioso y su primo Mubolo lo miraba con admiración.

— Mira — dijo de pronto — aquí está Manimba, que nos trae la comida.

Kasongo se apaciguó a la vista de la muchacha.

— Deja las cosas allí, junto al árbol, Manimba.

La joven obedeció sonriendo.

— Aquí está la carne de jabalí y aquí los panes de mandioca. Mamá pregunta si bastan...

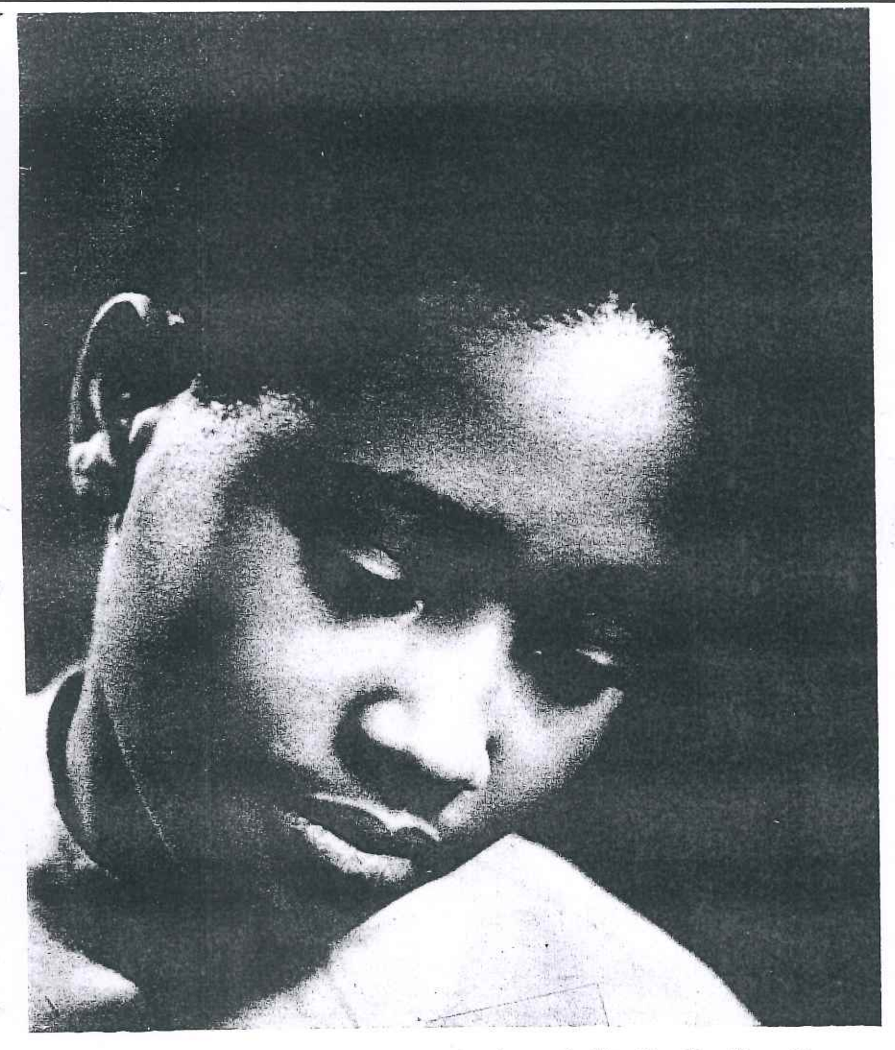
Kasongo hizo una señal afirmativa con la cabeza. Manimba cubrió el cesto y antes de retirarse miró un momento al joven audaz y fuerte, y se sintió feliz. No sabía cuánto debía costarle ser la prometida del héroe.

* * *

Un día los habitantes de Kina estaban silenciosos alrededor del brujo de la tribu.

El hechicero, como fuera de sí, hacía sus conjuros y la gente contenía la respiración.

De pronto, por el sende-



Manimba estaba cansada de aquella marcha interminable. Un día dijo a Kasongo:
— Déjame morir aquí... Me sepultarás bajo estos árboles.
— ¡ No, Manimba! Debes vivir para mí. Un día volveremos a Kina y seremos felices.

ro que rodeaba el recinto del jefe se oyó un grito desgarrador.

— ¡Está muerto! ¡Han matado a mi Mbala!

— ¿Quién? ¿Dónde?

— Allá en el valle. El leopardo lo ha matado.

Mbala era un siervo de Kasongo, y su amo lo había mandado en su lugar a montar la guardia en los campos. Era evidente, pues, que habían atentado contra la vida de Kasongo, y Mbala había sido la víctima. Pero, ¿quién era el asesino?

Algunas huellas como de leopardo estaban impresas en el sendero, entre el campo y las malezas cercanas. Un poco más lejos se veían solamente huellas humanas.

* * *

Junto al fuego encendido en el patio Kasongo y Mubolo miraban la llama que ascendía lenta, consumiendo la leña. Meditaban, tristes, en la crueldad de sus enemigos.

— ¿Aquello... un leopardo? — Kasongo parecía concluir así, en voz alta, sus reflexiones.

— No, yo tampoco lo creo — respondió Mubolo.

Siguió un silencio. Después Kasongo se levantó impetuosamente, y su furia se desencadenó como un huracán.

— Mandaré a decir a Muluba que mañana al amanecer espero a todos sus « leopardos » allá abajo, en mis campos. Los espero solo. ¡Tío Kitambo, mírame! ¡Lo juro! Acabaré con ellos para siempre o dejaré de ser Kasongo.

Mubolo quería seguirlo pero no se lo permitió. Sin embargo Kitambo dispuso que a poca distancia Mubolo y sus hombres estuvieran en espectativa.

* * *

Esa noche todo estaba silencioso en la cabaña de Kasongo. El joven estaba en acecho porque conocía a sus enemigos, pero las largas horas y el cansancio de la espera amenazaron varias veces derribarlo. Kasongo había preparado y puesto sobre su estera un haz de hierbas bien atadas, y lo cubrió con la manta, antes de esconderse detrás de la puerta de entrada.

Hacia el amanecer, cuando el gallo rompió las tinieblas con su canto y las últimas estrellas parecían perder su brillo, llegó a oídos de Kasongo un rumor leve en las malezas cercanas. Después, un ruido lento, cauto, entre las paredes de la cabaña, abajo, hacia el suelo... Parecía el deslizarse de un ratón.

Kasongo aguzó la vista. Una mano apartaba acá y allá la paja de la pared. Después avanzó, tocó la estera, extendió el brazo y palpó el haz de hierbas. Un instante y se oyó un alarido de dolor... Dos cuerpos lucharon furiosamente en la oscuridad... Después un estertor y el silencio... Kasongo salió aprisa de la cabaña y continuó la lucha con los que habían acompañado al primer « leopardo ». Y en efecto, parecían leopardos con aquellas pieles que los cubrían y las máscaras que los disfrazaban a la perfección. El combate fue duro, pero Mubolo y sus compañeros llegaron en ayuda de Kasongo. El grupo de los « leopardos » fue derrotado, y Muluba, furioso, juró vengarse.

* * *

— ¿Qué pasa, Manimba? ¿Qué ha sucedido?

Los dos primos se levantaron con un salto cuando la joven llegó corriendo, bañada en sudor, con el semblante descompuesto, los cabellos desordenados. Manimba no pudo responder y prorrumpió en llanto.

— ¿Alguien te golpeó? ¿Quién ha sido?

Mientras tanto llegaron algunas mujeres con la indignación en el semblante. De sus palabras inconexas y tumultuosas surgió un nombre: ¡Muluba!

— ¡El!... ¡El...! ¿Qué te ha hecho? — rugió Kasongo.

El malvado había aprisionado a Manimba y se la habría llevado, si un grupo de mujeres no hubiera llegado a tiempo para salvarla, con gritos, arañazos, mordiscos, sobre todo con la sorpresa de su aparición.

Muluba había aflojado la presa momentáneamente y Manimba, con un tirón había logrado libertarse.

Kasongo no prorrumpió en palabras vehementes, como esperaban todos.

Permaneció extrañamente calmo. Sólo dijo:

— No llores, Manimba. Vuelve a casa y tranquiliza a tu madre. Yo pensaré en aquel infame.

Pero antes de que pudiera hacer algo, el infame había preparado una nueva traición.

* * *

Muluba esperó el día de la caza para aventurarse hasta el poblado con sus secuaces.

Los hombres de Kina estaban en la selva; en el pueblo quedaban solo los viejos, las mujeres y los niños. Muluba y los suyos atacaron especialmente a Kitambo, el jefe. Lo asesinaron y quemaron su cuerpo. No pudieron hacer más, porque las llamas de un incendio que estalló de improviso atrajeron a los otros bambalas.

Necesitaron tiempo para rehacerse de la dolorosa sorpresa, para comprender lo que había pasado... Pero no se necesitó mucho para instigar los espíritus a la venganza.

Se prepararon a atacar al enemigo en su guarida. La noche, negra como la pez, era silenciosa. Las casas del poblado, negras y cerradas, parecían abandonadas hacía tiempo. Ni un fuego ni un murmullo.

En el recinto donde surgía la cabaña de Muluba, las puertas estaban atrancadas y las ventanas cerradas con alambre de púas. Sólo con el fuego podrían hacer salir al enemigo.

Kasongo dio una orden. Despacio, despacio, se abrió una ventana y una ráfaga de balas partió de un depósito. Estalló el fuego. Después de un momento, entre los resplandores rojizos de las llamas apareció Muluba con un fusil.

— ¡A mí! — gritó Kasongo — ¡Dejádmelo!

Y se oyó un silbido que venció el crepitar de las llamas. La flecha de Kasongo atravesó el corazón de Muluba.

* * *

Los moradores de Kina habían elegido jefe a Kasongo. No podía ser de otro modo: ¿No era el héroe indomable de Kina?

Pasados algunos meses, y pagado a los parientes el precio de la muchacha, Kasongo se casó con Manimba, que entró en la cabaña nueva que el joven había construido, acompañada por su madre y sus íntimos.

La madre había hecho las admoniciones de rigor: que fuera obediente a su esposo, buena y respetuosa con todos, virtuosa y fiel. Después se había retirado y la ceremonia había acabado así.

Ahora parecían haber llegado días tranquilos. Pero un tarde se presentó un amigo:

— ¡Huye, Kasongo! — le dijo jadeante. — Ha llegado el blanco amigo de Muluba, con fusiles y mil soldados. Te buscan a ti, ¿comprendes? ¡Huye, huye!

— ¿Huir yo? ¡Nunca! ¡Kasongo no huye!

Todo el poblado vino a insistir.

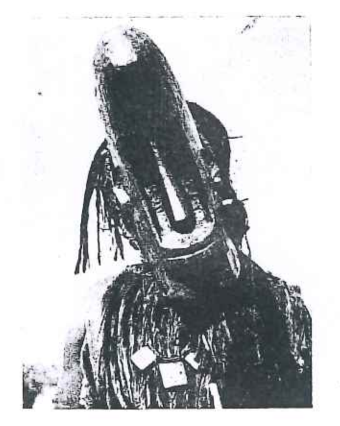
— ¡Escóndete, huye! Tú eres el jefe y no puedes morir. Volverás. ¡Ahora vete!

Mubolo, el primo, se ofreció a velar sobre el pueblo y Kasongo partió con su esposa. Se escondieron no muy lejos de Kina, en un refugio seguro.

Mubolo se presentó al blanco que llegaba con sus soldados.

continúa en la pág. 44

Viene de la pág. 39



KASONGO



— Soy el jefe.

— ¿Eres Kasongo?

— Yo... soy el jefe.

— ¡Atadlo! ¡Será fusilado!

Y se llevaron al joven entre dos filas de soldados.

Kasongo lo había sabido todo. ¿Qué sería de Mubolo, su querido primo?

Los soldados se llevaron después a casi todos los hombres del poblado, y Kasongo se vio obligado a alejarse todavía más, dejando a Kipulu encargado de la defensa...

* * *

Pasaron semanas y semanas. Manimba estaba cansada, extenuada de aquella marcha interminable a través de la selva.

— Soy un peso para ti — decía a su esposo. — Déjame morir aquí. Me sepultarás bajo estos árboles.

Kasongo pasó horas de angustia, y entonces ella lo consolaba:

— Kasongo, viviré para ti. No quiero morir... ¡Verás...!

Los acogió una pobre aldea donde encontraron un amigo y les pareció estar en su casa.

La vida volvió serena, tranquila, laboriosa.

* * *

— ¡« Tata », « tata »!

Batiendo palmas por el contento, un chiquillo alcanzó a su papá y le abrazó las piernas.

— ¿Qué nos traes, Tata?

— ¿Ves? Dos « Nkayn ».

— ¿Me dejas tocarlos?

— Sí, pero en la casa.

Se encaminaron hacia ella. Una niña corrió también al encuentro del padre, separándose de Manimba que limpiaba las hortalizas a la puerta de la casa.

¡Era tan bella la vida en la intimidad de aquella casita!

« Demasiado bella para que dure », pensaba Kasongo.

Y en efecto, un día se presentó un amigo bambala y lo llamó aparte:

— Oyeme, Kasongo. Tú tienes razón: los europeos son nuestros enemigos. Tú llevas en las venas la más pura sangre bambala, y cuando hablas nos haces estremecer de alegría, pero créeme: ni nosotros ni tú podemos resistir al blanco... No estás seguro aquí. Si quieres huir de ellos, no tienes otro medio que ponerte al servicio de un blanco. ¿Puedes impedir a la hierba que crezca o a las aguas del río que sigan su curso?... Los blancos son así, Kasongo, como las fuerzas del bosque, como las aguas del río Kuffi. Si quieres a Manimba y a tus hijos, sálvalos.

Kasongo escuchaba. Todo hervía en él, como las aguas después de la tempestad, pero al nombre de Manimba, al recuerdo de sus hijos, se enternecía.

— Nzazi no es como los blancos amigos de Muluba... Es bueno y leal... Puedes confiar en él... — insistía la voz del amigo.

La rabia agitaba a Kasongo como hace el huracán con los gigantes de la selva.

No quería doblegarse. Pero volvía la advertencia:

— Por el amor que tienes a Manimba y a tus hijos...

Durante toda la noche luchó contra sí mismo. Sentía la respiración de los suyos, dormidos en un sueño tranquilo y sereno. Al amanecer se decidió.

— Manimba — dijo, y la voz parecía un sollozo — debemos partir de nuevo, ir más lejos aún...

— Como quieras — respondió la mujer.

— Es por ti, por nuestros hijos. Partiremos, mañana. Iré a ponerme al servicio del hombre blanco.

— Está bien, Kasongo. Contigo iré hasta el fin del mundo.

* * *

Nzazi, el blanco era realmente un hombre recto, que supo apreciar enseguida el valor extraordinario de Kasongo y le ofreció su amistad.

De cada expedición de caza Kasongo regresaba victorioso... Pasaron los meses.

Un enorme cocodrilo había hecho algunas víctimas entre los hombres de la hacienda de Nzazi. Kasongo quiso ir solo al encuentro del monstruo y lo abatió con incomparable valor. Después, mientras desaparecía el sol y empezaban las tinieblas, se encaminó cantando hacia la hacienda.

Era la primera vez que se oía en esa comarca el canto del valiente. Y fue también la última.

En el estómago del enorme reptil encontraron algunos brazaletes. Kasongo los reconoció en seguida: habían pertenecido a Kipulu, el protector de Kina. ¿Lo habría devorado el cocodrilo? El poblado de Kina no tenía quien lo defendiera y Kasongo se sintió abrumado. Era preciso regresar.

Manimba se sorprendió. Intentó persuadirlo de la imprudencia de volver al peligro.

— ¡No, Manimba! Mejor morir que dejar perecer a nuestra gente. Hubiera debido regresar antes. He cometido una cobardía. ¡Debo regresar!

Y Kasongo regresó a su pueblo. El grito de la multitud que había ido a despedirlo a la playa fue cubierto por el rumor del viejo bote.

— ¡Adiós, Kasongo!

— ¡Adiós, Nzazi! ¡Adiós, adiós!

* * *

En Kina recibieron a Kasongo, el indomable, con transportes de alegría.

Siguió un tiempo de lucha y de peligros. Ahora la vida proseguía serena. Cerca, el Padre blanco había establecido su misión, pero Kasongo no quería saber nada del cristianismo.

Sin embargo, mandó a la misión a su hijo. Y en la escuela del misionero el muchacho se sentía feliz. También Manimba estaba contenta, pero Kasongo era irreductible.

Inútilmente Mubolo, su primo, que había escapado a la muerte en una forma casi increíble, le razonaba:

— Recuerda cuantas veces el tío Kitambo nos enseñó: « El dios supremo (Nzambi) hizo el cielo y la tierra y los árboles... ». Y si decíamos mentiras nos amonestaba diciendo: « Tú, hijo, mientes no sólo ante mí sino ante los ojos de Dios... ».

— Es cierto — decía Kasongo.

— Es lo mismo que dice el Misionero. Nosotros conocíamos mal al dios supremo; pensábamos que estuviera lejos de nosotros. En cambio está siempre cerca, es el Padre que vela sobre nosotros... ¿Ves, Kasongo? El Dios que el misionero nos hace conocer, lo invade todo y todo lo domina... Es como el aire. ¿Acaso las rocas de la montaña detienen el aire?

— No.

— Dios es así. Y cuando el Misionero habla de El, nuestros muchachos se entusiasman, y cantan y rezan. Hablarles de Dios es como poner la semilla en la tierra. ¿Puedes tú impedir que la semilla germine cuando está llena de humores?

— Germina — confesó Kasongo. — Debe germinar.

— Así la palabra del Padre nos llena el corazón, y la voluntad debe ceder, abrirse, aceptar...

Kasongo movía la cabeza y se encerraba en un obstinado silencio. Se decía:

— No me doblegaré. Permaneceré solo, lucharé solo. Mi cabeza no se inclinará nunca. ¡No me doblegaré!

* * *

Ahora Kasongo estaba junto al Misionero que lo interrogaba sobre el motivo de su tristeza. Sentados en el tronco del coloso que había derribado el hacha, los dos habían hablado largo rato.

— ¿Ves, Kasongo? — decía el Padre. — Dios hiere y doblega. Del tronco inerte que ya no se alza hacia el cielo, el hacha y la sierra harán mañana maderas estupendas. Del mismo modo de tu alma, ahora abatida y desanimada, el Señor hará surgir maravillas...

Y continuó hablándole del verdadero Dios, de su bondad, de su poder...

El coro de centenares de niños recogidos en la iglesia, invadió la meseta, se fundió con el oro del crepúsculo y el susurro de las palmas.

La cabeza de Kasongo se doblegó.

Tomó el Crucifijo del Padre y lo acercó a sus labios. Luego lo ofreció a Manimba.

Después Kasongo se arrodilló atrayendo a su mujer y a sus hijos. Y el Misionero rezó:

— Señor, Tú lo has llamado: hazlo hijo tuyo, atráelo a Ti para siempre.

De « Kasongo, el indomable » de P. Greggio S.J. - Misiones de Venecia.

LOS CABALLEROS DE LA LUZ

Cada año partían aquellos heraldos con el símbolo de la luz que Cristo donó al mundo con el fuego de la caridad.

de H. DANIEL ROPS

Hace todavía cincuenta años, en la Iglesia oriental sobrevivía una usanza antiquísima. Acabó con ella la primera guerra mundial.

La noche del Viernes Santo, el Patriarca de Jerusalén hacía su ingreso solemne en la basílica del Santo Sepulcro, donde centenares de fieles pasarían la noche en oración.

Se dirigía hacia aquella estrecha fosa que se encuentra en el corazón del edificio: la tumba donde reposó el cuerpo del Crucificado.

En aquella especie de capilla funeraria, con las paredes tapizadas de imágenes, donde ordinariamente resplandecen centenares de lámparas, aquella noche no había más que una llama, como para simbolizar aquella otra llama de vida que Cristo estaba por encender en el mundo con su resurrección.

El Patriarca se acercaba a la llamita amarilla, encendía en ella una antorcha y lentamente, en silencio — nadie osaba hablar o cantar durante la más dolorosa de las noches — salía a la basílica llevando en alto la antorcha.

Tenía lugar entonces un espectáculo extraordinario.

Todos los presentes habían llevado consigo una vela, una lámpara. Uno de ellos, después otro y otro, encendían su antorcha en la del Patriarca, en el fuego sagrado...

Poco después la llama se difundía por todas partes y en un abrir y cerrar de ojos la iglesia era un mar de fuego.

El prelado, con los resplandecientes ornamentos litúrgicos, continuaba avanzando a paso lento, acercándose a la puerta de la basílica.

En el atrio, ya en la silla, lo esperaban cuatro caballeros con una antorcha. Uno tras otro encendían su antorcha en la del oficiante, y al galope desaparecían en la noche.

¿A dónde corrían? Todo había sido preparado cuidadosamente. En el camino que cada uno de ellos debía seguir, habían sido dispuestas estaciones, con caballos de refresco y caballeros de relevo en caso de necesidad.

Y — cuatro días después — el fuego encendido sobre el Santo Sepulcro llegaba a las cuatro ciudades santas del Oriente ortodoxo: Atenas, Bizancio, Kiev y Moscú.

En las catedrales donde la multitud en oración había esperado la llegada de los caballeros de la luz, se veía el mismo espectáculo de Jerusalén: cada uno de los presentes venía a encender su lamparita, su cirio, en el fuego sagrado venido de Palestina.

Y ya que entre tanto había llegado la Pascua, un salmo de gratitud y de esperanza se elevaba de todos los corazones, mientras los brazos alzaban en alto la llama de la victoria sobre la muerte.

Los caballeros de la luz que partían en el corazón de la noche, para transmitir a millares y millares de creyentes el fuego sagrado, ¿no eran acaso los heraldos, los testigos, los símbolos de la luz que el Cristo donó al mundo y gracias a la cual ha estado iluminado desde hace dos mil años?

« Yo he venido a traer el fuego a la tierra — decía Cristo — ¿y qué puedo desear sino que arda? ».

Pues bien, ¿la tierra ha entendido está frase como habría debido? ¿El fuego de Cristo, el fuego del amor, de la fraternidad, de la justicia, arde verdaderamente en medio a nosotros?





¿POR QUE LIMIT EL AMOR?

POR
MARIA COLLINO

La fiesta en casa de los Cepedas ha terminado. Teresa está sola en su alcoba, sin ganas de dormir. Cepilla sus cabellos ante el espejo de plata, pero está distraida.

Aquella noche su primo Vicente la ha mirado de modo extraño y ella se ha sentido estremecer.

No es tímida Teresa, ni es la primera vez que los demás se interesan por ella. Su carácter exuberante y simpático, su belleza elegante, su generosidad, gustan a todos. Pero desde hace un tiempo las atenciones de Vicente son más asiduas y ella debe admitir que está contentísima.

Teresa tiene quince años y le falta el valor de llamar por su nombre aquel sentimiento nuevo que le ha nacido en el corazón. Hasta ahora todos la han considerado una niña, ¿cómo puede decir así, de pronto: « Amo a Vicente »?

Los pensamientos se suceden tumultuosos. Pero el cansancio vence. Teresa cuelga su hermoso vestido de terciopelo rojo y se va a la cama.

Al día siguiente se confía al confesor:

— Está en paz, hija — le dice el sacerdote. — El amor, cuando es puro, puede conducir por los caminos de Dios. Sé delicada y sencilla y pide a Dios que te haga conocer su voluntad.

Teresa se sobresalta. ¿Desde cuándo no piensa en los intereses de Dios?

No ha caido en culpas graves pero se ha perdido en tantas frivolidades. Entre sus diez hermanos y sus doce primos es casi una reina.

De una de sus primas ha aprendido a tratar de hacerse interesante y a usar el espejo más de la cuenta. Una vez en cambio... Arrodillada ante el altar. Teresa piensa en el pasado. Le ha quedado impreso el recuerdo de una escapada de su infancia.

Tenía nueve años, y con su hermano Rodrigo huyó de casa para ir a tierra de moros en busca del martirio...

* * *

En 1530 la madre de Teresa se va para siempre. El dolor excava en la niña nuevos espacios para grandes ideales.

Cuando todos en la casa duermen, Teresa mira el Crucifijo y mil ideas nuevas le llenan el alma. A veces se le ocurre que debería consagrarse al Señor. Pero aleja el pensamiento con hostilidad.

Se hunde entonces en los sueños: brillar en el mundo, o disfrutar de una alegre vida familiar al lado de un esposo que lo sea todo para ella.

— Pero el amor de un hombre es demasiado poco para mí — concluye Teresa.

Su corazón necesita darse sin límites.

Vicente la mira y se da cuenta de que algo ha cambiado en ella.

Seis años dura la crisis de Teresa. Finalmente en el 1536, la llamada de Dios se hace irresistible.

La joven se presenta a su padre:

— Debo ir, papá — le dice — El Señor lo quiere.

Don Alfonso baja los párpados sobre los ojos que brillan.

— No es posible, hija mía — responde — yo necesito de ti.

Teresa debe combatir. Intervienen en su favor tíos y conocidos, pero el padre no cede. Teresa se desahoga con su hermano Antonio, ardiente y generoso.

— Te ayudaré yo — afirma el chico.

Una mañana muy temprano los dos hermanos salen del palacio.

Entrarán los dos en el convento. Teresa está ya de acuerdo con las carmelitas de la Encarnación. Antonio intentará la aventura.

* * *

Pocos días después don Alfonso de Cepeda se presenta a la reja del locutorio. Teresa lo mira ansiosa.

— Ahora comprendo, hija mía. El egoismo me cegaba.

Teresa llora de consuelo.

— Estaremos más unidos que antes, papá — responde — he sufrido terriblemente al dejarte así, pero Dios nos ha separado para unirnos más estrechamente.

— El ha tomado ya tu puesto en mi casa.

Teresa quisiera poder abrazar a su padre, pero la reja se lo impide.

— ¿Y Antonio? — pregunta.

Don Alfonso sonríe.

— Los padres dominicos han tenido más juicio que él: lo han devuelto a casa. Más tarde, si el Señor quiere, lo dejaré partir.

Ahora Teresa está en paz. La vida del convento, con sus austeridades, la atrae, pero le causa también fuertes luchas interiores.

Su salud se resiente y poco después de la profesión religiosa una oscura enfermedad se apodera de ella.

El 15 de agosto de 1538 la joven carmelita está moribunda.

Al anochecer su rostro se afila como el de un cadáver, el pulso es imperceptible.

— Está muerta — dicen los presentes, y comienzan las preces de los difuntos.

En el pequeño cementerio del convento las carmelitas excavan la fosa.

Otra noche y otro día: hasta los médicos creen ahora que Teresa haya muerto.

Pero Don Alfonso se rebela. Obstinadamente aprieta la mano de su hija y creer sentir el pulso.

Los otros lo miran con piedad.

— El dolor lo ha enloquecido — murmuran.

Don Alfonso tiene un remordimiento terrible. Cuando, en la mañana del 5 de agosto, Teresa ha pedido un confesor, él, por miedo de que esto indicase el fin, ha impedido que lo llamasen.

Pero al alba del cuarto día, Teresa mueve ligeramente los párpados y unas horas después comienza a hablar. Don Alfonso parece enloquecer de alegría.

Teresa es una buena religiosa pero todavía no ha renunciado completamente a sí misma.

En Avila muchos la conocen y buscan su brillante conversación. Las reglas del convento lo permiten porque el trato con el mundo puede ser un medio de apostolado.

Teresa habla de Dios y las almas progresan, pero ella no está contenta. En la soledad de su celda se da cuenta de que goza todavía la sutil satisfacción de sentirse buscada y estimada.

— Pero yo tengo la intención de hacer el bien — se dice.

— Es cierto — le responde una voz interior — pero no has comprendido todavía que el bien de una carmelita es la inmolación total.

Un día Teresa entra en la capilla y sus ojos se posan en una gran imagen del Crucificado. Un rayo de sol llega hasta él y las llagas parecen de sangre.

Teresa queda sin aliento. Se siente en una encrucijada: a un lado el camino de la mediocridad, al otro el del heroismo. Esta vez su elección es total.

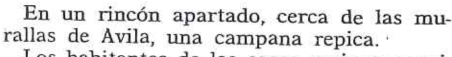
* * *

Es el amanecer del 24 de agosto de 1562.

AR



Un rayo de sol llegaba hasta el Crucifijo y ponía manchas de luz en sus llagas.



En un rincón apartado, cerca de las murallas de Avila, una campana repica.

Los habitantes de las casas vecinas se miran sorprendidos.

— ¿De dónde sale esta música?

— ¿Puede un campanario crecer en una noche como un hongo? — se preguntan. Los más curiosos corren al sitio de donde proviene el sonido y dan luego la noticia:

— ¡La casita que estaban reparando los albañiles es un convento de carmelitas!

— ¡De carmelitas descalzas!

— ¿Y qué gente es ésa? — interroga uno.

Los más informados explican:

— ¿No habeis oido hablar de una monja Teresa, hija de Don Alfonso de Cepeda?

— ¿La de las visiones?

— Sí. En la ciudad se ha hablado mucho de ella, desde cuando se le ha metido en la cabeza reformar la Orden de las carmelitas.

— ¡Qué cabeza! — dice una alejándose.

— Si hay que reformar algo, toca al Papa — agrega otra — no a una monja cualquiera.

— Hay que advertir a las autoridades.

— Nosotros iremos al convento de la Encarnación, a hablar con la superiora de esa monja loca.

— Y nosotros correremos donde el gobernador. Le haremos pasar los grillos de la cabeza a la señora reformadora.

— ¿Qué se cree? Un convento nuevo, treinta bocas que mantener.

— Sí, porque entre sus locuras está la de no querer rentas para su monasterio. Me lo ha dicho la amiga de la criada de...

— ¡Callad! — interviene un señor de aspecto severo — ¿Por qué os entrometéis en los hechos ajenos?

— Lo dice usted, pero ¿quién deberá llevar las limosnas a las nuevas monjas? ¿No serán las gentes de Avila?

— Serán las personas que no es encuentran aquí murmurando, os lo aseguro — continúa el caballero.

Entre tanto en el monasterio de San José se celebra la primesa misa. Asisten Teresa y cuatro jóvenes novicias con algunos amigos invitados a la ceremonia.

El convento es pequeño y pobrísimo pero sus moradoras resplandecen de alegría.

Teresa ha esperado esta hora con ansia y ahora no cree a sus ojos. Desde cuando se ha dado toda al Señor, un sueño se ha ido haciendo más insistente en su alma: reformar la orden carmelita, volverla al fervor de su primera regla.

El sueño le ha parecido primero una locura, pero lo ha sentido madurar como una llamada divina. Y en medio de sufrimientos incalculables ha logrado realizarlo.

No ha movido un dedo sin confiarse a la obediencia; muchos hombres de Dios han compartido con ella la grave responsabilidad y el Señor ha realizado prodigios para hacerle superar los obstáculos.

Pero alguien no sabe nada todavía: las Carmelitas de la Encarnación. La priora, Madre María Cimbrón, a través de las rejas del locutorio oye la sorprendente noticia.

— Así es — le dicen los celosos informantes — la monja rebelde ha abierto el convento...

Madre Cimbrón es una mujer inteligente y decidida:

— Antes de llamar a Teresa monja rebelde, pensadlo dos veces — responde — Una religiosa como ella no cambia bandera...

— Y sinembargo os aseguramos...

La priora corta la confidencia.

— Gracias por el aviso. Ahora retiraos por favor.

Poco después una orden escrita llega al convento de San José: Sor Teresa de Jesús debe regresar al monasterio de la Encarnación. Las novicias la rodean asustadas.

— ¿Qué haréis, Madre?

Teresa sonríe:

— Obedeceré, hijas — dice dulcemente.

* * *

En la Encarnación las monjas están en alarma. Algunas piden para la « rebelde » graves castigos mientras otras callan y rezan.

La priora no soporta charlas.

— Invocad al Espiritu Santo — dice — Lo que interesa es la voluntad de Dios.

Teresa de Jesús entra, humilde y desenvuelta en la sala capitular.

— Habéis olvidado las normas de la sumisión religiosa — dice la Madre — Habéis salido de las filas en que Dios os había puesto.

La reformadora se oye recordar los deberes que aparentemente ha violado. En su mirada no aparece ni sombra de orgullo.

Sinceramente expone sus razones. Sabe muy bien que una religiosa debe obedecer, pero sabe también que Dios puede elegir los instrumentos para la obra que desee.

Madre María Cimbrón ve claro. Cuando sale, la sala capitular está conmovida. Un grupo de curiosas la rodea, pero ella las aleja con un gesto. Le ha quedado impresa en el corazón la voz de Teresa que pregunta:

— ¿Por qué limitar el amor?

Las hermanas del capítulo se sienten inundar de consuelo cuando oyen hablar a Teresa: también ellas han creido en el amor y su vida ha sido una oferta sincera. Si Dios llama a su hermana por otro camino, ¿por qué no dejarla marchar?

* * *

Pero las gentes de Avila no piensan así.

Al día siguiente, con gran séquito, el gobernador de la ciudad se presenta en el convento de San José.

Las novicias asustadas bajan a la sala.

El « magnífico señor » da órdenes:

— Debéis dejar imediatamente esta casa. Si no lo hacéis, mis soldados derribarán las puertas.

Pero con gran sorpresa se oye responder:

— No nos iremos si no nos lo ordena la que nos ha recibido entre estos muros.

Los soldados se preparan a derribar las puertas cuando una voz exclama:

— ¡Aquí cerca está el Santísimo!

Un señor se acerca al gobernador:

— Excelencia, el convento ha sido fundado regularmente. Tendréis fastidios.

Y uno a uno los caballeros se van, precedidos por los soldados, y las cuatro carmelitas quedan dueñas del campo. Se miran sorprendidas, con una ganas locas de reir. Pero la lámpara del tabernáculo las atrae y se arrodillan a dar gracias al Señor.

Durante cuatro días las autoridades de la ciudad tienen asambleas y consejos: parece que cuatro novicias sean más peligrosas que un ejército enemigo. Deciden recurrir al rey.

Parten unos en carroza hacia Madrid, pero después de muchas ridículas discusiones la cosa acaba en nada.

Seis meses después Sor Teresa de Jesús puede regresar al convento de San José.

Las novicias la rodean con afecto filial y ella las mira sonriendo:

— Os lo había asegurado, hijas — dice — Nadie puede detener las obras de Dios.

Las religiosas entran en su capilla. Desde aquel momento la reforma de la Orden del Carmelo comienza su vuelo por el mundo.



LA VIDA INCREÍBLE

de Janet Lim, la china vendida como esclava, que sintió la angustia de lan ametralladoras apuntadas a la espalda.....

Janet estaba sola en la inmensidad del mar que se extiende entre Singapur y Sumatra. Permanecía tendida sobre el agua, y las olas la bamboleaban de un lado a otro. Pensaba vagamente: « Si permanezco así, podré resistir más... ».

¿Cuánto tiempo había pasado desde que se hundió la nave? ¿Un cuarto de hora o un siglo?... Janet Lim se agitó en el agua: no quería morir. Era mejor pensar, pensar...

. . . .

Recordaba vagamente a su padre: era alto y gentil. Murió pronto, y poco después la mamá se casó de nuevo. Pero el segundo esposo no quería saber nada de Janet, y la confiaron a un « tío » hasta que un viejo la compró como esclava.

Janet tenía seis años.

Un día de 1931 se encontró en una gran habitación con otros niños.

Janet tenía miedo pero no lloraba.

— ¿Qué harán de nosotros?

— No sé...

— ¿Crees que nos matarán?

En cambio los vendieron en pública subasta.

Y Janet fue a dar a una aldea donde tenía que desempeñar las más humildes faenas. Le reservaban un poco de comida dos veces al día, y un pequeño espacio para dormir. Durante la noche sentía los rugidos de los tigres que tenían su guarida en la selva, en las afueras de la aldea.

Cuatro años, ¡cuatro largos años así!

La liberación llegó inesperada. Un extraño hombre blanco, con una barba negra y un vestido largo hasta los pies, compró de nuevo a Janet. La llevó de la mano a la nueva casa, y cada vez que ella alzaba sus ojitos de almendra hacia él, los ojos grandes del hombre sonreían.

En la nueva casa, Janet Lim aprendió muchas cosas: la alegría de la libertad y del respeto, la tranquilidad de un afecto seguro. Y, sobre todo, conoció y amó a Jesucristo. Se hizo católica y quiso ir a Singupur para estudiar y llegar a ser una « *nurse* ». Poder cuidar a los niños, quererlos, enseñarlos a hablar, era su sueño.

En Singapur los japoneses se preparaban a la invasión. Los primeros bombardeos hicieron que Janet, con centenares de otros ciudadanos, huyera en una nave que fue bombardeada en pleno océano.

→

Era el 1941. Habían pasado diez años desde el día en que había dejado al « tío ». Cuántos cambios se habían verificado en ella. Sólo le quedaba una cosa: la flacura. Janet Lim tenía dieciséis años y pesaba cuarenta kilos.

Este pensamiento la hizo sonreir mientras las olas la mecían en la oscuridad de la noche.

... Después surgió un sol ardiente contra el cual podía defenderse sólo cerrando los ojos. Ojos cerrados y labios que murmuraban una oración: « Señor, tú sabes que yo estoy aquí... ».

Una canoa la rozó. Janet oyó las voces y alzó un brazo.

La izaron a la canoa, donde se encontraban un chino y un europeo, náufragos también de la nave destruida.

— Si no hubieras alzado el brazo — le dijo Chang Hinn Kee, el chino — te hubiéramos dejado atrás. Te creíamos un cadáver.

Después de dos días transcurridos en el fondo de la canoa, casi inconscientes, los tres fueron socorridos por algunos pescadores de Sumatra.

Cuando Janet Lim abrió los ojos de almendra, vio inclinada sobre ella una hermana blanca.

— Dios mío — murmuró — gracias, gracias.

Pronto la pequeña Lim recuperó la salud y la alegría de vivir, y continuó sus lecciones de « nurse ».

Fuera de la tranquila calma del convento-hospital, la vida continuaba implacablemente feroz. Los japoneses avanzaban, y un día Janet cayó prisionera.

Un japonés, creyéndola una espía, la agarró de un brazo para conducirla al cuartel de los oficiales. Cuando llegaban a las cercanías del cuartel, la muchacha dio un tirón y huyó como una gacela.

Los disparos del japonés no dieron en el blanco.

¿Quién eres y qué quieres?

La voz pareció surgir de improviso en el claro. Una voz durísima.

Janet Lim se dejó caer en el suelo.

— Quiero reposar.

— ¿De dónde vienes?

— De Singapur. He huído de un japonés.

— ¿Por qué?

— Quería matarme, creo.

— ¿De dónde eres tú?

— Yo soy china, china de Singapur. Me llamo Janet Lim.

La voz decidida perdió su dureza.

— Bien, puedes quedarte.

El claro y la jungla que lo rodeaban estaban llenos de hombres y mujeres indonesios, que habían huido de los japoneses invasores.

Janet vio enseguida que los heridos eran numerosos. Ella sabía algo de medicina y puso manos a la obra.

Por la noche muchos indonesios huían para hacer correrías por los barrios japoneses, en busca de medicinas y víveres, para ayudar en la fuga a otros prisioneros.

Entre los hombres había un chino, Ng Mei Ming, que dijo un día a Janet.

— Te he oído hablar en inglés. ¿Has estudiado tú?

— Si, algo.

— ¿Eres católica? Yo lo soy.

Se hicieron amigos.

En los meses siguientes Janet se volvió habilísima. Entraba alegremente en las aldeas, bajo las narices de los japoneses, hacía sus provisiones de medicinas y regresaba al campamento.

Una tarde la inmovilizó un japonés:

— Tú eres Janet Lim, hablas inglés y eres una espía alemana o inglesa.

El japonés era el coronel Kyuso Matzurald y hablaba inglés.

Janet palideció, pero no dio un paso atrás, antes abrió dos ojos llenos de sorpresa:

— No entiendo qué dice — respondió en chino — yo soy una china indonesia...

— Tú mientes. Yo lo sé con seguridad. Ng Mei Ming me lo ha dicho, él es uno de nuestros espías.

« Cobarde traidor » pensó temblorosa Janet, pero con voz calma y arrastrando ligeramente las palabras, repitió:

— No comprendo lo que dice.

Un sargento le ató los brazos a la espalda hasta casi desarticulárselos, y después la encerró en un cuartucho.

A la mañana siguiente Ng Mei Ming estaba delante de ella con tres oficiales japoneses. Dijo:



— Habla bien el inglés. Lo ha hablado conmigo.

Janet lo miró fijamente, seria, pero no dijo una palabra.

El coronel japonés le dijo con un improviso cambio de tono:

— A los espías los fusilamos. Pero tú podrás vivir si nos dices el nombre de los espías y el lugar donde podremos encontrarlos.

— No entiendo el inglés — fue la respuesta tranquila.

Después Janet no habló más.

Una hora más tarde un automóvil la condujo hasta una playa a unas dos millas de distancia. Matando a sus víctimas en la playa, los japoneses se evitaban la molestia de sepultar los cadáveres: la marea se ocupaba de llevarlos a altamar.

Janet fue empujada en el agua, con la espalda hacia sus ejecutores. Esperaba oir de un momento a otro las ráfagas de las ametralladoras, después caería muerta...!

En voz alta, casi musical, empezó a rezar el « Padre nuestro ». De pronto, sin sentir ningún dolor, se desmayó.

Janet está segura todavía hoy, de que Dios la salvó así. Los japoneses deben haber disparado en el preciso momento en que ella caía desmayada en el mar.

Cuando volvió en sí, comprendió que estaba viva, sin la mínima herida.

Huyó por las colinas, llegó a la jungla y allí permaneció para atender a los enfermos. Pero no se expuso más al enemigo.

Terminó la guerra. Las fuerzas aliadas se inclinaron admiradas ante el valor y la abnegación de la pequeña china que, en la jungla, había salvado centenares de vidas con curas y medios primitivos.

Era el 1945 y Janet Lim tenía veintiún años.

El resto de su vida se narra pronto: regresó al hospital de la Misión de San Andrés donde, en 1954, recibió un merecido reconocimiento: fue nombrada directora del hospital. Aquel día la aclamaron calurosamente y le preguntaron:

— ¿Cómo ha hecho para sobrevivir a tantas pruebas? Su vida es increíble...

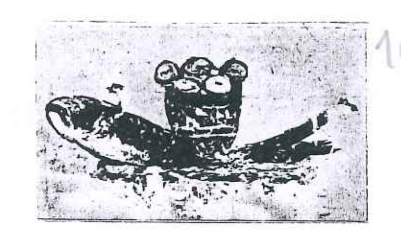
— No — respondió calmadamente Janet Lim — no es increíble. Yo no he estado nunca sola: Dios estaba siempre conmigo.

LA CRUZADA

Entre el 1147 y el 1270, los turcos volvieron al asalto para reconquistar los Santos Lugares que los caballeros de las primeras cruzadas habían libertado. Hasta los niños se sintieron invadidos por el sacro fuego de correr a libertar el Sepulcro de Cristo.



DE LOS NIÑOS



107

En la plaza de una aldea francesa hay un movimiento inusitado. Los muchachos se han reunido con tal aire de decisión que casi dan miedo a los pocos adultos que se encuentran entre ellos.

Un grito y una agitación convulsa saludan la llegada del jefe:

— ¡Esteban! ¡Esteban!

Esteban es un pastorcillo adolescente que hasta hace poco tiempo pensaba solamente en sus ovejas. Pero una mañana ha despertado de improviso con una idea que se ha apresurado a comunicar a un amigo:

— ¿Por qué solamente los grandes deben participar en las cruzadas? ¿Y nosotros, los muchachos, no contamos para nada?

El otro lo mira sorprendido, después prorrumpe en carcajadas.

— ¡Quisiera verte, Esteban, en el sitio de Jerusalén! ¿Qué harías si un caballero turco te atacara con la cimitarra? ¿Lo tocarías con tu vara, como haces con las ovejas desbandadas?

Esteban se ha encerrado en el silencio, pero ha seguido rumiando su sueño. Después, ha huido de casa y ha comenzado a pasar de aldea en aldea, suscitando el entusiasmo de los chicos.

Esteban subre a una especie de tribuna y comienza a hablar:

— ¿Habéis oído, hermanos, cómo ha terminado la última cruzada? Los caballeros y soldados, en vez de correr a libertar el Sepulcro del Señor, han caído sobre Constantinopla para robar y saquear...

— ¡Abajo los traidores! — gritan indignados los chicos.

— Todos dicen — continúa Esteban — que somos demasiado inexpertos y débiles para combatir...

La multitud se agita y el orador continúa:

— En cambio en nuestro corazón hay ardor y entusiasmo. No queremos que los infieles dominen los Lugares Santos y continúen torturando a los cristianos. Hermanos, ¿queréis uniros y partir conmigo?

Un grito es la respuesta.

Esteban baja de la tribuna y trata de abrirse paso en medio de los muchachos frenéticos de entusiasmo. Viste una túnica de monje sobre la cual ha aplicado una gran cruz de tela escarlata. De tanto en tanto se distrae de lo que lo rodea y mira un punto lejano. ¿Es un santo o un exaltado?

— ¡Un exaltado! — no vacila en afirmar Marta, la mujer del hostelero, que ha seguido la escena desde la puerta de su hostería. — ¡Un exaltado! ¿Qué cree que puede hacer? Pero... ¿Y Marcos, donde está Marcos?

Su corazón de madre se sobresalta de angustia.

La plaza está casi desierta. Los muchachos han hecho cortejo a Esteban que, sin perder tiempo, se ha dirigido a otro pueblo.

Marta llega hasta la entrada de las tres caminos que confluyen en la plaza y llama: ¡Marcos! ¡Marcos!

Después, así como está, con el delantal de cocina, corre a buscar al hijo. Su marido está ausente del pueblo y no volverá hasta el día siguiente. Ya muy avanzada la tarde Marcos, un muchachote de dieciséis años, se deja ver por la casa. Está tan entusiasmado, que Marta no tiene el valor de hacerle reproches. Le dice casi tímidamente:

— ¿Has ido también tú...?

— Sí, con él — responde el muchacho mirándola con ojos luminosos.

« El » es Esteban. Marta lo sabe y tiene el presentimiento de una desventura.

— ¡Qué bello, mamá! — prosigue cándidamente Marcos. — Partiremos dentro de tres días y mostraremos al mundo qué cosas sabemos hacer nosotros!

— ¿Partiréis? Pero, ¿sois locos? ¿Sabéis qué es una cruzada? Cruzada es guerra, y la guerra la hacen los hombres.

— Pero nosotros somos hombres, mamá.

Marta suspira. ¿Cómo se hace para convencer a un chico de dieciséis años de que es todavía un niño?

— Para hacer la guerra — añade — se necesitan armas, caballos y mil provisiones. ¿Dónde los conseguiréis?

— Sabremos procurarnos todo.

— ¿Pero tú, Marcos, piensas realmente irte? ¿Y crees que tu padre y yo lo permitiremos?

El semblante del muchacho se hace duro. No responde, pero al amanecer, Marta no lo encuentra en su cama. Se ha ido a escondidas, con unos panes y un paquete de ropas.

En muchos otros pueblos suceden escenas semejantes. A centenares, a millares, los muchachos y hasta las niñas dejan sus casas, escapan forzando cerraduras, deslizándose por las ventanas, por los balcones...

Es un fenómeno único en la historia. Los adultos, a pesar de la fuerza de sus músculos y la autoridad de su posición, no logran contener el alud juvenil que atraviesa toda Francia. Y no faltan hombres sin escrúpulos que ayudan la empresa.

Los pequeños cruzados se reúnen en Marsella. Algunos de ellos no tienen más que doce o trece años.

Esteban hace su entrada en el puerto en un carro adornado de tapetes, y mira en torno con dignidad, como un soberano.

— ¡Exaltado! ¡Loco! — dicen también aquí las mujeres y los hombres.

Alguien quiere apoderarse de él, pero los chicos que lo rodean son millares, y tiene puñales, lanzas, flechas.

— Mis valientes — exclama Esteban dirigiéndose a sus guerreros — las naves están prontas, la gloria nos espera.

Sí, también han encontrado las naves: dos mercaderes se han ofrecido a transportar a los cruzados a Tierra Santa.

El extraño ejército se embarca, un fuego vivo devora aquellas almas imprudentes, pero abiertas al ideal.

Las velas blancas se alejan rápidamente de la costa donde las madres quedan llorando.

Entre tanto en Alemania se forma otra armada juvenil. A su cabeza marcha Nicolás, un chico de diez años.

Los cruzados alemanes se dirigen a Génova, y llegan siete mil. No encuentran mercaderes dispuestos a transportarlos en sus naves, y muchos regresan a su patria. Pero el camino largo y fatigoso los acaba a centenares.

Otros se quedan en Génova, como criados, y un grupo se encamina a la Italia meridional, cantando himnos marciales.

En Bríndisi deben entendérselas con el obispo, que prohibe a los capitanes de las naves aceptar aquellos pasajeros, y toma las medidas necesarias para hacerlos repatriar.

Los muchachos, no convencidos todavía, se detienen en Roma y se presentan al Papa. Inocencio III los recibe con lágrimas en los ojos: están agotados y harapientos pero su ardor no se extingue.

— Santidad — suplican — permitidnos ir a Tierra Santa. Queremos combatir por la gloria de Cristo, y morir por El.

— Hijos míos — responde el Pontífice — el Señor ve vuestra voluntad heroica, pero no os pide que empleéis las armas que casi no podéis sostener. Volved a vuestras casas, servid a la Iglesia con la oración, con el trabajo, con la virtud...

Después se dirige a los cardenales que lo escoltan, y comenta:

— Mientras los adultos duermen y se ocupan egoístamente de sus asuntos, estos niños parten generosamente, sin preocuparse de nada, hacia Palestina. Mandémosles a casa pero aprendamos la lección.

El Papa bendice a los pequeños guerreros y da las órdenes oportunas para que todos sean provistos de ropas y víveres y para que los acompañen de modo seguro hasta sus pueblos.

Los despide diciendo: Ahora pensad en crecer y en haceros fuertes y santos. Más tarde, si Dios quiere, iréis a libertar el Santo Sepulcro.

* * *

¿Y los niños franceses embarcados en Marsella?

Ninguno de ellos logra llegar a Palestina. Desaparecen todos en el misterio.

Muchos años más tarde, en las costas del Mediterráneo, en los países ocupados por los mahometanos, se oye hablar de esclavos que habían partido muy jóvenes de sus países para ir a combatir a Tierra Santa. Algunos de ellos tienen la nariz mutilada, otros, cuando abren la boca para balbucear algun sonido inarticulado, muestran sólo un trozo de lengua.

MARIA COLLINO

HE

EVANGELIO
DE SAN LUCAS

XXXVIII

A quien mucho se le da, mucho se le reclamará, y a quien mucho se le ha entregado, mucho se le pedirá.
He venido a traer fuego a la tierra, y ¿ qué he de querer sino que se encienda? Tengo que recibir un bautismo, ¡ y cómo me siento en ansia hasta que se cumpla! ¿ Pensáis que he venido a traer la paz a la tierra? Os digo que no, sino la disensión.....

San Lucas, XII, 48-52

109

VENIDO A TRAER EL FUEGO

«**Mucho será pedido a quien mucho se le ha dado**»

¿Tienes muchas dotes? No te exaltes, no es cosa tuya, es un préstamo. El don no te fue dado para adornarte, no es una condecoración. Dios no dispensa diplomas heráldicos ni títulos de nobleza, ni medallas o cintas, sino que distribuye trabajo.

Todo lo que tienes, te fue dado para trabajar, para hacer bien a ti y a los demás, no para posar delante del objetivo cinematográfico. Has sido creada no para estar en la vitrina sino en el taller, no en las exposiciones sino en las oficinas, no en los museos sino en los campos y en los laboratorios.

No te han dado las manos para tenerlas en los bolsillos sino para empuñar una aguja o una pluma, un escalpelo o un timón. Te dieron inteligencia y cultura no para divertirte sino para dirigir. Te dieron más luz para iluminar, no para mirarte en el espejo: la antorcha se pone en la mano de quien guía, pero si éste no avanza, se desperdicia.

Cuántas palabras te han dicho para advertirte, cuánta doctrina para instruirte, cuanto calor te han dado para reanimarte. Pero si eres un muro refractario, todo aquel fuego se desperdicia.

Te dieron un alma para comprender, piedad para compadecer, corazón para amar. ¿Qué haz hecho de ellos? Te dieron más sentimiento para conseguir la belleza, el ideal, la justicia, el bien... Si te sirves de ellos para seguir la corrupción y el mal, eres un ladrón. En efecto, ¿qué es el hurto? Es el uso de un objeto o de un valor contra la voluntad del propietario, y tú usas de las facultades naturales contrariamente a la voluntad de tu Señor.

Ha sido puesta a tu disposición la banca sobrenatural de la Gracia. Siempre te han concedido crédito. ¡Cuántos valores has retirado! ¿Qué has hecho de tanto dinero? ¿Lo has sepultado bajo las cenizas de tu pereza? ¿Lo has desperdiciado?

Te ha sido dada una voluntad para dominar las pasiones, para vencer las adversidades, para superar los obstáculos... ¿Qué has hecho de ella? Te has vuelto perezosa, tu vida ha sido una siesta continua, un duermevela, una eterna convalecencia. Te has rendido siempre. Tu voluntad ha permanecido infantil, raquítica.

Te ha sido dada la Gracia como una espada y has hecho de ella un bastón. Te han dado un zurrón para el viaje y has hecho de él una almohada. No tienes la fuerza de blandir el hacha para cortar las lianas que te esclavizan. No tienes la fuerza de empuñar el arado y labrar el campo que te confiaron, y ahora está cubierto de malezas. Y ya la primavera termina, viene el verano, la cosecha está cerca. Quien te conoce, quien está a tu lado, quien te ama, la familia, la sociedad, Dios, vienen a buscar tus frutos. ¿Dónde están?

Pobre árbol estéril, cargado de hojas, con ramos altos y frondosos, con las raíces profundas y extendidas, hasta ahora has recibido dones de la tierra y del cielo, del sol y del aire, del agua y de la roca. ¡Danos ahora tus frutos!

Cada don no es un privilegio sino una responsabilidad; no un título de superioridad sino un empeño a la generosidad. Cada gracia de Dios es una llama que quema o en la caridad de aquí o en la ira del más allá.

«**He venido a traer el fuego a la tierra y ¿qué he de querer sino que se encienda?**»

El Cristianismo es la religión del entusiasmo. Tal vez no lo has pensado nunca, pero es así. Para el entusiasmo se necesitan dos cosas: un gran ideal y un gran corazón. El Cristianismo posee el más grande ideal: la conquista de la felicidad, de la justicia, de la sabiduría, de la perfección, de la inmortalidad. Todo aquello de que tienes una sed profunda, irresistible. Se necesita un gran corazón. Si lo encuentra, lo arrolla, y si no lo encuentra, lo forja.

La Fe no es un lujo ni una ocupación para pensionados, no es un sistema de crianza de cuellos torcidos o mojigatos decrépitos, no es un jardín infantil ni un asilo de ancianos, ni el refugio de los fracasados. Desilusiónate. El Cristianismo es el único sistema para renovar la juventud que haya tenido éxito hasta ahora. Es una escuela militar, es una carrera dura pero espléndida. Te enseña la fe en lo invisible, la esperanza de lo imposible, el amor de lo inaferrable. Te enseña la autodisciplina sin constricción, el arte del mando de sí mismo sin obsesiones, el arte de la conquista sin rapiña, y no de tierras, ni de mares, ni de botín, sino de corazón humano. Te enseña una atlética del espíritu para vencer la esclerosis intelectual y para curar el reumatismo o la tisis moral.

Es una escuela de entusiasmo: no encontrarás nunca un santo melancólico, pesimista, desalentado, nunca un santo que se declare fracasado, triste. Si ha hecho renuncias, no las ha hecho por mezquindad sino por magnanimidad, se ha despojado de harapos para vestirse de púrpura, parece un vencido pero es un vencedor, se ha separado para ser libre, parece un miserable y en cambio es un señor. Se hace pobre no por amor de la miseria sino para adquirir una riqueza mayor; obedece no por ánimo servil sino para dominar hasta a sí mismo. El amor de una criatura humana no colma su corazón, y es más libre un pobre fraile que un Jefe de estado, como hay más sed de conquista en el alma de un misionero que en la ambición de todos los aventureros. Cuando aquella llama se enciende en el corazón de un hombre, no le da descanso: es una fe impaciente. La adversidad no lo desanima sino que lo provoca. Si encuentra un obstáculo, lo salta y si no puede, lo rodea, pero no se detiene. Su marcha es en equilibrio sobre los abismos: vivir en el mundo sin ser del mundo, evitar la presunción sin caer en la desesperación; no preocuparse del pan cotidiano y buscarlo cada día incansablemente; ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas; llorar las propias culpas y vivir en perfecta alegría. Siempre en camino, impulsado por el ideal, entre peligros naturales y violencias humanas, peligros de multitudes y peligros de soledad, peligros de enemigos y de falsos amigos, entre las insidias de la vanidad y el acecho de las pasiones, entre las oleadas de la maledicencia y los reveses de la ingratitud. Pero su antorcha es antorcha de fuego, y las aguas del mar no alcanzan a extinguir su amor. Nada puede detenerlo, ni la muerte, que le presta sus alas para el último salto.

Cuando el mundo ve aparecer tales conquistadores, se burla de ellos, pero la Historia se da cuenta enseguida de que han llegado sus señores.

De «*Así dijo Jesús*» de Juan Albanese.
Editorial «Pro Civitate Christiana»



Ya la primavera termina y la cosecha está cerca. Los que te conocen y Dios, vienen a buscar tus frutos. ¿Dónde están?

El cristianismo es la religión del entusiasmo. Para el entusiasmo se necesitan dos cosas: un gran ideal y un gran corazón.



110



NO HAN HABLADO

LETICIA

Algunas criaturas dan testimonio de Dios con su sola presencia. Como Leticia, como Sofía.

Una tarde de septiembre del año pasado, Leticia bajaba al pueblo para enviar una carta de su padre. El pueblo de Leticia es Lumezzane, un pueblo de unos 20.000 habitantes en el Valle del Oro, en la provincia de Brescia. El pueblo se extiende por algunos kilómetros por las faldas de la montaña. Hay quintas y alquerías, casonas, modernas construcciones y espléndidos bosques, se oye el rumor de grandes automóviles y el paso cadencioso de los campesinos. Riqueza y pobreza en continuo contraste.

A pesar del desarrollo económico, la parte más alta de Lumezzane ha permanecido como era, con sus callejuelas estrechas, las casas antiguas, los senderos por el bosque.

Leticia vive aquí. Leticia es una niña guapísima: tiene doce años, dos magníficas trenzas negras, una carita graciosa y pálida.

Aquella tarde de septiembre el cielo era límpido y Leticia estaba contenta porque el cielo era límpido, no hacía ni frío ni calor y al día siguiente sería también así.

De improviso el canto se interrumpió. Leticia sintió un dolor agudo en el ojo derecho y cayó en una oscuridad terrible. Se tambaleó en busca de ayuda, alguno la tomó en brazos y la llevó a casa de la tía, que habitaba allí cerca. Sangraba.

La tía se asustó:

— Hija, ¿qué te han hecho? ¿Quién ha sido? ¿Qué ha pasado?

— No sé, tía, no sé. Ha sido una cosa improvisa...

La operación duró dos horas y media, y Después llegó el padre y llevó a la niña donde el médico.

— ¡Es necesario hospitalizarla enseguida! — dijo en voz baja el médico.

Los operación duró dos horas y media, y el cirujano extrajo del ojo un balín de plomo. Alguien había disparado sobre la niña con una carabina de aire comprimido. Pero, ¿quién? ¿Por qué? La madre, el papá, la maestra, el comandante de los carabineros, repitieron muchas veces la misma pregunta:

— ¿Quién ha sido? ¿Has visto a quién disparó? ¡Dilo!

Pero Leticia callaba.

Finalmente un día dijo con tono resuelto:

— No sé quien ha sido, no he visto nada.

Pero los otros seguían interrogándola. Entonces Leticia dulcemente:

— Aunque lo supiera no lo diría. Quien

→





LETICIA

VIENE DE LA PÁG. 3

quiera que haya sido no lo ha hecho aposta... ha sido una equivocación. Y una equivocación se perdona. También tú, mamá, perdonas mis errores, también Jesús!

Leticia lleva ahora grandes gafas oscuras. El ojo derecho está todavía enfermo.

— Veo sombras y también los colores. Si fuera completamente ciega no vería nada — dice — Espero ver cada vez mejor y si no, paciencia...

Detrás de las gafas, la carita de Leticia es más pensativa. Las lentes son verde oscuro y el mundo parece diverso:

— Mamá, prueba mis gafas, ¡mira cómo se ve! Es bonito, ¿ves? — dice.

Leticia vive la vida de siempre. Se levanta a las seis porque hay muchas cosas que hacer. Lava y viste a los hermanitos: Santina, 9 años, Iván, siete, Simoneta, seis, Valeria cuatro y Carla nueve meses. Despues prepara el desayuno para todos y da una mano a su madre en el arreglo de la casa. Hay que preparar también el portacomidas de papá, que trabaja fuera de casa todo el día y regresa por la tarde.

Leticia asiste a la escuela media de San Sebastián y debe recorrer a pie dos kilómetros.

— Pero yo soy rápida — dice con una sonrisa tímida — parto a las siete y veinte de casa y a las ocho estoy en la escuela.

Leticia es puntual a las lecciones, es siempre optimista. Merece un premio, diréis, y un premio lo ha obtenido en efecto.

Leticia Giacomelli, la niña más buena y generosa de Lumezzane, ha recibido el « Premio de la Bondad ». Cuando en Lumezzane se corrió la noticia de que Leticia había ganado un premio de 200.000 liras (unos 350 dólares) todos estuvieron contentos.

Estuvieron muy contentos, pero después, sabéis cómo es, ha recomenzado la vida ordinaria y cada uno piensa en su propio fardo de dolores y preocupaciones. Y Leticia sigue siendo buena y gentil.

Hace unos días alguien le repitió la pregunta:

— ¿Verdaderamente no quieres decir quién ha sido?

Y ella decidida:

— No lo diría ni si lo supiera, porque nadie me quería hacer mal y porque quizás ha sido una persona pobre como yo y no quiero perjudicarla. No lo diría ni por un millón.

Y después calla, segura de no ser más importunada. Ciertamente un millón es una enorme cifra y en casa Giacomelli ni se lo sueña. Conque quiere decir que ella no hablará absolutamente.

— Por lo demás — concluye Leticia — Dios lo sabe, y está más contento así. Y yo también.

SOFIA

Algunas criaturas dan testimonio de Dios con su sola presencia



Conocí a Emilio Littré, el famoso filólogo y filósofo positivista autor del Diccionario de la lengua francesa, a su esposa y a su hija, Sofía.

Sofía es una criatura admirable, íntima colaboradora de su padre durante más de veinte años.

Littré no creía en Dios. Había sido educado sin ninguna religión pero buscaba un ideal. Al nacimiento de la hija, había dicho a la señora Littré, fervorosa cristiana:

— Te dejo el cuidado de educar a nuestra hija. Cuando tenga veinte años, ella escogerá su religión.

Cuando Sofía cumplió veinte años, Littré dijo a su esposa que esperaba con ansia la fecha:

— Has hecho de nuestra hija un ser tan perfecto, que no me atrevo a correr el riesgo de turbar su alma. No le diré nada.

Veinte años más tarde Littré estaba en el lecho de muerte. Largas reflexiones lo habían orientado hacia el cristianismo, del cual tenía ante los ojos un ejemplo vivo: su hija. Un sacerdote lo había ayudado con infinita delicadeza en esta vía.

Un dia Littré había dicho al sacerdote:

— La Santísima Virgen representa para mí las dos cosas que más aprecio en esta vida: la ternura de madre y la pureza de virgen.

Littré era cristiano de deseo, pero todavía no estaba bautizado. La esposa y la hija rezaban.

Un día el mal se agravó y la señora Littré presintió que las cosas iban mal.

— ¿Quieres que te bautice?

Littré se recogió y dijo sencillamente:

— ¿Qué dice Sofía? Pregúntaselo a ella.

La respuesta de Sofía fue conmovedora:

— Sofía no dice nada.

Bellísima frase que testimonia su voluntad de dejar a un alma la responsabilidad de semejante decisión y al mismo tiempo la confianza absoluta en la misericordia de Dios.

Entonces la señora Littré, intérprete de un deseo que conocía mejor que nadie, bautizó al gran filósofo. El abrió los ojos y por ellos pasó un destello de alegría. Veinte minutos después moría como cristiano aquel positivista.

LA LLAMABAN PRINCESA

CONDENSADO DEL LIBRO "FROM EAST TO WEST", DE DEE

Una noche el coronel ruso De Klyschkine ofreció a su mujer un soberbio brillante montado en pendiente:

— Es la última chuchería que puedo ofrecerte por ahora, Minnie. Nuestro dinero se ha perdido, pero no te entristezcas. El Señor nos la había dado, el Señor nos lo quita, bendito sea su santo nombre. Despide a la servidumbre, dando a todos un mes de salario y busca un pequeño departamento.

Todo esto lo dijo con mucha naturalidad.

Había investido su capital en una empresa algodonera en los Estados Unidos, pero la mercancía, almacenada en San Francisco, había sido destruida en el terrible incendio de aquellos días (1906).

Catalina, la hija menor, encontró muy divertido ser pobres. Dice ella misma:

« Fuimos a habitar en un pequeño departamento y empezamos a trabajar. Sergio y Andrés, mis hermanos, se emplearon en un Banco, y yo ayudaba en casa como podía. Me imaginaba que estábamos completamente arruinados. Un día se lo pregunté a papá, que me respondió:

— Sólo a medias.

Más tarde me dijo que ya no lo estábamos de ningún modo. Después de dos meses, tomó en arriendo un piso vastísimo en la avenida más elegante de Petrogado, con catorce personas de servicio ».

Desde la infancia Catalina viajó por Asia y Europa con sus padres, pero los recuerdos más bellos se remontan al tiempo de su estadía en Egipto.

Una vez, nadando en el mar, una ola la arrastró contra un escollo y se golpeó seriamente una rodilla. Su padre la llevó donde el agua era profunda para desinfectar la herida.

— Hija mía — le dijo — debes aprender a no llorar por el dolor físico, porque sólo así podrás llegar a sportar las inevitables amarguras con que el Señor no deja de probar a sus siervos.

Y Catalina no lloró.

Tenía entonces trece años y hablaba correctamente el finés, el ucranio, el polaco, el árabe, el italiano, el francés, el alemán, el inglés.

La permanencia de Catalina en Egipto fue interrumpida bruscamente por una petición de matrimonio.

Una mañana llegó a la villa donde habitaban los De Klyschkine un poderoso *sheik* árabe, escoltado por numerosos siervos.

Se hizo anunciar al coronel De Klyschkine. El padre de Catalina no comprendía ni hablaba el árabe, y por su parte, el sheik no conocía ninguna lengua fuera de la suya. Tuvieron que llamar a Catalina para que sirviera de intérprete.

Desde el primer momento la chiquilla probó una sensación de molestia: el sheik era demasiado obsequioso y amable, y hablaba con tantos cumplimientos, que ella no lograba entender lo que quería.

— Excelencia — dijo a cierto momento el sheik — he tenido la suerte de encontrar una perla de inestimable valor que está ahora en vuestras manos afortunadas. Poseo diamantes, rubíes, zafiros, ópalos y otras perlas, pero, ¿qué es todo esto en comparación con la luminosa belleza de vuestra perla preciosa? Si vos lo queréis, estoy dispuesto a daros estas piedras preciosas en cantidad equivalente al peso de su persona.

El coronel oía impasible la traducción. Al final se inclinó ceremonioso:

— Dirás a aquel señor — ordenó a Catalina — que mi familia se siente altamente halagada con su propuesta, pero que mi hija no es digna de tanto honor.

Catalina comprendió de repente.

— Dile, además, que mi perla preciosa es una cabecita alocada que deberá recibir primero aquella educación que la ponga en grado de poder desposarse con un hombre tan noble y elevado.

Catalina se rebeló:

— ¡No quiero casarme con él!

— No te agites, hija mía, y repite exactamente lo que te he dicho.

Catalina obedeció.

— Y ahora dile también esto: Cuando esta indigna criatura se convierta en vuestra esposa, será semejante en todo a su hermana mayor Estefanía...

— ¡Pero Estefanía está muerta! — observo Catalina con sorpresa.

— Ciertamente — replicó el padre. — Repite bien las palabras: Cuando esta indigna criatura...

Catalina empezó a pronunciar con gravedad las palabras a medida que las dictaba su padre. El *sheik* hizo una profunda inclinación.

El padre agregó:

— De veras es una lástima, poderoso sheik, que no hayáis visto nunca a mi hija Estefanía. Deseo sinceramente que podáis encontrarla pronto...

Cuando se retiró el árabe, Catalina miró con admiración a su padre: ¡era realmente el hombre más inteligente y sabio de la tierra!

Ese mismo día embarcaron a Catalina en el vapor que partía para Francia, y la inscribieron en el colegio más aristocrático de París.

El matrimonio de Catalina fue un rayo en cielo sereno, principalmente para ella.

Catalina tenía quince años, era alta y bien formada, y su inteligencia y viveza la hacían considerar ya una mujer.

Los De Klyschkine se encontraban entonces en su villa de Antrea, su posesión en Finlandia. Aquel día el coronel había regresado de la ciudad más pronto que de costumbre.

Apenas Catalina corrió a su encuentro, le dijo abrazándola:

— ¡Nena, te he buscado un novio!

Se trataba del barón Boris De Huek, buen partido en toda la línea.

Catalina quedó aturdida primero, después, en un torbellino de distracciones, no tuvo tiempo de reflexionar. Y así la mañana del 2 de enero de 1915, día de las bodas, llegó casi inadvertida.

Cuando el coronel De Klyschkine entró aquella mañana en la alcoba de su hija y la vio con su espléndido traje nupcial, envuelta en una cándida nube de tules, no pudo contener un grito de conmovida admiración:

— ¡Qué bella eres, hija mía!

Se había propuesto edificar para Catalina un porvenir apoyado en una roca granítica, y en efecto los De Huek eran una de las pocas familias patricias que poseían, además de los inmuebles, algunos millones en líquido.

Pero ahora, mirando largamente a su hija con el suntuoso atavío, le pareció de pronto que aquel futuro no se apoyaba más que en la inexperiencia y fragilidad de una niña...

La Santa Rusia, la Rusia de los Zares, estaba muriendo y surgía otra nación sin Dios. Era el año de guerra 1917.

Los nervios de Catalina y las continuas emociones la habían llevado a un punto de exasperación máxima, agudizada por la conciencia del fin inminente de Rusia y por el hambre siempre creciente.

Y sin embargo, todavía lograba cantar, y cantaba con el acompañamiento de los cañones porque estaba cerca de la línea de batalla...

Un día Catalina partió para el frente como enfermera voluntaria.

En un campamento cercano al ferrocarril, no lejos del frente, Catalina asistió a la llegada de un regimiento de tártaros y a su entrada en acción. Eran hombres imponentes, vestían chaquetas de cuero de oveja teñidas de rojo, pantalones azules y botas blancas: los colores de la Santa Rusia.

Descargados los caballos, saltaron a la silla y comenzaron a herir a diestra y siniestra...

— ¿Pero no véis — les gritó el oficial — que estáis matando a vuestros hermanos?

Habían venido a matar, y mataban sin saber a quién. No conocían miedo ni freno. Rusia recurría a ellos sólo en los casos de emergencia.

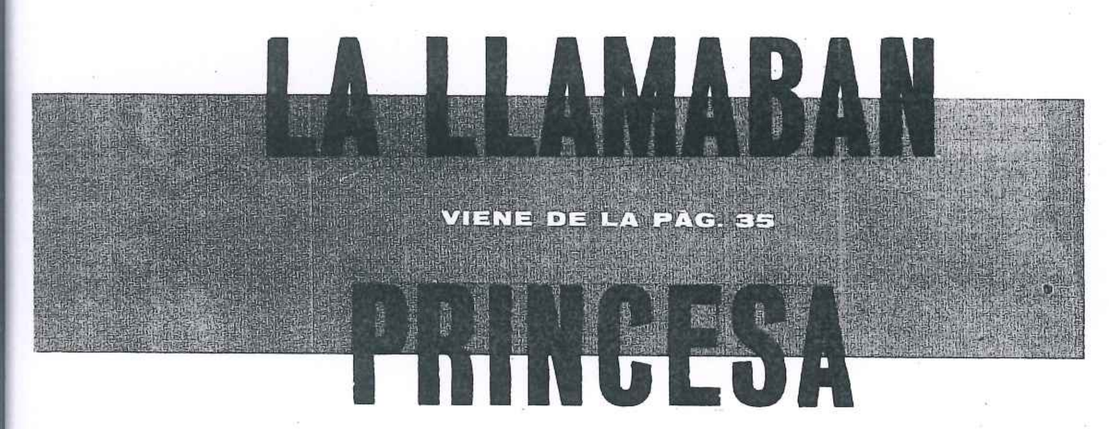
La enfermera De Huek, viendo su violencia, recordó un viejo proverbio: « Molestad a un ruso y encontraréis un tártaro ». El dicho podía ser cierto pero ella no lo creía.

Para Catalina, Rusia era una tierra de místicos, una nación de santos.

Pero pocos días después encontró en sí misma la confirmación del proverbio.

Entrando en la sección de las enfermeras, vio a un soldado ebrio que estaba asustando a las muchachas. Sintió que la sangre de sus antepasados tártaros se rebelaba, y se arrojó contra el

113



hombre sacudiéndolo violentamente. Despues lo levantó en vilo y lo echó de la pieza gritándole: ¡Te haré fusilar, miserable!

En aquella época de guerra las fusilaciones estàban a la orden del día. El soldado, temblando de miedo, apenas se esfumaron los vapores del vino, se arrodilló delante de Catalina para pedirle clemencia. Catalina lo perdonó y él besó el borde de su vestido.

Pocos meses después, cuando ya la Rusia imperial había muerto, los dos debían encontrarse de nuevo.

Una mañana llegaron al hospital de campaña dos soldados que buscaban a la enfermera De Huek y la condujeron al cuartel general. La hicieron entrar en una sucia salita y allí se encontró frente al soldado que pocos meses antes había tratado de aquella manera violenta, y se sintió perdida.

— La he mandado a llamar, enfermera De Huek, para recordarle cierto incidente...

Aquel hombre se había convertido en el jefe local, con poder de vida y muerte, y era el árbitro de su destino.

— Lo recuerdo muy bien — respondió Catalina con toda la calma de que se sintió capaz.

— Usted me ha salvado la vida, enfermera De Huek, y le estaré siempre agradecido — y le tendió la mano.

Antes del fin de la semana un soldado comunista volvió al hospital. Había venido a escondidas y pidió hablar a solas un momento con la enfermera De Huek.

— Hemos descubierto quien es la persona que firma todos los pasaportes de la Cruz Roja para los oficiales — le dijo el soldado con intención.

— ¿De veras? — replicó Catalina con voz que debía parecer tranquila.

— Precisamente así, enfermera De Huek. Y la enfermera que ha preparado aquellos pasaportes corre hoy un grave peligro... Huya en seguida por los bosques. Más adelante encontrará un caballo, monte en él y corra a galope tendido. Tome el camino del norte y siga hasta que encuentre una granja. Allí hay una mujer que le dará un vestido de campesina.

— Gracias — murmuró la enfermera y desapareció en dirección del bosque.

Unos dos meses después de que los comunistas habían asumido el poder supremo en Rusia, el baron Boris De Huek logró llegar a Petrogrado donde estaba su esposa. Lo habían torturado y estaba muy débil. Sin embargo se sentía bastante fuerte para dirigirse a Antrea, en Finlandia, que el padre de Catalina había definido « territorio blanco », es decir al seguro de todo peligro.

La primera etapa de su huída fue una granja en Bielo-Ostrov, en la frontera de Finlandia. Aquí el barón tenía amigos que se habían ofrecido a pasarlos al otro lado de la frontera.

Boris y Catalina viajaban disfrazados de campesinos. Hacía un gran frío.

« De aquel viaje no me queda más que el recuerdo del fin » dice Catalina.

Apenas habían salido del bosque cuando descubrieron las luces de una casa acogedora a pocos centenares de metros de distancia. Permanecieron largo rato entre la nieve por miedo de que los descubrieran los rojos. Parecían lobos hambrientos. La media cara de la luna y las estrellas heladas iluminaban la nieve que se extendía entre ellos y el suspirado refugio.

Avanzaron cautelosos entre la nieve, con el oído alerta y los ojos muy abiertos. « Podíamos sentir el olor de la comida — recuerda Catalina — y aquel olor casi nos exasperaba, pero no nos atrevíamos a llamar a la puerta de servicio... ». Finalmente se decidieron y llamaron suavemente.

Ivan Ivanovitch, el mayordomo, apareció en el umbral. Apenas entreabrió la puerta reconoció al baron y le hizo señas de callar:

— Hay soldados en casa — dijo — Escondeos en la pocilga. Vendré apenas pueda.

Era una pocilga común, con el techo de vigas; el lugar más sucio y repugnante que se puede imaginar. « Ivan no puede tardar » susurraba de vez en cuando Boris al oído de Catalina. La luna desapareció detrás de una nube y poco después empezó a nevar.

Pasaron tres días y tres noches en aquel inmundo escondite. Dos veces los rojos se acercaron a la pocilga, y el barón y la baronesa se escondieron como pudieron entre las inmundicias.

« Viéndome así apestada de insectos y toda sucia — cuenta Catalina — se me ocurrió pensar en mi juventud, en las camareras que me hacían tomar el baño en el agua tibia y perfumada, me empolvaban con talco finísimo, me cepillaban los rizos, perfumaban mis orejas con esencias exquisitas. Pensaba en ellas y me preguntaba si las había tratado siempre como a iguales... Y pensaba que quizá aquello era el castigo de mis pecados contra la caridad, de mi orgullo desmedido...

Una tarde Iván salió de casa para llevar comida a sus amigos: dos platos humeantes de *horsch*, la sopa típicamente rusa, coloreada con jugo de remolachas. Al acercarse a la pocilga le cerró el paso un soldado rojo:

— ¿De este modo mantienes a tus cerdos, camarada Iván?

Iván trató de esbozar una sonrisa de circunstancias:

— ¿Qué queréis? Los cerdos no son más que cerdos, y es gracia que se les dé agua sucia, pero una mujer descuidada ha roto el salero y toda la sal ha ido a acabar en la sopa — y así diciendo la derramó con mucha desenvoltura en la pileta.

Poco antes del alba Iván corrió a la pocilga:

— Debéis marcharos enseguida — les dijo. — Tomad el canalón. He sabido que es el único paso no vigilado. Atravesad el río y os encontraréis en Finlandia.

Los De Huek se deslizaron por el canalón helado, con riesgo de romperse el cuello, y llegaron a Finlandia cubiertos de témpanos de hielo. Se encaminaron a la estación y por los vidrios de la sala de espera divisaron una gran estufa redonda. En ese momento los detuvieron los soldados finlandeses:

— ¡Alto! ¿Qué hacéis aquí?

Catalina respondió en finés.

— Ah, ¿érais vosotros los que hemos visto deslizarse por el canal?

— Sí — respondio Catalina — Huíamos de los soldados rojos.

Poco después, bien abrigados se sentaban ambos junto a la estufa ardiente, devorando grandes trozos de carne de reno entre gruesas rebanadas de fresco pan negro. Era la salvación.

En Toronto, en el Canadá, nació el hijo de Catalina, Jorge Teodoro Mario De Huek. Era un niño hermoso y sano, y Catalina lo consagró a la madre de Dios. Ahora la pesadilla del hambre había desaparecido. Desde que los barones De Huek habían abandonado su patria, la paz había vuelto a sus ánimos.

Después de ellos llegaron otros prófugos rusos al Canadá y Catalina se encontró a la cabeza de la minúscula colonia rusa que se había formado en aquel país hospitalario.

El barón De Huek había encontrado empleo como ingeniero civil, y la vida continuó serena mientras pudo trabajar. Su salud había sido siempre precaria y llegó el día en que no pudo sostenerse en pie. Fue forzoso abandonar el trabajo y Catalina tuvo que emplearse como dactilógrafa, pero la paga era mísera y pasó días difíciles hasta la muerte del barón.

Poco tiempo despues, por algunos prófugos llegados de Rusia, supo Catalina que su padre había muerto dejando a su madre en la miseria. Sergio, el hermano mayor, había podido huir a Bélgica. Finalmente una carta de Bruselas le anunciaba que su madre, con Andrés, había podido reunirse con Sergio, pero estaban en una situación dificilísima. Catalina pensó enseguida en el modo de ayudar a su madre y creyó haber encontrado la solución.

Confió el niño a una buena mujer rusa y partió a trabajar a Nueva York.

— Todo puede suceder en Nueva York — se repetía Catalina a medida que el tren se acercaba a la gran ciudad — Precisamente todo.

Después de pocos días se dio cuenta de que también en Nueva York era difícil encontrar trabajo. Se empléo en una lavandería. La llamaban « Katia, la polaca » y le daban ocho dólares por semana.

Pasó de trabajo en trabajo, siempre con salarios irrisorios.

Al fin la recibieron como vendedora en un almacén y por sus modales distinguidos la llamaron « La Princesa ». Cuando los clientes supieron que era una verdadera dama rusa, las ventas aumentaron y muchas señoras venían a comprar los perfumes que vendía Catalina y le hacían mil preguntas a las cuales respondía con reserva cortés.

A una señora, muy gentil con ella, Catalina habló con confianza de su padre, de la guerra y de la revolución. Mientras Catalina hablaba, los ojos de su interlocutora estaban llenos de lágrimas. Al fin le preguntó:

— Debo pedirle un favor. Mañana tendré algunos huéspedes a la comida, y usted no trabaja, ¿verdad? Sería para mí un honor recibirla en mi casa. ¿Acepta?

¡Y Catalina aceptó!

Los invitados se interesaron vivamente por la baronesa y sus aventuras.

Al día siguiente una de aquellas invitadas fue a ver a Catalina:

— No quiero comprar nada — le dijo — pero tengo algo que vender a usted.

— Si logra venderme algo, es una heroína — sonrió Catalina.

— Quiero venderle la idea de tomar parte en una « tournée ». Puedo asegurarle cien dólares por semana.

— ¿Cien dólares por semana? — repitió Catalina como aturdida.

La señora asintió.

— Le haré saber algo mañana — continuó Catalina sin saber bien lo que decía.

Y durante el resto del dío logró hacer poquisímo, pensando en aquellos « cien dólares » por semana.

Aquella noche decidió telefonear a un padre franciscano para preguntarle qué pensaba de la « tournée » de Chautaqua, y si en aquel ambiente se encontraban peligros morales.

— ¿Qué le hace pensar eso? — le preguntó el padre.

— Quieren darme cien dólares por semana... ¡Temo que haya algo raro!

El Padre rio de buena gana y la tranquilizó:

— El Chautaqua es una de las instituciones más morales de este moralísimo país — y sonreía todavía cuando colgó el teléfono.

Catalina entró en la Catedral de San Patricio y se detuvo largo rato en ella rezando y dando gracias a Dios por aquella fortuna inesperada

—¿De qué debo hablar? — preguntó Catalina al director de la Chautaqua.

— De Rusia. Cuente las mismas cosas que contó a sus amigos.

Catalina pensó que las pocas veces que había hablado en público se había dirigido a los soldados y entonces no se había preocupado demasiado de lo que debería decir. Subió al estrado pálida y como atontada, y durante algunos minutos no le vino ninguna idea. Despues comenzó a contar la historia de su vida, sencillamente. A mitad del relato empezó a llorar hablando de su padre. Lloraba porque estaba nerviosa y no había cerrado los ojos durante la noche, y también porque pensaba que a nadie podía interesarle lo que había sucedido a una muchacha muchos años antes en la lejana Rusia. Y lloraba a mares...

Contaba después Catalina a sus amigos:

— « No podía contener las lágrimas y, extraño es decirlo, centenares de personas comenzaron a llorar conmigo. Cuando acabé mi historia, quedaron todos mudos, y yo pensé que debería volver a ocupar mi puesto en el almacén de perfumes. El Director se precipitó hacia mí con el semblante extasiado:

— ¡Maravilloso! — dijo — ¡Estupendo, increíble!

Mientras yo me preguntaba cuál de nosotros dos estaba loco, el público estalló en un aplauso ensordecedor.

— No he visto nada semejante en mi vida — me decía el Director. — Usted tiene un encanto extraordinario... ¿Puede llorar todas las noches?

— ¡Ciertamento que no! — le respondí indignada. Me sentía nerviosa y me fui casi corriendo ».

Después de algunos años Catalina tenía una « fortuna ». Había comprado títulos y acciones que le producían mucho, poseía un elegante departamento, un automóvil y una granja en Graymoor.

Quienquiera que hubiera conocido a la baronesa De Huek en el apogeo de su carrera habría dicho que era una mujer excepcional, y durante cierto tiempo ésta fue también la opinión de Catalina.

Pero cuando se puso en contacto con la vida de Graymoor, comenzó a considerar su vida como un solemne fracaso.

Fue un día a la iglesia de San Patricio e inclinó la cabeza en oración. « Ahora soy rica otra vez — se decía Catalina — y cada día me vuelvo más ambiciosa. No me intereso más que de mí misma y de mis ganancias. ¡Dios mío! ¿fue para esto que me protegiste en medio de guerras y persecuciones? ¿Para que me hiciera rica y olvidara a los pobres? La ciudad está llena de miserables. Debería hacer algo por ellos, pero mi hijo es todavía pequeño y mi madre necesita de mí... ¿Qué debo hacer?

Le pareció oir una voz: « ¿No tienes confianza en Mí? ».

No sabía qué responder y continuó su oración:

« Me gustan los vestidos elegantes, la buena mesa, los automóviles de lujo... ¿debo renunciar a todas esas cosas? Me gustan los libros, los viajes, la música... Y además, ¿cómo haré para ayudar a los pobres si yo también seré pobre como ellos? ». Y de nuevo le pareció oir una voz: « ¡Oh gente de poca fe! ».

Salió de San Patricio con la idea todavía nebulosa de ayudar a los pobres de alguna manera. Se convenció lentamente de que Dios la llamaba a dedicarse a una vida de pobreza y trabajo. Sentía que, pobre también ella, habría podido ayudar mejor a sus semejantes, por ridículo que eso pudiera parecer.

Catalina expuso su plan al arzobispo Neil: vivir en pobreza voluntaria en barriadas miserables, mendigar el pan para sí y para los que se unieran a ella...

— Una sola cosa me hace vacilar — concluyó Catalina — mi hijo tiene sólo nueve años.

El prelado meditó unos momentos:

— El apostolado laico — dijo al fin — requiere una vocación especial: debe dejarse el mundo y al mismo tiempo vivir en él; reducirse a la miseria para socorrer a los demás, no tener nada para sí y darlo todo... Catalina — y la voz del arzobispo era grave — vuelva dentro de un año y veremos.

Al fin del año Catalina regresó:

— ¿Todavía es de la misma idea? — preguntó el Prelado.

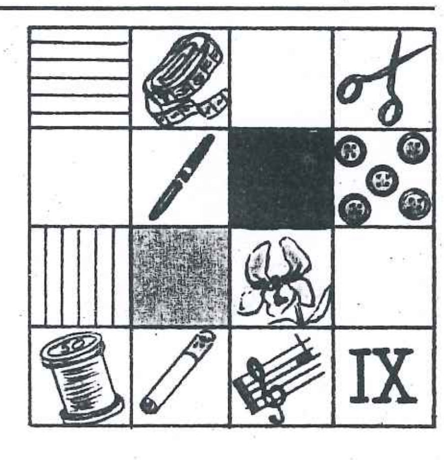
— Estoy aún más convencida de lo que estaba hace un año.

El obispo cerró los ojos un momento en profunda meditación.

— Bien — dijo gravemente, y la bendijo.

Las Casas de la Amistad fundadas por Catalina De Huek y esparcidas por todas partes en los Estados Unidos, abren sus puertas a los desheredados, a los miserables y también a personas de alto rango: todos son acogidos con la misma amabilidad fraternal. Catalina tiene muchas voluntarias que la ayudan, todas pobre como ella por amor a Dios. El bien que hacen es grandísimo. Algunos centros comunistas se han desintegrado y sus « jefes » se han dedicado al apostolado cristiano. Siete « vagabundos » han decidido hacerse sacerdotes.

« La Casa de la Amistad — dice Catalina — es la casa de todos ». En ella no cuentan ni el color ni la condición social: cuenta sólo la bondad.





A fines del siglo XI se realizó una empresa gloriosa para los cristianos: la liberación de Tierra Santa del dominio de los turcos. Con violencias inauditas los turcos impedían a los peregrinos cristianos el acceso a los Santos Lugares. Los pocos escapados a tales crueldades, al regresar a su patria contaban horrores suscitando en todas partes gran indignación.

El Papa Urbano II pidió a los grandes dignatarios laicos y eclesiásticos que emprendieran una enérgica acción contra los turcos, que constituían una terrible amenaza para la Europa cristiana.

El Papa salió a las plazas para hablar al pueblo y fue acogido con tanto entusiasmo y ardor por la gloriosa empresa que de todas partes se alzó un grito formidable: « ¡Dios lo quiere! ».

A la voz de Pedro el Ermitaño, intrépido misionero de la Cruzada, prelados y príncipes se ofrecieron a conducir sus ejércitos contra los turcos. Por aldeas y ciudades se repitiò el grito de guerra, y en breve toda la cristiandad estuvo en armas. El Papa concedió una indulgencia plenaria a todos los que participaran en la expedicion, extendió a toda Europa una tregua a la guerra, la « Tregua de Dios » y puso bajo la tutela de la Iglesia los bienes de los que partían. Los combatientes fueron llamados « Cruzados » por la cruz roja que llevaban en el hombro derecho, y Cruzadas se llamaron las empresas que emprendieron contra los turcos.

(De « SOBRE ESTA PIEDRA » de Catalina Pesci)

DIOS lo quiere

116

A pesar del escaso aseo y la pésima calefacción, en la posada de la «Pinta de Plata» no faltaban los huéspedes.

También en aquel frío mediodía de noviembre del 1095 el posadero estaba afanado. Corría de la bodega a la cocina y de la cocina a la sala, rojo y agitado, intercalando improperios con invocaciones a San Medardo para que lo ayudara a distinguir a los caballeros de los aprovechadores.

El mozo, un muchachote de unos quince años con la cara llena de pecas, no era tan solícito como el amo. Entre una carrera y otra, encontraba tiempo para acercarse a la mesa de los huéspedes y se detenía encantado, hasta que lo arrancaba de allí la voz airada del amo.

Había de veras una multitud interesante en la amplia sala llena de humo.

Un grupo de juglares vestidos de harapos multicolores jugaban a los dados y comentaban las fases de la partida con exclamaciones de alegría o disgusto.

Cerca de ellos se sentaban unos estudiantes que regresaban a la universidad de París. Pobres diablos a juzgar por su aspecto. Los jarros de cerveza que estaban sobre la mesa duraban ya más de una hora...

En la mesa central estaba, al lado de su paje, un robusto caballero de jubón de cuero y altas botas adornadas con enormes espuelas.

Esparcidos por la sala había campesinos, músicos, vagabundos, y un caminante con traje de peregrino.

El caballero, que parecía deseoso de llamar la atención, ordenó:

— Hola, patrón, ¿queréis hacerme morir de hambre? ¿O no habéis matado todavía el cerdo que os he ordenado? Para mi escudero — continuó en voz alta — bastará un poco de pan y queso. ¡Tiene el estómago delicado!

El joven escudero no parecía del mismo parecer.

— Ya, no sé siquiera qué gusto tiene la carne — masculló entre dientes y se encaminó a la cuadra para dar una ojeada al caballo.

El mozo de la posada, que no lo había perdido de vista un momento, salió detrás de él. Se moría de ganas de saber quién era aquel singular caballero que tenía a régimen de hambre a su ayudante.

— ¿Mi señor? Es Gualterio sin Bienes. Así lo llaman todos.

— ¿Gualterio sin Bienes? ¡Una bella nobleza a fe mía! — rio el muchacho. — Y vosotros ¿qué hacéis?

— Bah, vivimos. Nos ponemos al servicio de algún señor, nos batimos, tiramos la espada por.. el apetito. Pero mi estómago raramente tiene con qué saciarse...

— Espera. Ya te traeré alguna cosa para meter bajo los dientes — lo interrumpió el mozo. Y animándose continuó — ¡Pero vaya! ¡Debe ser una vida maravillosa la vuestra! Recorréis el mundo y quién sabe cuántas aventuras encontráis! Si yo también pudiera ser escudero de un gran señor... — y los ojos brillaban de entusiasmo en la cara pecosa.

— Entonces ven con nosotros a Clermont. Allá hay muchos caballeros que pueden necesitar criados. Dentro de unos días llegará el Papa... Dicen que quiere predicar una Cruzada contra los turcos.

— ¿Y quiénes son los turcos? No los he oído nombrar.

— ¿No lo sabes? — y el escudero miró al muchacho con aire de sorpresa y compasión — Son los infieles que han ocupado la Palestina, la tierra de Jesús. Ahora el Papa quiere libertar los Santos Lugares y necesita millares y millares de caballeros y de hombres de armas. Mi amo quiere partir con ellos.

El muchacho de la hostería lo oía extasiado. Cuando pudo hablar, dijo casi sin aliento:

— ¡Qué dicha! ¡Combatir contra los turcos y no oir más los insultos y las palabrotas del posadero!

Y precisamente en ese momento llegó a sus oídos la voz tonante del patrón:

— Eh, malandrín, ¿dónde te has metido?

El muchacho saltó, y dando una mirada de comprensión al compañero, salió de la cuadra como una ardilla y corrió a la posada.

En la gran plaza de Clermont se reúne una inmensa multitud: caballeros y artesanos, mercaderes y mendigos, músicos y vagabundos, campesinos y criados, mujeres y niños...

Trece arzobispos y más de doscientos obispos se sientan en la tribuna de honor rodeados por una multitud abigarrada de prelados y príncipes. En el centro, bajo un baldaquino de púrpura, está el Papa Urbano II, un francés lleno de espíritu, de semblante pálido y transfigurado.

En el silencio impresionante de la plaza, se eleva una voz de rara intensidad.

— ¿Hasta cuándo, cristianos, seguiremos soportando las abominaciones que suceden en Tierra Santa, donde Jesús vivió y murió por nosotros?

Es Pedro el Ermitaño, un fraile pequeño, de rústico sayo y ojos de fuego, que habla desde la tribuna señalando con el índice a la multitud.

Toda Europa lo conoce por el ardor con que predica de pueblo en pueblo la liberación de los Santos Lugares.

Ahora su voz poderosa se quiebra sofocada por los sollozos de una emoción violenta. Ha visto con sus ojos los Santos Lugares profanados, los cristianos llevados a la esclavitud o reducidos a la miseria por los turcos opresores.

Por la plaza corre un estremecimiento.

— Y vosotros, ¿hasta cuándo dormiréis? ¿Hasta cuándo continuaréis pensando en vuestras ganancias mientras de la Ciudad Santa se hace un infame mercado? Despertaos, empuñad la espada y partid a libertar el Santo Sepulcro!

En el silencio que sigue a las palabras de Pedro el Ermitaño se alza al voz de Urbano II.

Su palabras se hacen vehementes como las aguas del río que crece. En su voz se siente la angustia del padre que sabe los sufrimientos de sus hijos, del Vicario de Cristo que ve profanados los lugares que santificó la presencia de Jesús.

— Hijos míos — concluye el Pontífice — vosotros que buscáis de continuo pretextos de guerra, alegraos porque ha llegado la ocasión más gloriosa. ¡Corred a defender el sepulcro de Cristo! No temais nada bajo el sagrado estandarte. ¡Dios lo quiere!

— ¡Dios lo quiere! — grita a una voz la multitud — ¡Dios lo quiere!

Y todos corren hacia los estandartes cruzados y juran fidelidad a Cristo, hasta la muerte.

Gualterio sin Bienes toma la cruz con su escudero. Y con él centenares de caballeros, de ricos y pobres, de campesinos y ciudadanos. Los estudiantes de París olvidan sus estudios para agruparse en torno a los sacros estandartes, los jugadores de dados aplican una cruz de paño rojo sobre sus harapos, el mozo de la posada, con su cara pecosa, empuña con júbilo el sagrado símbolo.

Los campesinos dejan el arado en el surco, los trabajadores de la ciudad cierran sus tiendas. Los monjes dejan sus celdas. Bandidos y hombres de pasado poco claro corren a enrolarse en la santa milicia.

Los más bellos nombres de la nobleza de Europa se enorgullecen con el título de Cruzados. Godofredo de Bouillon, Raimundo de Tolosa, Esteban de Blois, Bohemundo y Tancredo de Altavilla...

El Oriente los fascina. Jerusalén los atrae con un encanto irresistible.

Es el alba de la primera Cruzada.

CLAUDIA VIGO





EL DEFENSOR TRAICIONADO

Un anochecer de septiembre del 871, un caballero se detiene en una hostería de las afueras de Roma.

— Pasaré aquí la noche — dice al posadero.

Este lo observa dudoso: querría saber algo más del desconocido, pero el oro que reluce en sus manos lo convence. El caballero cena aprisa, taciturno, y, antes de retirarse, pregunta al posadero: — ¿Puedes indicarme el camino para llegar a la casa del archidiácono Juan?

El hombre piensa: « Cosas gordas »... pero el caballero lo mira fijamente, y se apresura a darle la indicación pedida.

Al amanecer, un caballo parte al galope hacia la ciudad.

El canto de los juglares

El archidiácono Juan es un noble romano, conocido por su firmeza. El caballero se presenta a él: desea hablarle en secreto.

— Vengo de Benevento. Pertenezco al ejército del emperador Ludovico.

Juan se alarma: — ¿Qué le ha sucedido? — pregunta.

— Es prisionero del príncipe Adelchi, que lo tomó de sorpresa en su palacio. Combatimos tres días, pero nos venció el número de los adversarios.

El archidiácono oculta la cara entre las manos y exclama a media voz:

— ¡Qué desgracia! Prisionero Ludovico, que ha defendido durante tantos años al pueblo cristiano contra los árabes. ¡Y prisionero de un príncipe cristiano!...

— Adelchi — observa el mensajero — quiere más al dinero que a la Iglesia. Se ha apoderado de Ludovico para quitarle el botín tomado a los sarracenos.

La noticia se difunde en el pueblo, deformada por la fantasía de los juglares, que cantan la muerte del emperador en manos de Adelchi.

Los romanos se horrorizan. Recuerdan los tiempos en que los mismos juglares celebraban las glorias del hijo de Carlomagno, que había atacado y vencido a los sarracenos en su fortaleza de Bari, y había hecho prisionero al sultán. Hasta los chicos habían aprendido el cantar, pero ahora nadie osa repetir los versos de los trovadores.

Mas Ludovico no ha muerto. Un mes después, Adelchi le devuelve la libertad, con la condición de que jure no entrar más en el ducado de Benevento.

El día de Pentecostés del año siguiente Ludovico Pío va a Roma: vive su último período de gloria. Con él se alegra el archidiácono Juan.

— Sigue reinando — le dice — pero cuida sólo del bien de tus súbditos. Defiende, sobre todo, la Iglesia de Cristo.

El 14 de diciembre del 872, el ilustre prelado es elegido pontífice con el nombre de Juan VIII. Ludovico le promete ayuda, especialmente en la lucha contra los piratas sarracenos que infestan las costas de Italia. Pero poco después muere el emperador después de dividir el imperio entre sus hijos Lotario, Carlos el Calvo y Luis el Germánico.

Carlos no se mueve

A fines del 875, Carlos es coronado emperador. El pueblo canta por las calles de Roma, pero esta vez sus cantos son burlones.

También las mujeres que van a la fuente, se detienen a hablar del nuevo soberano:

— Lo llaman « el calvo », y con razón...

— ¿Has contado los cabellos que le quedan?

— ¡Ja, ja! No comprendes su suerte: ¡no necesita comprarse un peine!

En las tabernas, los hombres discuten su valor.

— Es débil como una mujerzuela.

— Si se encuentra con un sarraceno, se esconde debajo del caballo...

— Pero es orgulloso: cree ser otro Carlomagno.

— ¿Has visto qué cortejo?

— ¡Y qué vestidos deslumbrantes!

— Se cubre de brocados, porque no sabría llevar una coraza...

Pocos meses después, cambian los discursos. Hombres y mujeres se sienten oprimidos por la angustia:

— Los sarracenos están cerca.

— Unas semanas más, y llegarán a Roma.

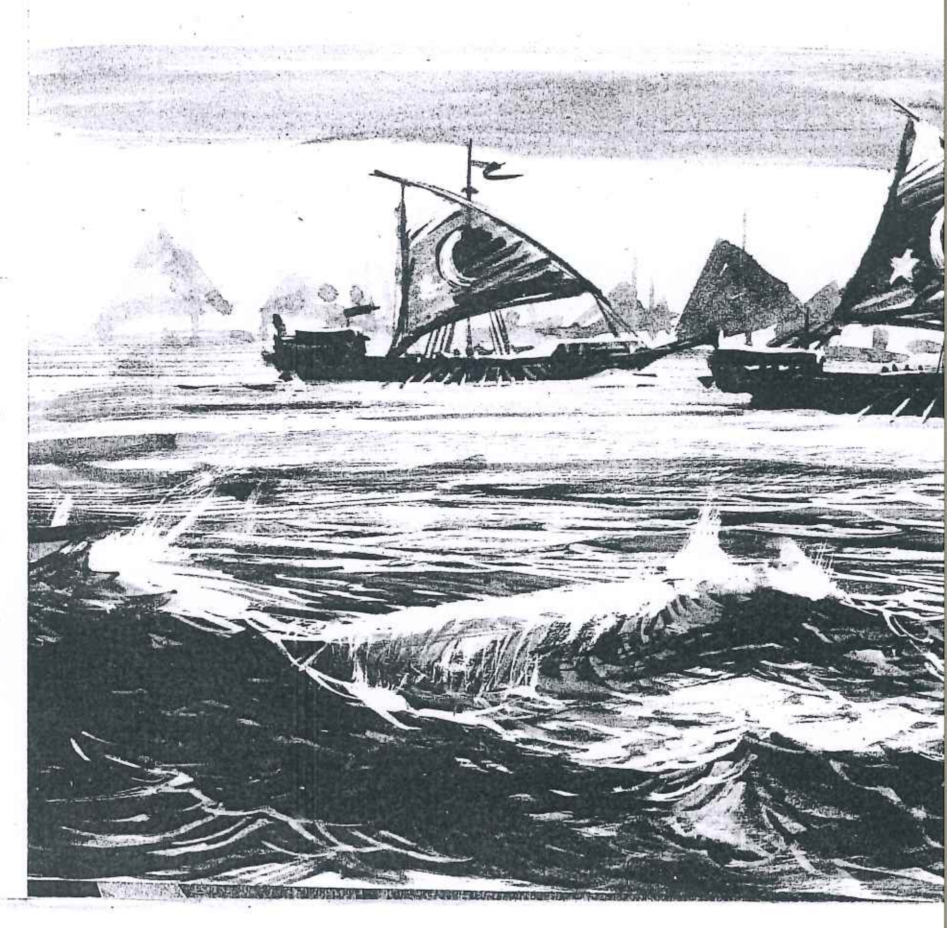
— Moriremos todos, o mejor, estamos ya muriendo. Demasiada gente viene a robarnos el pan.

Los muros de la ciudad a duras penas logran contener a los campesinos y a los monjes que buscan

En el general empobrecimiento que siguió a las luchas dinásticas entre los sucesores de Carlomagno, los feudatarios, que sacaban de sus vastas propiedades los medios para vivir, gozaban de todo el bienestar posible en aquellos tiempos. Las ciudades se despoblaban y el comercio languidecía, mientras los señores feudales se dedicaban no raras veces, a correrías y rapiñas, y los caballeros se comportaban a menudo como bribones. Individualismo, ignorancia y violencia vinieron a ser, por desgracia, las características del feudalismo.

También la Iglesia sufrió mucho a causa de esto. No pocos feudatarios eclesiásticos, favorecidos por los soberanos con inmunidades y privilegios, se hicieron poco a poco esclavos de la autoridad civil.

(De « Sobre esta piedra », de C. Pesci)



refugio en Roma, después de haber visto quemar sus moradas.

El papa Juan VIII escribe al emperador:

« Las ciudades, los castillos, las aldeas, han perecido con sus habitantes; los obispos están dispersos y errantes. Los sobrevivientes, se refugian en Roma, en una miseria absoluta. No nos queda más que esperar, no lo permita Dios, la caída de la ciudad ».

Carlos lee el mensaje con gesto de fastidio.

Está sentado cómodamente en una sala de su castillo y oye los cantos de un juglar, que trata de demostrar con sus versos que la calvicie es una señal de distinción y de genio...

Las orejas cortadas

El Papa, solo en tan grave peligro, se arrodilla ante el altar:

« Señor de los ejércitos, si los soberanos de la tierra no se mueven en defensa del pueblo cristiano, sé tú nuestro caudillo ».

Y en noviembre, el Papa Juan parte para Capua.

No muy lejos de Roma, sale del bosque un grupo de personas que hacen detener los caballos y tienden las manos descarnadas implorando:

— ¡Tened piedad de nosotros! ¡Salvadnos!

Algunos tienen las orejas o las narices cortadas, otros llevan en la frente una marca de fuego... El Papa no les pregunta nada: ha comprendido.

Han huido, quizá cómo, de las torturas de los sarracenos.

El Papa les hace distribuir algunos socorros, y exclama con angustia:

— ¡A qué punto hemos llegado! Italia es como un cementerio de vivos...

Uno de aquellos infelices lo impresiona particularmente: es un chico de unos quince años que le cuenta:

— Me escondí entre las ruinas de mi casa... Mi padre y mi madre fueron asesinados. La última cosa que vi antes de dejar mi ciudad, fue una larga fila de cristianos encadenados, que se dirigían al puerto. Los sarracenos los azotaban, gritando: ¡Perros infieles, esto os lo manda Mahoma! ».

Contra la media luna

El Papa va de Capua a Nápoles, a Salerno, a Amalfi... Se presenta a los príncipes cristianos que han hecho alianza con los sarracenos.

— ¡Avergonzaos! — les grita. — Por amor al dinero vendéis la sangre de Cristo y dejáis que los mahometanos destruyan a Italia... ¡Sois cobardes! ¡El oro que ganáis será vuestra perdición!

Pero logra obtener bien poco, y entonces emprende solo la gran empresa. Hace construir treinta naves, vigila la dársena, habla con los trabajadores.

Los nobles se sorprenden y el pueblo lo admira.

Mientras tanto, una flota de casi cien naves mahometanas dirige su ruta hacia las costas del Lacio. En las banderas ondea la media luna. Los esclavos cristianos van inclinados sobre los largos remos, y a menudo los hiere el látigo de sus verdugos.

Los consejeros del pontífice están desalentados. El, confiado y sereno, pone la cruz como enseña de sus naves y se dirige contra el enemigo. Todavía algunos dudan de él.

— El Papa es un gran hombre — dicen — pero nunca ha mandado ejércitos... ¿Como podrá combatir contra los sarracenos?

El Papa responde: — Tampoco David había combatido nunca, y sin embargo venció a Goliat.

Y las dos flotas se encuentran.

Los jefes de la armada mahometana se burlan: — ¿Treinta naves? ¡Las mandaremos a pique en pocas horas...!

La vista de la cruz los enfurece: — ¡Venid! — gritan. — ¡Venid, perros infieles! Os quemaremos vivos...

— Dios está con nosotros — responden los cristianos.

Y Dios les concede la victoria. Los cristianos logran capturar dieciocho naves enemigas, y libertan seiscientos prisioneros.

El mar ruge, devorando centenares de mahometanos.

La bebida de la muerte

Pero el triunfo no es definitivo. Poco después se renueva la amenaza de los piratas turcos. El Papa trata otra vez de hacer alianza con los príncipes cristianos del sur de Italia que reciben el dinero del pacto, pero le dan una ayuda insignificante.

En cambio, se mueve finalmente en septiembre del 877, el emperador Carlos el calvo. Cruza el Mont-Cenis y entra en Italia.

Juan VIII sale a su encuentro hasta Vercelli. Allí el emperador recibe un mensaje: « El príncipe Carlos, hijo de tu hermano Luis el germánico, marcha contra Francia con un gran ejército para quitarte el trono ».

Entonces el emperador Carlos abandona al Papa, y emprende el regreso a Francia para combatir contra su sobrino.

La tarde del 5 de octubre, mientras sube el Mont-Cenis, se siente agotado de cansancio. Los soldados acampan en una hondonada, y el emperador, que siente frío en su tienda, va a hospedarse en una cabaña de pastores.

Corre el médico.

— Pierdo las fuerzas, — dice Carlos — y mañana debo continuar la marcha.

El médico le ofrece una bebida:

— Esta — le dice — te sumirá en un profundo sueño, y podrás descansar.

Al día siguiente muere Carlos, en medio de agudos espasmos: la bebida del médico estaba envenenada.

Demasiado lento

Juan VIII sigue siendo el único defensor de Italia contra los sarracenos, que quisieran destruir toda traza de cristianismo. Tampoco logra obtener ayuda del nuevo emperador Carlos el Gordo, coronado en el 881. Y los demás príncipes cristianos combaten vergonzosamente entre sí, deseosos de enriquecerse.

También en el norte de Europa humean los incendios, y los caminos están llenos de cadáveres, porque los Vikingos han reanudado sus correrías.

El Papa sufre ultrajes y es desterrado de Roma por un tiempo.

El pueblo lo quiere y admira, pero entre los poderosos tiene muchos enemigos. El Papa no tolera las injusticias, y los que tienen sólo la ambición del mando se arman contra él.

En los últimos meses del 882 suceden hechos extraños en el palacio de Letrán. Un caballero, pariente del Papa, pasa inquieto por los corredores, se esconde detrás de los cortinajes, entra de improviso en las salas, espía al Papa. Su carácter se hace incomprensible: a veces parece que un pensamiento atroz lo espantara, en otros se diría que pregustara una alegría maligna. Se entretiene con los criados, estudia sus movimientos.

De tanto en tanto habla secretamente con un amigo.

Una noche le dice: — Siento que es la hora, y, sin embargo, no me decido.

— ¡Un momento de valor! — responde el otro. — Basta comenzar... — su mirada es tajante.

Pasan unos días.

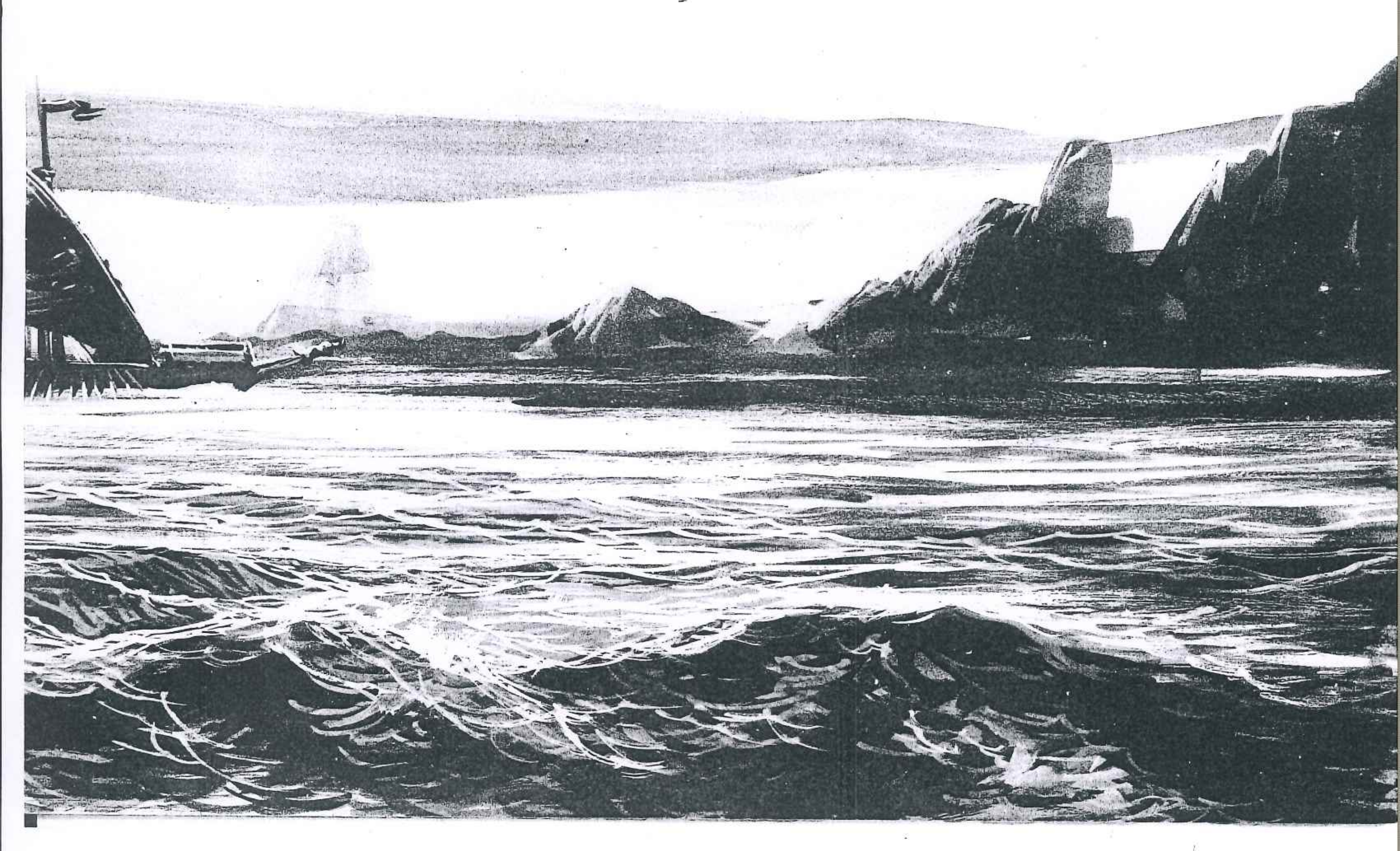
El 15 de diciembre, el pariente traidor ofrece al Papa la bebida de la muerte. El veneno obra lentamente, demasiado lentamente para el asesino, que no puede soportar aquella agonía.

Cuando se encuentra en la cámara del enfermo con sus cómplices, se siente más seguro.

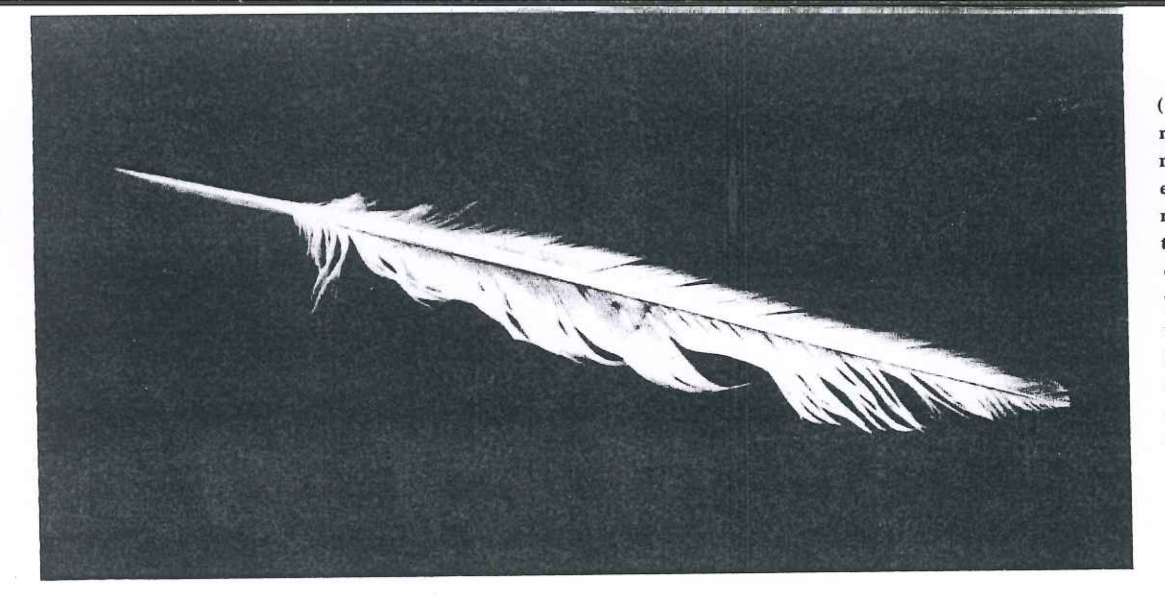
Toma una pesada maza y la deja caer sobre la cabeza del Papa. Un golpe, dos, diez: el delito está consumado.

Los asesinos desaparecen, pero la ira de Dios los perseguirá toda la vida.

MARIA COLLINO



DIOS vive de incógnito



119

El Padre Jorge (naturalmente éste no es su nombre), médico y sacerdote, entró como médico militar en el ejército yugoslavo, aliado de los soviéticos. Terminada la guerra, pudo hacer un largo viaje por Rusia. En su libro narra algunos episodios reveladores...

UN VIEJO MANUSCRITO

Estos tres episodios relatados por el Padre Jorge, revelan con pasmosa evidencia lo que hay en el fondo del « ateísmo » ruso: miedo, ignorancia, una sed angustiosa de Dios...

Un viejo manuscrito

Vova contó:

Yo hacía parte del Konsomol, la asociación de la juventud rusa. Todos pertenecíamos a él para tener vacaciones y privilegios. Entré también en la célula de los ateos militantes, ¿por qué no?

Era un joven soviético modelo. Tomaba parte activa en el trabajo del partido, había estudiado a fondo el materialismo ateo y creía que muchos problemas se resolverían cuando todo el mundo fuera comunista.

A los dieciséis años comencé a dudar... de una cantidad de cosas! De vez en cuando el partido cambiaba de ruta sobre cuestiones dadas como resueltas definitivamente. Esto me hizo pensar: entonces los jefes del partido no eran infalibles y podían equivocarse, por ejemplo... en lo que respecta a Dios.

Discutí estas cuestiones con algunos amigos. Desenterramos viejos libros escondidos en los rincones. Leímos cuanto encontramos en materia de religión, de filosofía, de economía. No comprendíamos todo lo que leíamos, pero nos sorprendió el hecho de que se pudiera escribir con tanta lógica sin recurrir a ninguna de las ideas que nos habían imbuido en la escuela. Una biblioteca circulante secreta se convirtió en la pasión de nuestra vida.

Una noche, un amigo mío, perteneciente al mismo Konsomol y también ateo militante, me dio un viejo manuscrito. Me dijo: « Hazlo pasar a los de confianza »... Metí los pliegos dentro del forro de mi chaqueta y no lo saqué hasta que no estuve solo, con la puerta cerrada con llave. Después miré el manuscrito, y lo leí todo, desde el principio hasta el fin, sin una pausa. Era una historia sorprendente que me tocó el corazón. Era el Evangelio según San Lucas.

En San Lucas estudié a Cristo y vi que había sido un pobre y un amigo de los pobres. Me dijo: « Nos han mentido respecto a El... Su vida es mejor de lo que nos han enseñado... ».

Pasé el manuscrito a mis compañeros y algunos sintieron lo mismo que yo. Dentro de nuestra organización de ateos militantes formamos un grupo secreto: una élite que estudiaba las enseñanzas de Cristo.

Un día murió un viejo alojado en nuestra casa, y entre sus cosas encontré una historia medioeval, rota y descolorida, escrita antes de la revolución. Hablaba de los monasterios, decía cómo habían conservado la fe durante siglos de guerra y de persecución. Reproducía la regla de San Basilio. La estudiamos y dijimos: « Esta es el camino para hacernos cristianos ».

Todo esto sucedía clandestinamente: los libros los leíamos en la cama, bajo las mantas, a la luz de una linterna de bolsillo.

Decidimos una cosa arriesgada. En aquel tiempo hacían una gran campaña para inducir a los jóvenes a organizar koljoz, o sea haciendas agrícolas colectivas. Nosotros éramos jóvenes y fuertes y considerados políticamente seguros. Aceptaron nuestra petición y nos dieron un gran pedazo de tierra para trabajar.

¡Aquel koljoz se convirtió en un monasterio!

No sabíamos cantar los salmos indicados en la regla de San Basilio, pero rezábamos todas las oraciones. Pudimos conseguir una Biblia completa y la estudiábamos. Esto duró dos años.

Después, no sabemos cómo, la policía secreta entró en sospechas. Registraron nuestro koljoz y encontraron la Biblia. Con dos compañeros había podido esconderme en el campo. Huimos por la noche. Los demás fueron detenidos.

La guerra me separó de mis dos amigos. No sé qué ha sido de ellos. Pero un día u otro nos encontraremos. Entonces, en una parte mas remota de Rusia, formaremos otra vez nuestro monasterio.

Una noche de luna

Hablábamos en voz baja. Mi amigo, maestro de escuela, tenía el encargo de desarraigar de la mente de los jóvenes cualquier noción religiosa. Me narraba los detalles de la ejecución de un soldado, ocurrida unos días antes, no lejos del camino que seguíamos.

— Extraño — dijo mi amigo bajando la voz — pero nunca he podido creer que un hombre esté formado sólo de carne y huesos. Hay algo más en nosotros, algo que la ciencia no está en grado de aferrar. En el joven fusilado ante mis ojos había algo que no se advierte en los cerdos y en las vacas... Observé los ojos del muchacho en el momento en que se desvanecía la vida. Aquellos ojos expresaban amor y perdón... No, compañero, nosotros no estamos hechos sólo de materia y filamentos cerebrales. No creo que eso sea todo.

Acercó la boca a mi oído:

— ¿Sabes? — dijo — he sospechado siempre una cosa semejante, y sin embargo he enseñado a los niños que el hombre era sólo materia, como los animales.

Con una mano indicó la barraca donde dormía el comisario político:

« Nos han obligado... nos han amordazado a todos. Han especulado con nuestra cobardía, nos han hecho enseñar una mentira ».

Bajó la cabeza avergonzado: « Todos nosotros, hemos enseñado una falsedad que no creíamos. Hemos tenido que hacerlo para vivir... Hubiera sido mejor no haber vivido ».

« Mitos burgueses »

Era tarde. Regresaba de visitar a los enfermos y heridos diseminados en el bosque. A la entrada del campo me detuvo el comandante ruso con aire preocupado.

Me llevó aparte y me dijo:

— Doctor, usted viene de una nación donde mucha gente cree todavía en Dios. Le suplico que no ría por lo que voy a decirle: mi alma está en estado de pecado.

Lo miré sorprendido. Era un hombre de unos treinta y cinco años, con muchas condecoraciones. Como miembro fiel del partido, debería burlarse del simple uso de la palabra « pecado ».

— Cuente, amigo — le dije amablemente.

— He matado a un hombre — respondió. — Acabo de matar a un hombre...

Me dijo que unos minutos antes había ordenado la fusilación de un joven campesino acusado de espía, sin abrir una investigación.

— Mi alma — repitió — está en pecado.

Yo no osaba responder, porque aquel hombre, unas semanas antes, había sido el orador oficial en la celebración de una fiesta nacional. En aquella ocasión había atacado a la religión. « ¿Pecado? ¿Alma? — había dicho. — Esos son mitos burgueses...! ».

120

La Venganza de Pascua

RELATO DE
G. DI SABBATO

El pasaje secreto

El señor de Ferlac escrutaba el horizonte desde la torre oriental del castillo. Bañadas por el sol, sus tierras se extendían casi ilimitadas, llenas de promesas. La campana de la torre repetía sus nítidos tañidos. Todo aquel día de Pascua, respiraba paz.

— ¡Mira, Uker! — Karl de Ferlac rompió el silencio y señaló algo a lo lejos al hombre que estaba a su lado.

— ¿Ves? Los ingleses se preparan para otro ataque. Si logramos rechazarlos, desistirán finalmente...

— ¿Y si no lo logramos...? — preguntó Uker.

— Habremos vivido un día más... — replicó el caballero. — ¡Hace años que nos atormentan! ¡Y ahora que la guerra va a terminar, devastan los pueblos en busca de botín. ¿Qué podemos hacer contra la soldadesca que campa por su cuenta?... ¡Es la desventura de quien se encuentra en su camino!

Volvieron a la Sala de los Herederos, y Karl empezó a caminar a largos pasos. Uker comprendió que su señor era presa de negros pensamientos. Para Karl de Ferlac todo convergía en un punto: Francia devastada, su pueblo en peligro, las tierras invadidas, las gentes reducidas al hambre, su hijo...

Precisamente en ese momento el señor de Ferlac pensaba en Pablo.

— ¡No quiero que mi hijo muera! — afirmó en alta voz.

— ¿Y cómo puedes evitarlo, señor? — preguntó sorprendido Uker.

Karl se detuvo ante él y lo miró con expresión de afectuosa confianza.

— Eres el más fiel de mis hombres, Uker. Te confío su vida. Lo conducirás lejos de aquí, al castillo de Stalf, donde mi hermana lo espera. La ciudad está cerca y su territorio está fuera del alcance de los ingleses.

— ¿Llevarlo lejos de aquí? — preguntó el hombre incrédulo.

— ¡Sígueme! — y Karl de Ferlac precedió a Uker hasta los sótanos del castillo, y siguieron bajando hasta los cimientos de roca. La luz incierta de las antorchas permitía divisar la entrada de varias galerías subterráneas.

— Pasarás por esta parte — explicó el señor, indicando una abertura irregular.

— Pero — comentó Uker — por esta parte encontraremos sólo galerías anegadas y después el foso.

Karl agitó lentamente la antorcha en la oscuridad de la galería.

— Al final de esta galería se extienden ochocientos metros de subterráneo tan ancho, que permite el paso a un hombre a caballo. La salida está al norte del bosque segura e inviolable.

— Bien, señor — fue la respuesta de Uker. — Pondré en salvo a tu hijo. Te lo juro.

— Si el enemigo llegara a conocer este pasaje — dijo Karl regresando lentamente al piso bajo — podría penetrar fácilmente en el castillo. Sólo lo conocemos tú y yo.

Fuera la campana cantaba todavía la gloria de Pascua. ¿Vendría finalmente la paz?

Velará por ti

El aire resplandecía con el oro del crepúsculo cuando Pablo se presentó a su padre. Uker estaba a su lado.

El semblante del chiquillo reflejaba una seriedad insólita para sus ocho años. En su mirada no se veía la ordinaria vivacidad.

— ¡Pablo, debes tener valor! — le dijo sin preámbulos el padre. — Debes partir... Uker sabe por dónde y velará por ti.

— ¡Papá! — murmuró Pablo arrojándose en brazos de Karl. — ¿Y tú?

— No temas, hijo. Dios no nos abandonará. Pronto iré buscarte y volverás a casa... — la voz revelaba el esfuerzo para vencer la emoción.

Empezaron a caminar en silencio. Karl precedió a su hijo y al siervo hasta la entrada del pasaje secreto. Después alejó con firmeza al muchacho que no quería separarse de su lado. — ¡Anda, anda! — le dijo brevemente. — No hay tiempo que perder. ¡Obedece!

El paso de Uker resonaba en el vacío de la galería cubriendo los pasos ligeros de Pablo. Cuando ya no pudo distinguirlos, Karl de Ferlac empezó a subir a su castillo.

— Señor, danos la paz en esta Pascua — murmuró — y haz que yo pueda ver de nuevo a mi hijo.

El encuentro en la noche

— ¡Animo, Pablo! — decía Uker. — Debemos caminar a prisa. Ya debe ser tarde.

El castillo y el pueblo debían haber quedado a sus espaldas porque ya no se percibía el tañido de la campana. En la galería se oía sólo la respiración del hombre y del niño, y su paso apresurado. De vez en cuando tintineaba más distintamente la espada que colgaba al costado de Uker, aquella espada sobre la cual había jurado fidelidad a su señor.

De improviso una bocanada de aire fresco anunció que el subterráneo llegaba al final. Uker se libró de la mano de Pablo y avanzó rápidamente hacia la salida.

Miró en torno suyo. No había rastros de presencia humana. Seguro, llamó a Pablo:

— Ven, no hay peligro, podemos salir — y ayudó al chico a librarse de las malezas que ocultaban la entrada secreta.

Pablo se sentía más tranquilo en el bosque. Respiraba libremente y el crujido de las hojas lo divertía como un juego.

Ya el bosque se abría sobre el campo cubierto de hierba, cuando oyeron los dos fugitivos un rumor bien conocido.



— ¡Caballos, Uker! — dijo alarmado el niño.

El hombre no tuvo tiempo de buscar un refugio seguro cuando ya dos hombres a caballo le habían cortado el paso.

— ¡Detente o eres muerto! — gritó uno saltando a tierra y poniendo la punta de la espada en el pecho de Uker. Con Pablo a sus espaldas, Uker había tratado de empuñar su arma, pero le fue arrancada limpiamente de la mano.

— Matémoslo con su propia espada — dijo riendo burlonamente uno de los dos.

— No — replicó el otro — puede ser útil para alguna cosa... Debe ser un espía que trataba de llevar un mensaje a los sitiados... Llevémoslo al campamento... y también al muchacho.

Las grandes sombras

Tendido sobre la paja, Pablo pensaba en su padre, en la Roca, en la aldea, en los acontecimientos de aquella noche. Le parecía oir otra vez el eco de la campana amiga.

— Uker, ¿qué nos harán? — preguntó ansioso al hombre.

— A ti nada. Duerme.

— Pero a ti, Uker, ¿qué te harán?

— No lo sé. — La respuesta seca revelaba gran irritación.

— Uker — preguntó otra vez el muchacho — ¿tienes miedo?

Debía haber dado en el blanco, porque Uker reaccionó con la violencia incontrolada de quien se siente descubierto.

— ¿Quieres callar! Duerme, te he dicho. ¡Basta! ¡Calla y duerme!

Después de un rato, vencido por el cansancio, Pablo se durmió.

Uker en cambio, sentado con los codos en la rodilla, la cabeza entre las manos, sentía un tumulto en el corazón.

« No debía aceptar este encargo... no soy el hombre indicado... no soy bastante fuerte ni astuto... no tengo valor suficiente... ».

El miedo extendía sus sombras en el espíritu del soldado. De pronto se sobresaltó. ¿Quién le había hablado?

En la entrada de la tienda había aparecido alguien.

— No te muevas, prisionero. — Las palabras eran dichas en una voz tan baja que Uker las oyó con dificultad.

— ¿Me reconoces? No temas. Soy el soldado que impidió a su compañero que te matara en el bosque. Si quieres, te traigo la libertad.

Uker no osaba moverse. El desconocido continuó:

— Tú no tratabas de llegar hasta los sitiados... Tú eres uno de ellos... y ciertamente no has salido de la Roca pasando por la puerta principal...

— ¿Qué quieres de mí? — preguntó Uker agitándose.

— Quiero que me ayudes a recoger el mejor botín y a ganarme la aprobación de mi jefe, si le digo que he descubierto el pasaje secreto que conduce al interior de la Roca... y que tú me mostrarás.

— ¡No... no!... — repitió convulsivamente Uker.

— Calma, amigo... Oyeme. Yo te ayudaré a huir... a menos que tú prefieras — insinuó el soldado — colgar de un palo mañana al amanecer delante del muro de la Roca y ser atormentado hasta el último instante...

Uker no tenía voz para responder. El otro continuó:

— Mañana podrás estar a salvo, lejos de aquí, si haces lo que te digo. Te dejo tiempo para reflexionar... Volveré después de medianoche.

Y salió ligero en la oscuridad.

Uker sintió que la sombra que lo envolvía era la de la tentación.

Sobre la paja, Pablo seguía durmiendo. Su respiración era tranquila.

122

En una aldea de Francia una campana permaneció muda veinticinco años. Sonó de improviso el día en que un desconocido subió al castillo. El drama comienza en 1450, cuando iba a terminar la guerra de los Cien Años (1339-1453), contra los ingleses.

viene de la pág. 19

El fuego en el cielo

El bosque se abrió ante lo pasos de Uker. Avanzaba fatigosamente, de mala gana pero no era capaz de retroceder. A su lado, el soldado enemigo comprendía la vacilación del prisionero y vigilaba sus pasos. Uker, a su vez, sentía con angustia que se estaba acercando a la meta. La cabeza le ardía. Su pensamiento corría confusamente del soldado al señor de Ferlac; de la libertad prometida a la salvación de Pablo. El inglés se lo había asegurado: regresaría a la tienda para buscar al niño apenas Uker le hubiera indicado la entrada del pasaje secreto, y lo llevaría enseguida al castillo de Stalf... Pero, ¿si el chico hubiera despertado mientras él estaba ausente?...

Uker retardó el paso.

— Amigo, es tarde para arrepentirse — ordenó el soldado ásperamente.

Uker se detuvo.

— Hemos llegado — dijo con voz alterada, y moviendo las malezas descubrió la entrada de la galería.

— ¡Aquí! ¡Aquí! Es cierto... — comprobó excitado el inglés. Después miró a Uker con cara satisfecha.

— Bien — dijo alzándose lentamente — tendrás la recompensa que mereces por el servicio que me has prestado, porque también yo... detesto a los traidores — y desenvainó con rapidez la espada.

Uker tuvo tiempo de dar un salto atrás y el miedo le puso alas en los pies en aquella tierra que conocía palmo a palmo. El inglés no pudo alcanzarlo.

Cuando amaneció, Uker, escondido en un foso, repetía todavía maquinalmente: « Deseaba aquella muerte, pero no quería morir... merecía aquella muerte... ».

Levantándose con fatiga, miró en dirección a la aldea. Sólo un instante, y empezó a correr como loco. Había visto en el cielo las llamas que se levantaban del castillo.

¡Equivocaste el camino!

— ¡Hoy no es día de negocios! — murmuró Pedro Lasage en el umbral de su posada.

No se veía ni un alma en el camino que corría delante de la construcción de piedra y se bifurcaba un poco más lejos.

Sólo los pájaros cantaban la alegría de Pascua: los hombres la vivían en la intimidad de sus casas.

De improviso, en la curva del sendero Pedro vio avanzar a un hombre envuelto en una raída capa.

« Un mendigo — pensó — No tengo nada que esperar de él... ».

El mendigo, apoyado en su bastón, pasó sin hacer ni un gesto de saludo. Una capucha informe le ocultaba la cara.

« Debe ser muy viejo — observó el posadero — camina fatigosamente » y lo siguió con la vista mientras se dirigía a la encrucijada.

« Pero mira a donde va... » y llamó al mendigo a grandes voces — Eh, viejo, ¿no te das cuenta de que equivocas el camino? Debes tomar el otro sendero; por ése se va a la aldea abandonada!

El viejo alzó su cara rugosa hacia Pedro, que se había acercado. Era un semblante triste — ¿Abandonada? — repitió.

— Eres extranjero por lo que parece — respondió Pedro Lasage — La aldea ha sido abandonada desde antes de la paz de Calais. Los ingleses lo asolaron todo y la incendiaron después.

— ¿Nadie vive en la Roca? — preguntó el caminante.

— Está solo el viejo señor del castillo. Vive como un oso y no se preocupa de nada... Y lo que es peor para nosotros — continuó el posadero — es que ni siquiera deja sonar las campanas. Y hoy es Pascua... Hace ya veinticinco años que la campana está muda.

— Veinticinco años, veinticinco años — repitió el viejo como un eco.

— Ya... por el dolor de la pérdida de su hijo... Se lo llevaron los ingleses... Pero, ¿a dónde vas? preguntó al viajero.

— Debo subir a la Roca... — e indicó la aldea con el castillo en ruinas.

— Ah... si « debes » ir... — rio Pedro — es otra cosa. Pero si esperas recibir alguna cosa, ¡estás fresco!

¿Por qué vienes a tentarme?

El empedrado desierto resonó con los pasos del mendigo. El hombre se detuvo, miró en torno suyo y abrazó con la vista lo que quedaba de la Roca, los torreones almenados, la entrada abierta. Después avanzó con lentitud a través de los salones y galerías polvorientas. Por todas partes las huellas del más completo abandono.

Sólo en la Sala de los Herederos había señales de vida. Por la puerta abierta se veía el fuego que crepitaba en la chimenea.

Arrastrando los pasos el mendigo, llegó al umbral y se detuvo.

— ¿Quién es? — preguntó una voz ronca.

Junto a la chimenea, en un sillón de alto respaldo, estaba sentado un hombre — ¿Quién es? — repitió irritado.

— ¡Soy yo, señor!

— ¿Yo?... ¿Qué yo? — interrogó Karl de Ferlac.

El viejo avanzó hasta la chimenea. El resplandor del fuego le iluminaba el semblante medio oculto por la capucha.

— ¿No me reconoces, señor?

— No — la respuesta era seca, sin interés.

La capucha se deslizó lentamente de la cabeza del peregrino, iluminado por el fuego. Los ojos eran tristes. El rostro cansado, con profundas arrugas.

— Soy Uker, señor.

— ¿Uker? ¿Tú, miserable? — gritó el señor de Ferlac y saltó del sillón impetuosamente. Extendió los brazos y sus manos crispadas asieron el cuello del siervo. lo sacudió violentamente. — Durante veinticinco años he soñado vengarme de tu traición... No esperes piedad de mí... ¿Qué hiciste de mi hijo?

— He venido a recibir el castigo de lo que hice, señor.

La respuesta humilde de Uker cortó un poco la violencia del señor. La mirada triste de Karl de Ferlac, las arrugas, el rostro demacrado, revelaban una ancianidad prematura. El porte había perdido la natural arrogancia y sus vestidos mostraban largo abandono. Se acercó a la ventana. Su mirada vagaba lejos, sin ver.

— ¿Por qué has venido a tentarme...? Mi vida casi llega al fin...

La voz se había suavizado y en esta calma era más vivo el tono de dolor.

— Perdóname, señor — respondió Uker — Durante todos estos años he vagado lejos de aquí con el terror de tu venganza. Después comprendí que no era aquel temor lo que me perseguía por doquiera — las palabras caían lentas en el silencio de la sala — No tenía miedo de ti — continuó el viejo — sino del pensamiento de ver un día, como lo veo ahora, el mal que te he hecho. Soy un cobarde. Este es mi primer acto de valor para lograr la paz...

— La paz... la paz... — repitió ansiosamente el señor de Ferlac — ¿Acaso encontraré la paz después de mi venganza? Cada día vivo en la ilusión de que mi hijo regrese... de que pase algo, de que suceda el milagro...

La esperanza viva todavía, la antigua nobleza de ánimo triunfaban en el corazón de Karl de Ferlac sobre el deseo de venganza, sobre el resentimiento agigantado por veinticinco años de soledad y abandono.

Lentamente se volvió y miró a Uker. En la mirada humilde y dolorosa del hombre encontró la expresión de la antigua fidelidad.

— ¡Vete, Uker, vete!... no me vengaré, para que Dios no me niegue su paz.

Uker cayó pesadamente de rodillas. Karl le puso la mano en la espalda temblorosa.

Poco después, desde la vieja torre del castillo se oyó un alegre repique. Un tañido, otro, otro más. Por todo el valle, la voz argentina de la campana se expandía sonora, cada vez más alta, en coro con las voces de las campanas de las aldeas vecinas que saludaban el día de Pascua.

Pedro Lasage corrió estupefacto con toda la gente de la posada.

— ¿La campana?

— Pero, ¿es la campana del castillo?

— ¿Por qué?... ¿Cómo?

Las preguntas se cruzaban sin respuesta, tan rumorosas, que nadie advirtió el trote rápido de un caballo.

El caballero, un joven fuerte y apuesto, preguntó: — Ha sucedido alguna cosa?

— Tú no puedes saber... Vienes de lejos, ¿no es cierto? — preguntó el posadero — ¿Oyes la campana? No sonaba desde hace veinticinco años, por orden del señor de Ferlac... desde cuando perdió a su hijo...

— Dime — interrumpió con calor el joven — ¿el señor vive todavía?

— Es como si no viviera... no lo vemos nunca...

— Vive... mi padre — exclamó el caballero. Se inclinó sobre el caballo y lo lanzó a galope hacia el castillo.

— ¡Pablo de Ferlac!... ¡Es Pablo de Ferlac! — balbuceó el posadero — Es el hijo del señor... Ya lo había dicho yo que en esta Pascua y en estas campanas entraba la mano de Dios!





...Virginia Galilei no había cumplido catorce años.

MARÍA CELESTE

Virginia y Libia conocieron poco afecto en su infancia. Habían venido al mundo, a un año de distancia, en Padua, en la época en que su padre, el gran Galileo Galilei, enseñaba matemática en aquella Universidad.

Su madre, Marina Gamba, se había ido pronto.

Las niñas apenas podían recordarla. Recordaban en cambio a la abuela paterna, Julia, de una noble familia en decadencia, más bien avara en materia de ternuras. Apenas pudo, colocó a las dos nietas como pensionistas en el Monasterio de las Anunciación en Florencia.

Fue aquel el primer sitio donde las pequeñas encontraron el calor de un afecto. Tenían también un hermanito algunos años menor que ellas. Vicente, como el abuelo. Para él, el padre tenía amorosos cuidados, mientras olvidaba a Libia y a Virginia.

En julio de 1614, se celebró en la capilla del Monasterio de Arcetri la ceremonia de la vestición religiosa. Dos novicias se distinguían entre todas por su juventud y gracia. Eran poco más que unas niñas: Virginia Galilei cumpliría dentro de poco los catorce años, y su hermana Libia no llegaba a los trece.

Los comentarios de los parientes de las otras novicias eran animados:

— Son las hijas del sabio más famoso de Italia y Europa...

— ¿Las hijas de Galileo, el astrónomo, físico, matemático, filósofo?

Parecía que una parte de la gloria paterna se volcase sobre las cabezas inclinadas de las dos jóvenes.

Para la profesión religiosa de las hijas de Galileo se esperó que cumplieran los dieciséis años.

Desde entonces se llamaron Sor María Celeste la primera y Sor Arcángela la segunda.

Sor María Celeste era una joven de excepcionales dotes: inteligente y profunda como el padre, tenía un corazón grande, fiel en los afectos, que no conocía mezquindades ni rencores.

Sor María Celeste llevaba el sol en el alma. Era una de aquellas criaturas que parecen nacidas para dar, para darse.

El padre, que tan frío se había mostrado siempre con ella, seguía siendo para la joven el ser más venerado y amado sobre la tierra.

« Se consuele vuestra Merced por nosotras — le escribía en una de sus bellísimas cartas, con el tratamiento que se usaba entonces — porque si vuestra Merced se enfermase, nosotras sufriríamos mucho, no teniendo en este mundo otro bien que vuestra Merced... Sí, estoy pronta a exponer la vida en cualquier penalidad por vuestra Merced, exceptuando la ofensa a Su Divina Majestad... ».

Sor María Celeste era clarisa. Vivía por eso en pobreza absoluta, y sin embargo encontraba mil modos ingeniosos para demostrar su afecto a los suyos. A su hermano Vicente, por ejemplo, le arreglaba la ropa blanca, le bordaba las camisas y los anchos cuellos de moda en aquel tiempo.

Vicente era a veces rebelde con su padre, y entonces María Celeste intervenía y ponía paz, podía perdón por una travesura más grave de las ordinarias, solicitaba un permiso para Vicente...

Cuando Vicente le habló de su próximo matrimonio, la emoción de María Celeste fue grandísima. Hubiera querido ofrecer a su cuñada un don digno de ella, pero, ¿cómo hacer? Además la joven elegida por Vicente parece haber sido de gustos difíciles. Sor María Celeste observa con ingenuidad: « No sé qué mandarle, porque nada le gusta ».

Pero a Sor María Celeste se le ocurre una idea que considera una inspiración: tiene todavía un rosario de bellísimas ágatas que le ha regalado su padre. Quizá este objeto precioso pueda agradar a su difícil cuñada. Y sin pensarlo dos veces, le envía el rosario de ágatas.

El gesto sencillo y afectuoso llegó al corazón de Galileo. El sabio comenzaba a conocer a su hija, comenzaba a comprender que también pueden hacerse estupendos descubrimientos en el fondo de las almas. Y lo que descubría en María Celeste lo llenaba de conmovida ternura.

Escribió que restituiría el precio de la joya en dinero contante, a beneficio del

Galileo Galilei fue nombrado profesor de matemática en la Universidad de Pisa, pero sus colegas lo consideraron un innovador demasiado atrevido. Galileo, además de ser uno de los primeros físicos, abrió a la humanidad una ventana sobre el panorama inmenso del Universo. En 1604 el cielo atrajo por primera vez su atención, cuando una brillantísima estrella (de las que llamamos Novae) apareció de improviso una noche en medio de las constelaciones inmutables conocidas desde hacía milenios. Continuando en sus estudios, Galileo revolucionó completamente la astronomía, construyendo el primer anteojo que le permitió descubrir « fuera de duda, que en el cielo había estrellas que giraban alrededor de Júpiter, como Venus y Mercurio alrededor del sol... ». Los descubrimientos hechos por Galileo con su telescopio le ofrecieron pruebas innegables de la validez del sistema de Copérnico (¡la Tierra no era el centro del universo y el sol no giraba alrededor de ella!). Se vio obligado a retractarse de su teoría, revolucionaria en aquellos tiempos, y él lo hizo de mala gana pero humildemente. Confinado a su villa de Arcetri, cerca de Florencia, murió en 1642, ciego y amargado de la vida. Este año se celebra el cuarto centenario de su nacimiento.



MARÍA CELESTE

viene de la pág. 3

pobre convento de su hija. Y así lo hizo con regia generosidad.

De año en año la correspondencia entre Galileo y su hija fue haciéndose más densa, más afectuosa. La cartas eran entregadas al administrador del convento o a otra persona de confianza. A veces, para escribir, María Celeste esperaba que fuera noche alta, cuando nadie en el convento tenía ya necesidad de ella.

Sus días eran ocupadísimos. Sor María Celeste trabajaba sin descanso. Cosía y bordaba, servía de secretaria a la abadesa, de enfermera a las hermanas necesitadas, enseñaba el canto a cuatro jovencitas. Tal vida laboriosa estaría lejos de ser ligera para una mujer sana, y María Celeste, en cambio, sufría de frecuentes dolores de cabeza, de crisis de agotamiento, y a veces la fiebre la postraba. A los veintiocho años había perdido casi todos los dientes, pero ella no daba peso a nada. Escribía a su padre para que mandase medicinas, pollos para hacer un buen caldo, pero no eran para ella, sino para Arcángela y las otras clarisas enfermas.

Era imposible no quererla. El anciano Galileo no sabía ahora cómo demostrarle su afecto. Le enviaba frutas y pescados para la Cuaresma.

« Mándame, — le escribía — **"l'oriuolo"**, el viejo reloj del convento: lo arreglaré con mis propias manos ». Y era feliz de tan modesta incumbencia, él, el inventor que había sorprendido a Europa. Le llevaba de sus viajes a Roma reliquias y rosarios benditos para las otras religiosas.

Hasta en su permanencia en Roma, en 1633, tan dolorosa para él porque arreciaban los ataques contra su obra, se preocupó de buscar y comprar para María Celeste música de órgano.

Sabía que su hija lo comprendía también como hombre de ciencia. Le había enviado una copia de su « Diálogo » y ella lo había leído con entusiasmo. Para María Celeste la admiración hacia el hombre de ciencia y la ternura hacia el padre se fundían en un único sentimiento afectuosísimo.

Vinieron los días tristes del proceso de Galileo y de la condena de las teorías defendidas por él. Galileo decía:« la tierra se mueve » y los otros no querían convencerse.

Durante la dura prueba, María Celeste estuvo cercana a su padre. De su pluma salían palabras de paz y dulzura, las únicas capaces de consolar el espíritu oprimido y angustiado del gran Galileo.

María Celeste lejana y enferma, encerrada en su claustro de Arcetri, le decía: « Yo termino de escribir, pero no de acompañar a vuestra Merced con el pensamiento y las oraciones... ».

Galileo fue condenado. Entre otras cosas tenía la obligación de rezar semanalmente los « salmos penitenciales ».

María Celeste se tomó enseguida esta obligación, cierta de que el Señor comprendería y agradecería esta sustitución de persona. « Hace ya tiempo que comencé a satisfacerla (la obligación) y ha sido con mucho gusto, primero porque me persuado de que la oración acompañada del título de obedecer a la Santa Iglesia sea muy eficaz, y después para aliviar a Vuestra Señoría de esa preocupación... ».

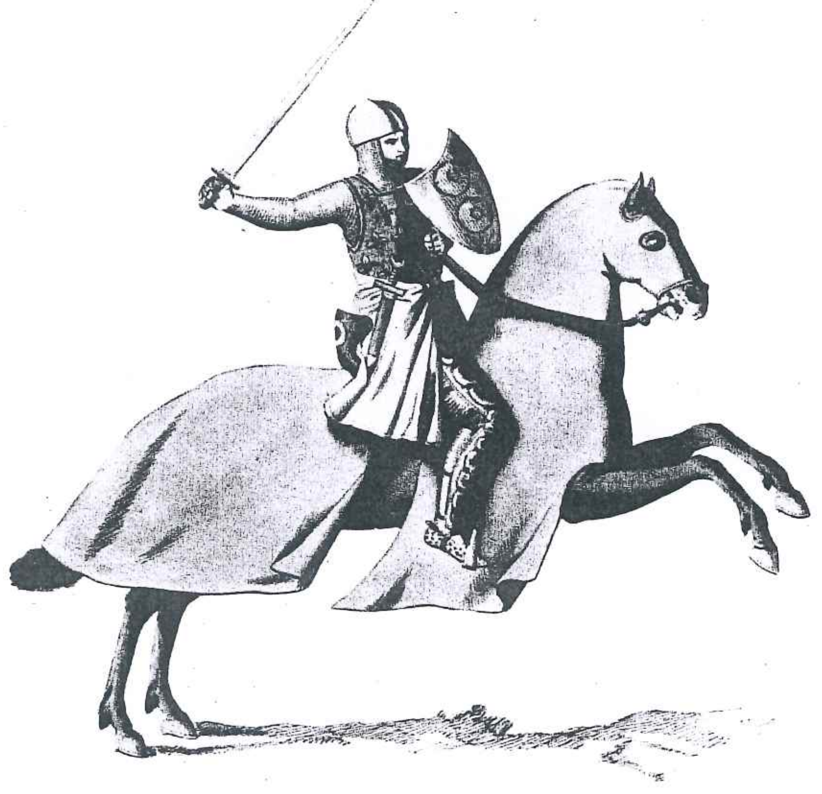
Finalmente se asignó a Galileo, como forzado retiro, precisamente el sitio más caro al padre y a la hija: la villa llamada « El Gioiello » (La Joya), que había adquirido el sabio en la colina de Arcetri, a poca distancia del Monasterio.

María Celeste, cansada y enferma, « teme no vivir tanto que llegue a aquella hora », la hora de la llegada del padre. Pero Dios le concede este último consuelo.

Su padre estaba a su lado cuando a los treinta y tres años, María Celeste, dulcemente como había vivido, se fue al cielo a gozar de Dios.

125





Caballero del siglo XIII.

LA PESTE MATA A LOS REYES

La noche está ya muy avanzada. La reina de Francia, Blanca de Castilla, está finalmente sola en su cámara. Ha despedido a las damas pero no se decide a ir al lecho. Ha sido un día fatigoso: su primogénito Luis ha recibido la consagración real.

Blanca de Castilla ha pasado apenas los cuarenta años. Su belleza española, espléndida, se ha hecho más cálida, porque el alma, madurada por las responsabilidades y el dolor, le comunica una luz interior.

Ahora está cansada y, sentada en un escabel, trata de reordenar los pensamientos que se agolpan a la mente. El Señor le dio un esposo de no fácil carácter, que reinó en medio de intrigas y complicaciones. Quedó viuda cuando Luis tenía apenas doce años, imponiéndole así el peso de una regencia difícil.

— También ésta ha terminado — se dice. — Ahora Francia tiene su rey y yo puedo retirarme de la política.

Pero Luis, declarado mayor de edad con la anticipación concedida a los príncipes herederos, no llega todavía a los veinte años. La reina se preocupa por él.

— Con tal que el poder no se la suba a la cabeza... Hasta ahora ha crecido a mi lado bueno y sencillo. Temo que el vértigo del trono lo traicione.

El alma materna se angustia, quisiera que Luis estuviera allí cerca para confiarle su pena.

El castillo está silencioso. Los huéspedes, que han terminado las fiestas de la coronación con cantos y danzas, se han retirado.

A través de la ventana, Blanca de Castilla ve que la luz de la cámara de Luis está encendida todavía: se descubre el tremolar inquieto y algún pálido reflejo en las hojas de los árboles. La reina sale cautelosa y atravesando un largo corredor, va a llamar al apartamento del nuevo soberano. Golpea con mano temblorosa. Luis reconoce el toque de la mano materna y aparece sonriente en el umbral.

— ¿Todavía levantada, madre mía?

— Deseaba verte un momento.

El joven pone en un rico sillón un bonito cojín bordado.

— Sentaos, madre — invita. — Tampoco yo he podido descansar. Después de tanto rumor he sentido la necesidad de recogerme un poco.

Sobre una mesita está abierto el libro de los Evangelios. Blanca lo ve y se siente tranquila.

— ¿Leías? — pregunta casi tímidamente.

— Meditaba la advertencia del Señor: « Quien de vosotros quiera ser el primero, sea el último ».

— Es eso, hijo mío, lo que quería recordarte. La tarea de un soberano es difícil, especialmente porque tiene la posibilidad de dar libre desahogo a sus pasiones. Trata de conservar la mirada del alma pura y la sencillez que huye de toda intriga...

— Mamá, me habéis enseñado desde la infancia a tener cuenta sobre todo de Dios que vive en mí. No os desilusionaré, os lo juro.

El semblante leal del joven es una promesa. Blanca de Castilla, consolada, se va después de hacer a su hijo una señal de bendición.

El reinado de Luis IX se desarrolla realmente bajo el sello de la fe. Francia está contenta de su soberano, justo y clemente, virtuoso y profundamente cristiano.

En su corte los viciosos no se sienten a sus anchas. El rey no tiene temor de decirles la palabra de la verdad, aun en medio de la fiesta más brillante.

Un día, durante un banquete, se discute animadamente sobre cuestiones de actualidad. Un gentilhombre muy elegante y vanidoso hace todo lo posible para poner en realce su valor. De improviso, mientras se acerca a los labios una copa preciosa, la voz del rey lo llama:

— Tengo una pregunta que haceros, mi querido Joinville. ¿Si vos debierais escoger entre la lepra y un pecado mortal, como os comportaríais?

El caballero sonríe con desenvoltura, pone la copa sobre la mesa, y:

— ¡Qué pregunta, Majestad! Ciertamente preferiría cometer mil pecados mortales antes que ser leproso.

La mirada de Luis se hace seria.

— ¡Pobre Joinville! — comenta — no habéis comprendido todavía nada de la vida. ¿Qué puede contar lo que pasa? La lepra del alma, en cambio...

En la mente de Luis han echado raíces las palabras que su madre le ha repetido tantas veces cuando era chiquillo: « ¡Preferiría verte muerto antes que manchado de pecado! ».

Este rey que sirve al altar como un clériguillo, que vive pobremente para imitar a Jesucristo y pasa largas horas en oración, es atrevido y valiente cuando se trata de empuñar la espada.

En 1242 combate contra los grandes vasallos franceses que querían hacerse independientes y logra reforzar la monarquía.

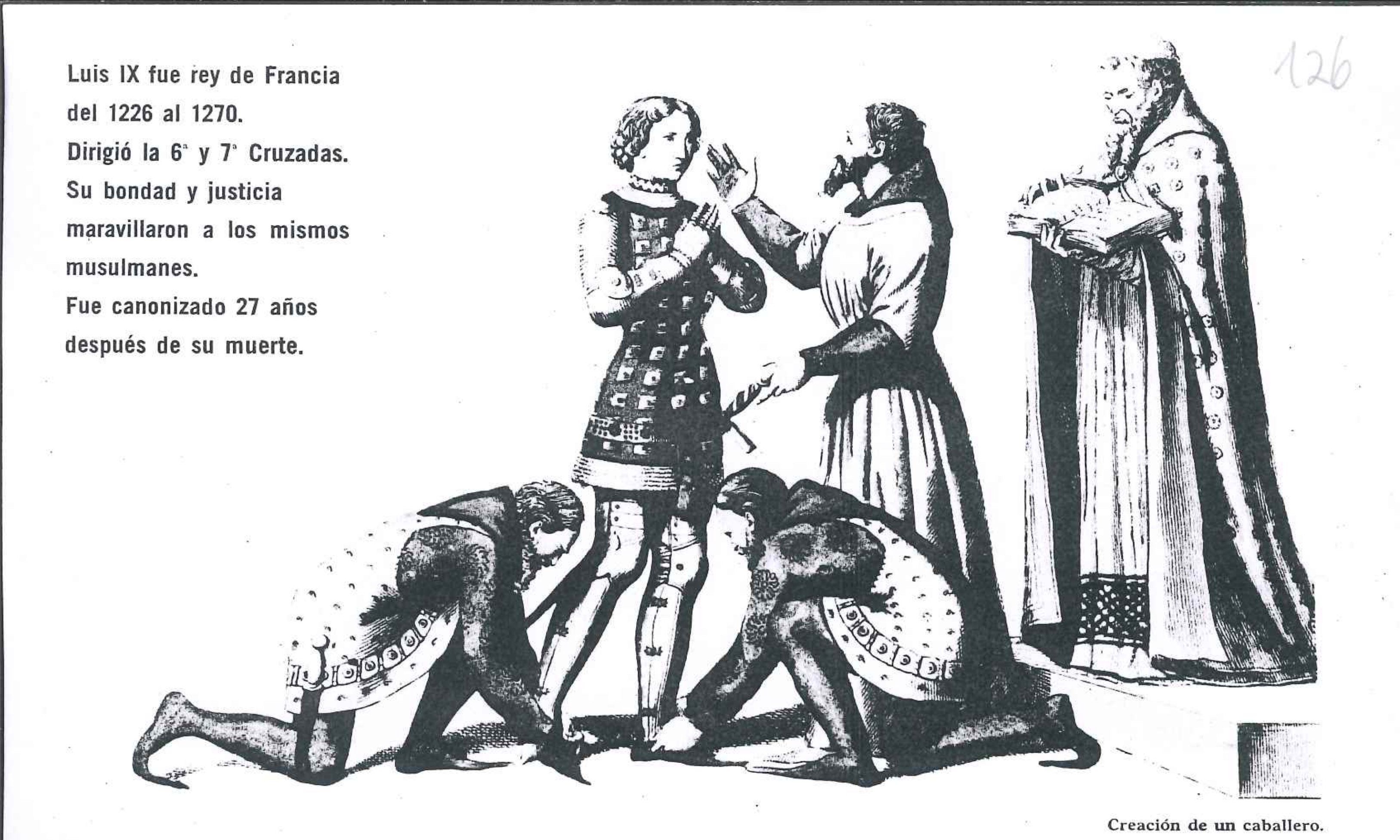
También con los eclesiásticos es firme, cuando le parece necesario impedir abusos contra el poder, pero es siempre devotísimo a la Iglesia y no tolera vejámenes contra ella.

Cuando Federico II de Austria se prepara a aprisionar al Papa, Luis le manda a decir: « Si tocas al Vicario de Cristo, lanzaré contra ti todos los ejércitos de Francia ».

También por la vida intelectual de su pueblo Luis es activo y vigilante.

Durante su reinado se abre en París la Sorbona, una de las primeras universidades de Europa, célebre durante siglos, y surgen gran-

Luis IX fue rey de Francia del 1226 al 1270. Dirigió la 6ª y 7ª Cruzadas. Su bondad y justicia maravillaron a los mismos musulmanes. Fue canonizado 27 años después de su muerte.



Creación de un caballero.

des obras de arte, como la « Sainte Chapelle ».

En 1248 Luis de Francia tiene treinta y cuatro años.

Parte hacia la Tierra Santa a la cabeza de la sexta cruzada. El 12 de junio su flota leva anclas en el puerto de Marsella.

Después de casi dos años de lucha, a principios de abril de 1250, el ejército francés es derrotado duramente en Al-Mansurah.

Los musulmanes conducen prisionero a Luis al palacio del sultán.

Antes de entrar en él, el rey ve columnas enteras de cruzados que caen bajo las cimitarras de los enemigos. Muchos de sus más fieles soldados son cegados, mutilados de la nariz y las orejas, marcados con el fuego, vendidos como esclavos.

El sultán espera al rey hundido entre almohadones de seda, en una sala reluciente de oro y pedrería. Grandes braseros saturan el aire de intensos perfumes.

Luis apenas puede arrastrar las cadenas que le rodean las muñecas y los tobillos, pero no baja los ojos.

— Bienvenido entre los hijos de Alá — se burla con una sonrisa cruel Malek-Moadham.

Luis calla con dignidad.

— Ciertamente — continua el sultán — tú preferirías regresar a tu casa a ser huésped de mis prisiones... Estos perros cristianos — añade dirigiéndose a sus consejeros — no saben apreciar nuestra hospitalidad. ¡Ja, ja, ja!... Bien — continúa — yo te propongo una pequeña condición — y le enuncia una larga serie de pretensiones humillantes, concluyendo:

— Además la bendición de Alá y de Mahoma, su profeta, estará sobre ti y sobre los tuyos.

Luis mira duramente el rostro de su verdugo y responde:

— Aceptaré cualquier tortura a mi persona, pero no traicionaré mi misión de rey aceptando una paz que deshonraría a mi pueblo. En cuanto a la bendición de Mahoma, las vestiduras de seda y las joyas que me prometes, no sabría qué hacer de ellos.

El semblante de Malek-Moadham es una máscara de ira burlona. Una mujer muellemente reclinada punto al trono le dirige una mirada de fuego, y con su aquiescencia silenciosa, hace una señal.

En seguida un esclavo se acerca a Luis, le arranca la cruz que lleva sobre el pecho, la tira al suelo y la pisotea.

La mujer cierra los ojos de tigre en una sonrisa pérfida y con gestos bien estudiados hace centellear sus collares preciosos, mientras el sultán la mira complacido.

Luis hace instintivamente el gesto de llevar la mano a la espada, pero las cadenas se lo impiden.

— Lo siento — ironiza Malek-Moadham — quizá aquel brazalete es un poco pesado para tus manos. En compensación te daremos un cómodo lecho en el albergue reservado a los que desprecian las bendiciones del profeta.

Más tarde, cuando Luis está ya en la cárcel, el sultán dirá a los suyos:

— No he visto nunca un rey más orgulloso que este francés.

La prisión de Luis IX dura largo tiempo y son gravosos los tratos para su rescate. La liberación es favorecida al fin por una sublevación popular que pone en dificultades al sultán.

El rey, que ha vuelto entre sus soldados, permanece en Oriente hasta el 1254 sin lograr obtener victorias decisivas.

Un día un oficial que entra en tu tienda lo ve llorar:

— ¡Majestad! — exclama con dolorosa sorpresa.

Luis alza los ojos donde se lee el dolor.

— Ha muerto mi madre — responde quedamente.

Se ve obligado a partir. Blanca de Castilla había asumido la regencia de la monarquía durante su ausencia, ahora Francia necesita a su rey.

La corte lo recibe silenciosamente, respetando su dolor. Lo primero que hace Luis es ir a postrarse en la Santa Capilla ante la corona de espinas del Salvador.

En julio de 1270, Luis IX está nuevamente en camino hacia el Oriente. Llega a Túnez pero aquí la mano de Dios lo detiene.

La peste se infiltra en su ejército. Cuando siente en su cuerpo los primeros síntomas del mal, el instinto de la vida se rebela:

— Señor — suplica el rey — sálvame. Vuélveme a mi patria, junto a mi esposa y mis hijos.

Pero la fe lo sostiene, y él pronuncia la más grande palabra cristiana:

— Señor, hágase tu voluntad.

Sus miembros son devorados por un ardor de fuego, sus nervios se contraen de dolor y la respiración se hace cada vez más difícil.

Continuamente la mirada del enfermo va de la puerta al Crucifijo.

— ¿Todavía nada? — pregunta con ansia a quien lo asiste.

Finalmente le anuncian: — Las velas del príncipe Carlos están a la vista.

Los labios contraidos de Luis se extienden en una sonrisa de paz.

— Gracias, Señor — murmura. — La empresa no quedará abandonada.

Las tropas de refuerzo, guiadas por su hermano, están a la vista: él puede irse en paz.



LA ESPERÓ EN NUEVA YORK

Con sus dieciocho años, Lía no sabía cómo escapar a la vigilancia de los suyos. Hasta que un día su mismo padre le dio la oportunidad...

El viento desordenaba los cabellos renegridos de Gabriela Lía. Apoyada a la borda, la chica quería ser la primera en ver tierra después de la larga travesía.

Gabriela Lía tenía diecisiete años, y era la segunda vez que viajaba de Italia a Norteamérica: el padre, profesor de música, había obtenido la cátedra sucesivamente en los conservatorios de Milán, Chicago, otra vez Milán, y ahora Nueva York.

La primera vez que habían estado en Milán, Lía — como la llamaban todos — enfermó gravemente, y los suyos temieron perderla. Pero Lía recordaba poco: tenía tres años apenas, y sabía sólo que el Dios de Israel la había salvado. Así le habían dicho mamá y papá, hebreos de raza y de religión.

Ahora, a este recuerdo, Lía sacudía la cabellera oscura como para rechazar un pensamiento molesto.

A los siete años había ido a Chicago.

Lía recordaba con cariño a Ana, la criada. Ana venía de Bélgica y hablaba exclusivamente en francés. Pero Lía era inteligente y aprendió pronta aquella lengua. Las dos conversaban a menudo.

— Ana, ¿quién te dio esa estatuita tan bonita?

— La compré en Lourdes.

— ¿Y quién es esa guapa señora?

— Es la Virgen.

— ¿Y quién es la Virgen?

— Es la Madre de Jesús, nuestro Salvador.

— No entiendo, Ana.

Entonces Ana tomaba ciertos libros con bellísimas estampas de color, y los daba a Lía. La niña se sentía contenta al leerlos y a veces tomaba algunas flores de los grandes ramos que ofrecían a su papá y las llevaba a Ana:

— Toma estas flores para tu Jesús — le decía, y Ana le sonreía contenta.

A los doce años Lía regresó a Milán. A causa de la diferencia de estudios y de lengua, había tenido que frecuentar la tercera clase elemental, pero, por expresa voluntad de sus padres, debía salir del aula durante la clase de religión.

Pero, ¿cómo puede arrojarse a Jesús de la historia, del arte, de la literatura...? Y cada vez que encontraba ante su paso a Jesús, Gabriela Lía sentía una extraña sensación de paz y de alegría junto a una angustiosa necesidad de saber más de El. Y, pensándolo bien, ¿acaso su tía no la hacía rezar una oración que decía: « Cuando venga el Salvador El os enseñará todas las cosas »? Y los libros leídos en la escuela decían que Jesús era el Salvador. ¿Qué esperaban, pues, los hebreos?...

Cuando sus compañeras de clase hicieron la Primera Comunión, ¡cuánto lloró Lía!

Y en la fresca alegría de los quince, de los dieciséis años, sentía a Jesús como un amigo. En un rinconcito solitario de su alcoba, repetía: « Te amo, Jesús, ven a mi corazón », como había oído decir a sus compañeras. Y esto, para ella, era ayuda y consuelo...

Ahora Gabriela Lía, en la nave que la llevaba a Nueva York, sabía lo que haría. Esperaría a ser mayor de edad, y después... ¡el bautismo!

Los ojos negros de Lía brillaban de lágrimas y de resolución mientras el viento le desordenaba los cabellos. Nueva York con sus enormes rascacielos, ya no le daba miedo. Su maestra de la escuela elemental, a quien visitaba de vez en cuando con confianza infantil, le había dicho antes de partir: « Abandónate en los brazos de Dios, como una niña en los brazos de su madre. El te conducirá... ».

Encontraron alojamiento en las cercanías de la iglesia católica de San Pablo, y Gabriela Lía debía pasar a menudo delante de aquel lugar sagrado. Un día, con la bolsa de la compra en la mano, la chica entró, segura de encontrar. como siempre, a Jesús que la esperaba.

Un sacerdote atravesaba la nave principal. Lía salió a su encuentro y le habló de ella y de su ansia de hacerse católica.

— Puedes hacerlo — le respondió el sacerdote — aquí la ley fija la mayor edad a los dieciocho años.

Faltaban pocos meses para cumplir esa edad y Lía decidió profundizar su conocimientos de catecismo. Después de veinte días se sintió pronta. Estaba satisfecha de sus progresos, de haberse acercado más a Jesús.

El sacerdote le dijo:

— Hasta ahora, Jesús ha obrado por usted. Ahora usted debe obrar por El.

Y combinaron juntos un plan de acción para que los padres de Lía supieran la verdad... El



LA ESPERÓ EN NUEVA YORK

viene de la pág. 3

libro de catecismo, olvidado aposta sobre la cómoda de su mamá, haría saltar el resorte...

Pero nadie se dio cuenta del libro « olvidado ». Y esa noche, sentada en su cama, Lía hojeaba el libro tristemente:

La mamá la sorprendió así:

— ¿Qué haces, Lía? ¿Por qué no duermes?

— Leo... — y después, con el corazón que le latía furioso — Leo el catecismo.

— ¿El... qué?

— El catecismo católico, mamá.

La mamá se dejó caer sobre el sillón.

— ¿Qué significa eso?

— Que apenas pueda, me haré católica.

La mamá estalló, llamó a su esposo, a los demás familiares, y se desencadenó la tempestad.

Pero Lía no cedió.

A la mañana siguiente la mamá, con semblante angustiado, se acercó a Lía y estrechándola entre sus brazos le susurró:

— ¿No es cierto que no darás nunca este dolor a tu madre?

Ante las lágrimas, la voluntad de Lía pareció ceder.

— Por ahora no, mamá — dijo.

Y la atmósfera familiar se aclaró.

Pero cuando el Padre de la iglesia de San Pablo oyó el relato de los acontecimientos, dijo con una voz casi sin expresión:

— No debía decir eso. Usted no está bien decidida y yo no puedo bautizarla.

Lía quedó suspensa, aniquilada. ¿No bastaba ofrecer a Dios su angustia, las lágrimas suyas y de su madre? No cedería, sólo deseaba un poco de respiro...

¡Pero Dios le había dado tanto! Respondió humilde:

— Tiene razón, Padre. Volveré al ataque.

Y ese mismo día, cuando su mamá el dijo:

— Lía, hijita querida, dime...

— No, mamá — cortó con dulce firmeza — no te hagas ilusiones. Quiero hacerme católica.

Se convirtió en una persona sospechosa, vigilada a toda hora: su correspondencia, sus gestos, eran vigilados continuamente. Y no había esperanzas de dar un paso sola.

Finalmente un día su padre le dijo:

— Lleva estos zapatos donde el zapatero.

Lía voló: el zapatero tenía su tienda frente a la Iglesia de San Pablo. En la sacristía habló con el sacerdote.

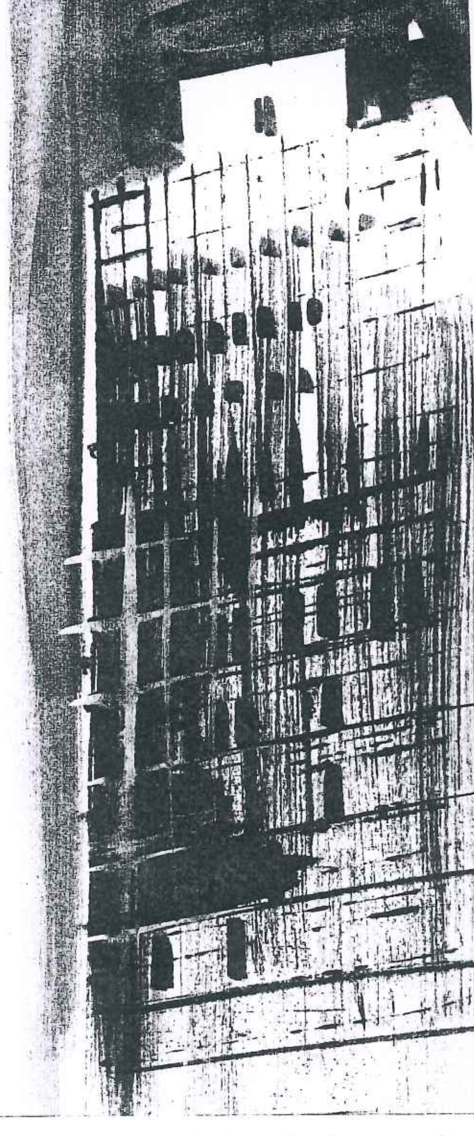
— Padre — concluyó — estoy a este punto... Pero es extraño, ¿sabe? Lucho y sufro, y sin embargo me siento tranquila.

No vio que los ojos del Padre brillaban de luz insólita. Oyó sólo su voz:

— ¿Quiere que la bautice? Ahora me parece decidida. Vaya a la iglesia, yo iré en seguida.

Los pasos de Lía resonaron por la larga iglesia. Cerca de la fuente bautismal, la chica puso sobre una banca los zapatos de su papá, e inclinó la hermosa cabeza oscura en oración.

« Gabriela Lía, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... ».



Fuera, el sol vencía su lucha contra las nubes y brillaba sereno.

A la mamá no escapó que algo nuevo, muy dulce y muy bello, atravesaba el ánimo de su hija.

— Lía, no harás nunca lo que has dicho, ¿verdad?

— Verdaderamente, mamá, ya estoy bautizada.

— Pero ¿cúando, si no has vuelto a salir sola?

— Ayer por la mañana, cuando fui donde el zapatero.

El padre de Lía montó en furia:

— Te prohibo ir a misa y a los sacramentos, y si no renuncias... no te enseñaré más música...

Y el hombre estaba seguro de vencer. Conocía a su hija y sabía que Gabriela Lía tenía pasión por la música.

— Renuncio al canto, papá, no a los sacramentos — fue la respuesta decidida de la joven.

El día de Todos los Santos, Gabriela Lía recibió en su corazón al Amigo divino. No temía luchas ni sufrimientos: con El vencería. Estaba segura.

Y se sentía inmensamente feliz.



UNA MIRADA DE

Hildegarda escribe tratados de historia natural y de medicina, de música y arte, y, so-

Hildegarda está sola en su celda. La noche está ya avanzada pero ella no se acuesta en el camastro de paja

Un gran crucifijo domina la pared central de la celda de la abadesa del Monte Rupert, en Alemania. La lámpara de aceite hace ondular las sombras como si estuvieran vivas. Hildegarda reza. Y todo el mundo está presente en su pensamiento.

« Señor — suspira la religiosa — no somos más que miseria. El egoísmo nos sumerge y endurece nuestros corazones... ».

No muy lejos del monasterio, en medio del bosque, surgen las cabañas de los leñadores. Hildegarda los conoce y sabe que con frecuencia se alimentan sólo de raíces y bellotas, sin que nadie se preocupe por aliviar su pobreza.

« Tú, Señor — prosigue — has venido a salvarnos a todos... ».

La lámpara crepita, dibujando sus sombras inciertas pero Hildegarda no las ve. Su mirada está fija en el Cristo.

La oración ya no tiene palabras: se ha transformado en una tensión del espíritu deseoso de huir a la vida de los sentidos. Pero el mundo continúa desfilando ante la vidente con colores encendidos: los colores del odio que separa a los hombres, de las enfermedades que agobian los cuerpos, del pecado que sofoca las almas. Y dos palabras resuenan en el corazón de la mujer en éxtasis: « la Iglesia, el Papa... ».

La revelación

El alba está cercana. Hildegarda vuelve en sí con un estremecimiento. La lámpara se ha extinguido hace tiempo, y el gran Crucifijo aparece aureolado con el pálido reflejo que penetra por la ventana.

La campana del monasterio llama a las religiosas a la vida de cada día. La abadesa se une a ellas, pero lleva en el alma el secreto que Dios le ha revelado: se preparan días terribles. El nuevo emperador, Federico I, apodado el Barbarroja, ha vuelto a turbar la paz de la Iglesia nombrando obispos según sus intereses y amenazando el poder del Papa.

Hildegarda redobla sus penitencias y oraciones.

Ha pasado casi toda la vida entre los muros del claustro. A los ocho años entró en el monasterio de Disinbondberg donde se educaban las niñas de la nobleza. Cuando llegó la edad de la elección, dijo al Señor: « Las riquezas de mi castillo, las fiestas y las danzas son humo y tierra. Tú, en cambio, eres la vida ». Y no volvió a su casa.

Desde hace unos años Hildegarda es la abadesa del Monte Rupert y son muchos los que recurren a ella en busca de consejo y ayuda.

Una traducción extraña

Pocos meses después una escena bien diversa se desarrolla en el palacio imperial de Besançon.

El sol de octubre juega entre las columnas del inmenso salón. Es el año 1157.

Los pajes, ataviados de raso y terciopelo, van y vienen ofreciendo a los príncipes reunidos grandes bandejas de plata colmadas de dulces y frutas. En las copas centellean los mejores vinos de Francia.

Los príncipes forman grupos y conversan animadamente.

— Mi jauría — dice un brioso caballero de jubón de armiño, supera ciertamente la del emperador.

Es un apasionado de cacerías y torneos, y, cuando puede, abandona las graves preocupaciones de la política para ocuparse de sus pasatiempos.

Un poderoso feudatario tiene los labios torcidos en una sonrisa burlona.

— Mira — susurra a un amigo señalándole a un anciano eclesiástico — aquél cree todavía que Federico es la espada del Pontífice...

— Tiene mala memoria — ríe el otro. — Ha olvidado ya los sucesos de Thionville. — Y los dos ríen maliciosamente.

— Aquel pobre Esvilo ha tenido bastante, y el emperador ni se ha turbado.

Esvilo es un arzobispo danés. Mientras regresaba de Roma había sido asaltado y puesto en prisión en Thionville, dicen que por amigos del emperador. Lo cierto es que Federico, a pesar de las protestas del Papa, no ha hecho todavía nada para castigar a los culpables.

Las charlas son interrumpidas bruscamente por el anuncio de un heraldo:

— Llegan los ilustrísimos señores cardenales Rolando Bandinelli y Bernardo de San Clemente, representantes pontificios.

Los príncipes cambian miradas de comprensión, y se disponen a asistir a un diálogo cortés entre el emperador y los prelados, o quizá a una escena tempestuosa.

Federico se sienta en el trono. Su perfil de acero se recorta neto y un rayo de sol aviva los cabellos y la barba rojizos.

El cardenal Rolando avanza unos pasos, desenrrolla un pergamino y comienza a leer el claro latín del Papa.

Adriano IV amonesta respetuosamente al soberano por no haber defendido la causa del arzobispo danés... « Tú hubieras debido castigar tan monstruoso delito. En cambio los malhechores se jactan de él. La Iglesia ha tenido siempre contigo una bondad materna, y tú... ».

Terminada la lectura, Federico, que no sabe latín, hace una seña a su canciller y lo invita a traducir el mensaje.

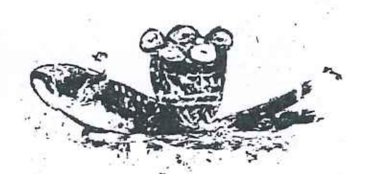
La voz de Reinaldo de Dassel repite en alemán las expresiones del Papa.

De pronto los oyentes se sobresaltan. Reinaldo ha traducido la palabra latina « beneficia » con « feudos ». ¿Cómo? ¿El emperador sería un vasallo del Pontífice? Federico se pasa nerviosamente la mano por la barba, pero calla. Los príncipes se agitan y los cardenales, que no comprenden bien el alemán, los miran con estupor.

Estalla un verdadero tumulto. Una voz grita:

— ¿Por qué Adriano dice « Estoy dispuesto a conceder al emperador otros feudos? ». ¿Acaso cree que está por encima del soberano?

MUJER



bre todo, escribe cartas a reyes y príncipes que se estremecen con sus profecías...

Un caballero desenvaina la espada y hace gesto de arrojarse contra los cardenales, pero lo detiene Federico:

— ¿No recuerdas que los embajadores son inviolables?

La voz es calma pero la mirada tiene reflejos metálicos.

Fuego en San Pedro

Al día siguiente los cardenales son despedidos villanamente. En vano han tratado de demostrar que « beneficia » no significa « feudos » sino sencillamente « beneficios, actos de benevolencia », y que el Papa considera al Emperador no como un súbdito sino como un hijo.

Federico envía cartas a sus amigos y feudatarios acusando al Papa de prepotencia.

Después trata de ligar a sí a los obispos de su territorio y prohibe a sus súbditos que vayan en peregrinación a Roma.

El Papa se apresura a aclarar el equívoco con otra carta. Federico se declara satisfecho pero la paz es aparente, y pronto vuelve a turbar la Iglesia alegando derechos de soberanidad sobre los obispos italianos.

Dos años después, en 1159, el cardenal Rolando Bandinelli sucede a Adriano IV con el nombre de Alejandro III. Ha obtenido dos tercios de los votos pero los partidarios del emperador eligen un antipapa y Federico lo confirma. Sin embargo Alejandro III no tiene miedo de Barbarroja y lanza contra él la excomunión.

El soberano no cede, y el cisma dura seis años. En esta época suceden en Italia los primeros trágicos episodios de la guerra entre Federico y los Comunes lombardos.

Milán es arrasada hasta el suelo. Los campesinos de la región, mordiéndose los puños de rabia, se ven imponer un yugo pesado: deben ceder continuamente a los soldados imperiales animales, dinero, víveres... Pero no se abaten y esperan la hora del desquite.

En 1167 Federico se dirige a Roma con un poderoso ejército para quitar el poder al Papa Alejandro.

Dos mil soldados romanos dejan la vida en el campo y otros tres mil caen prisioneros de los alemanes. Federico hace aplicar fuego a la Basílica de San Pedro. Las puertas de bronce ceden y al día siguiente, en medio de las ruinas y el humo, Barbarroja corona un nuevo antipapa mientras Alejandro busca refugio en Benevento.

El emperador exulta de alegría: nada detendrá su avanzada y se apoderará del mundo.

La mirada de una mujer

Pero en su ánimo hay una inquietud secreta a la cual no osa dar nombre. Cuando está solo, revive una escena sucedida poco antes de su partida para Italia.

Hildegarda se presentó ante él y ahora Federico no puede olvidar aquella mirada de mujer que no se bajó ante sus ojos de acero.

Vuelve a ver a aquella monja vestida con un pobre sayo, bien diversa de las damas de la corte siempre en adoración de sus joyas y brocados. Ve aquel brazo levantado como el de un profeta y oye nuevamente una frase de fuego:

« El Señor cuenta uno a uno tus delitos. Cuando la medida esté colmada, te romperá como un vaso de arcilla ».

Federico alza los hombros y ríe forzadamente: « ¡Fantasías de monja! ¡Charlatanerías de mujer exaltada! ».

Y trata de sofocar con el vino el pensamiento que no le da paz mientras se prepara a nuevas empresas.

Durante un banquete, cuenta como un chiste el episodio de la abadesa, pero no todos sus huéspedes ríen, y el falso Papa palidece.

Barbarroja se burla de él.

— ¡Mirad qué impresionable es! Claro, Hildegarda le ha dicho sus fantasías también a él... Le ha anunciado que descenderá pronto a la tumba con la tiara... Pero no temas — continúa después de una pausa. — ¿Qué quieres que valgan las fantasías de una monja frente a mi espada?

En ese moneto un príncipe se alza y dice:

— Majestad, no insistáis con esta broma. Quizá no conocéis bien a Hildegarda: las palabras de su boca no caen nunca en vano.

Todos quedan paralizados por tal atrevimiento y Federico, conteniendo a duras penas la cólera, se propone hacer pagar cara su audacia al príncipe.

Pocos días después comienza la peste en el ejército del emperador.

— Son los miasmas de los Pantanos Pontinos — observa Federico colérico y asustado.

— Es la mano de Dios que desciende sobre nosotros — le responde un prelado.

La discordia entre los príncipes imperiales apresura la ruina.

Mientras los Comunes italianos se unen en la Liga Lombarda, Federico se ve obligado a retroceder hacia Alemania. Llega al Mont Cenis con treinta caballeros y, para escapar a un atentado, debe disfrazarse de campesino. Al llegar a Grenoble se hace dar una pluma y escribe con mano temblorosa:

« Federico, emperador por gracia de Dios, presenta sus saludos a la abadesa Hildegarda y le hace saber que su predicción se ha cumplido ».

Poco después el falso Papa Pascual muere miserablemente.

Sin embargo Federico no quiere reconocer al Papa Alejandro y vuelve a Italia para apoyar un nuevo antipapa. Pero Dios lo espera en Leñano.

El 29 de mayo de 1176, el ejército de la Liga Lombarda deshace el de Barbarroja que se ve obligado a ceder.

Alejandro III lo recibe en Venecia en la Basílica de San Marcos. El emperador, con una grandiosa procesión, llega hasta el altar, depone su manto de púrpura, dobla la rodilla ante el Pontífice y le besa los pies. Alejandro, conmovido, lo levanta y lo abraza.

En la lejana celda del Monte Rupert, junto al gran Crucifijo, Hildegarda ora por la Iglesia de Dios que no ha cesado de luchar.

MARIA COLLINO

MUSIO

CALVARIO SIGLO XX

"Quien quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

La tormenta envuelve el cielo en espesos velos, penetrantes de gris. La tierra exhala un olor húmedo. El viento sopla con vuelos aplastantes, misteriosos. Las plantas se agitan. Los animales se aquietan, con las cabezas bajas, tristones, como si aguardaran. Los hombres se vuelcan al camino. Y en el camino, gritos, golpes, sangre. En el camino, El; caminante hacia su destino irremediable. Herido, despreciado, deshecho de los hombres.

"Mi alma está triste, hasta la muerte", dice en su corazón como en el Huerto.

—Merece la muerte—, y la punta de una lanza se le mete en la carne, empujada por carcajadas, alaridos, insultos.

Hay hombres y mujeres que se le acercan y le siguen, hombres y mujeres in-

—Jesús —clama un niño, abriéndose paso entre la multitud. Es puro, humilde y confiado.

—Jesús, te amo.

"Quien no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él", y el Caminante sonríe en su dolor.

Con el rostro oculto por el abrigo y el sombrero, el Cobarde se esconde entre la caravana. Está presente aquí, como en todas partes, sin comprometerse, sin asumir los riesgos de su presencia.

"No sé qué dices, yo no conozco a ese hombre...", hablan sus actos. "No entres en esa discusión, deja pasar aquella injusticia, cuídate de opinar, cuídate tú. Y si te ofenden, y si te dañan... ¡No des la cara! ¿Cristiano yo?

Quizá le conmueva el Despreciado, y lo

—No llores —pide el Señor.

Un hombre regresa de su trabajo, fatigada la frente, doloridos los brazos. En los oídos guarda todavía el rugido de los motores de la fábrica. Marcha apurado. Le aguardan otras largas horas de labor en su pequeño taller.

—¿Estás loco ? —le han dicho sus amigos. Respondió con una sonrisa oscura:

—Los míos necesitan pan, educación, tranquilidad.

Y el hombre de trabajo se abre paso también entre la multitud.

—Muerte de Cruz —murmura. Mira el leño, siente esa cruz sobre sus propios hombros, aplastándole el cuerpo, y:

—Ay... —un gemido. El condenado a muerte yace sobre la tierra, y la tierra exhala un olor húmedo como lastimada por la sangre.

La humanidad entera se agolpa en esa cruz, con sus miserias, debilidades y dolores. La humanidad, y El, el hombre-Dios, arrastrándola hacia la Redención.

—Ay... —Latigazos, aguijoneo de lanza, alaridos, le obligan a incorporarse. Debe seguir, llegar al fin.

El hombre de trabajo se aproxima al leño. El gentío hace un silencio, expectante. Sobre los hombros cargados de



móviles como petrificados de indiferencia, hombres y mujeres que vuelven la espalda para burlarse o recoger una piedra que caerá sobre El.

—¿Qué haré entonces con Jesús, el que se dice Cristo? —duda el Gobernante.

—Crucifícale, —responderán los necios.

El Gobernante se alza sobre el gentío. Su mirada se fija en el condenado a muerte. Cierra los ojos, no quiere ver la corona de espinas ni el manto de púrpura ni la caña por cetro.

"¿Es Rey? ¿Cuál es su reino?", medita. Y el Gobernante se contempla las manos. "¿Están limpias?", tiembla. "Yo soy inocente de la muerte de un justo". Las manos se enrojecen. Podrían detener la guerra y no lo hacen; el justo vuelve a morir mil veces en los campos de batalla. Podrían abrir rumbos de convivencia entre los pueblos, construir la unidad, encauzar las riquezas, alimentar a hambrientos, contener errores. "¿Están limpias?", tiembla el Gobernante.

—¿Tú eres el Rey? —pregunta al Caminante. Conoce la respuesta: "Tú lo dices".

El gris crece en el cielo. La tierra exhala un olor húmedo como lastimada por lágrimas. El viento sopla con vuelos aplastantes, misteriosos.

siga con los ojos enrojecidos por el llanto; quizá le niegue aún.

—La cruz... —susurra una mujer, y repasa sus días. Ve el hogar, su esposo, sus hijos. Una familia a la que ama, sostiene, empuja. Y el trabajo doméstico, las enfermedades, el temor por la crianza y educación de las criaturas, el cansancio del marido, las dificultades económicas, sus ansias de ser auténticamente mujer, su vocación profesional...

—Pequeña cruz, —medita. Pequeña cruz para morir cada día en su camino de amor como el del Caminante. Y el Caminante vuelve a morir mil veces en la pequeña cruz de la mujer.

Detrás suyo hay mujeres de todas las razas. Detrás suyo hay mujeres que vociferan, que pelean con los hombres, que suben a tribunas para reclamar libertades, que reniegan de su condición. Detrás suyo hay mujeres que trabajan, mujeres que sufren soledad y mujeres que pisotean su cruz. Y mujeres que ríen, y mujeres que lloran, y mujeres que rezan.

—Será crucificado, —y ella se estremece al contemplarlo envuelto en sangre.

—Cristo—. Un par de manos femeninas acarician el rostro del Redentor sobre un pañuelo blanco.

cansancio, el hombre apoya el extremo de la cruz para aliviar la carga de Cristo.

"Quien quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su Cruz y sígame", repite el Señor en su corazón.

Los sabios y doctores abren sus libros, estudian, interpretan las escrituras. Unos afirman, niegan otros, algunos dudan.

—¿Es este el que ha de venir?

Es el Hijo de Dios.

—Salvó a otros y a sí mismo no puede salvarse.

Los sabios y doctores discuten, alzan sus cátedras. Los alumnos niegan, afirman y dudan. La gente se divide al borde del camino.

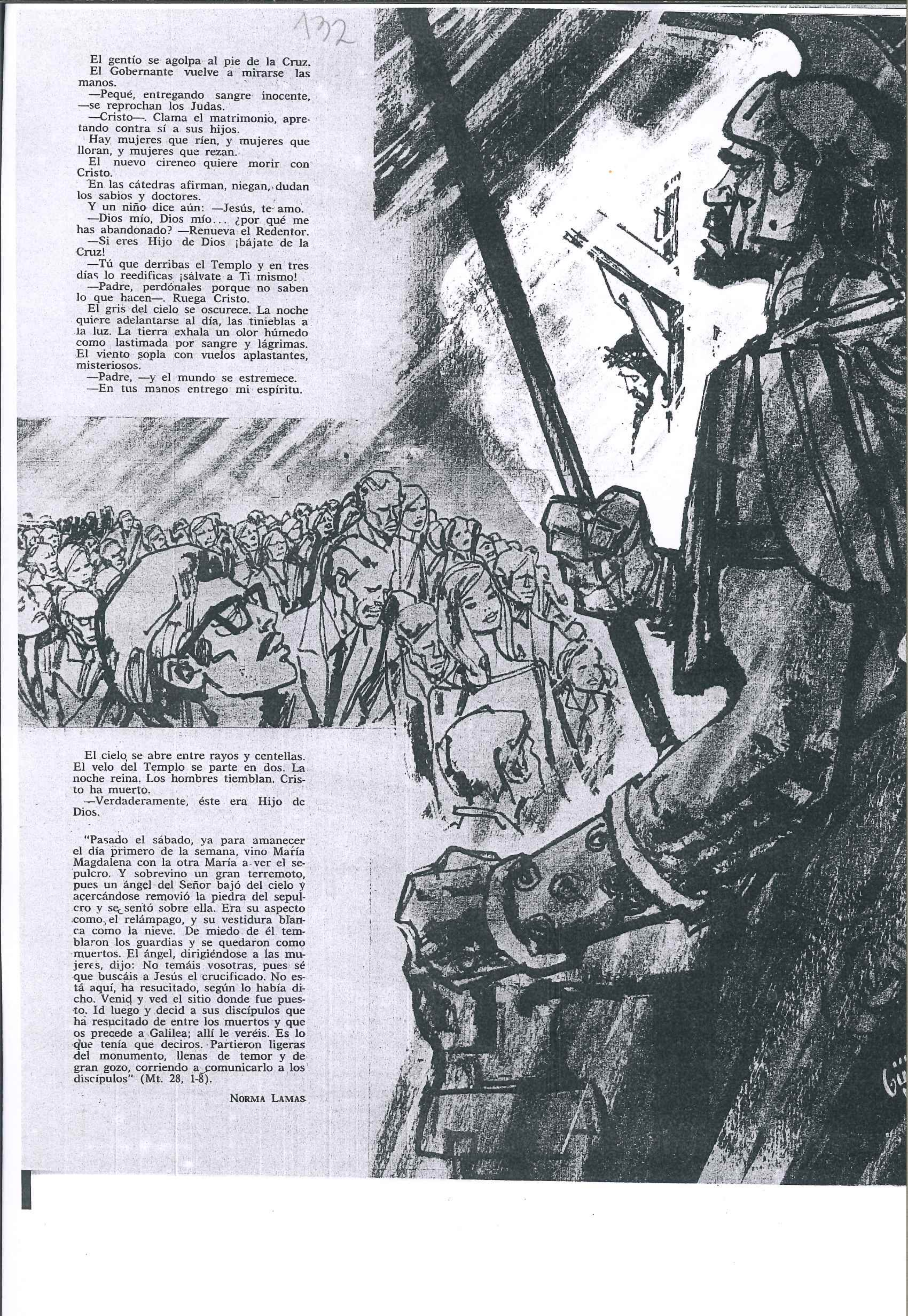
El Caminante alarga la mirada, pocos metros faltan.

—Es Cristo... Cristo, el Redentor—. Claman los santos.

—Mentiras... Mentiras... —gritan los falsos profetas.

Los soldados saltan sobre Cristo, despojándole a tirones de las vestiduras. Muchos hombres y mujeres huyen al sorprenderse desnudo, y el aire trae la angustia de los adúlteros.

—Tack .. Tack... Tack..., —el martillo cae sobre los clavos. Manos y pies se abren en llagas rojas como rosas de sangre, y el Caminante es ya el Crucificado.



El gentío se agolpa al pie de la Cruz.
El Gobernante vuelve a mirarse las manos.
—Pequé, entregando sangre inocente, —se reprochan los Judas.
—Cristo—. Clama el matrimonio, apretando contra sí a sus hijos.
Hay mujeres que ríen, y mujeres que lloran, y mujeres que rezan.
El nuevo cireneo quiere morir con Cristo.
En las cátedras afirman, niegan, dudan los sabios y doctores.
Y un niño dice aún: —Jesús, te amo.
—Dios mío, Dios mío... ¿por qué me has abandonado? —Renueva el Redentor.
—Si eres Hijo de Dios ¡bájate de la Cruz!
—Tú que derribas el Templo y en tres días lo reedificas ¡sálvate a Ti mismo!
—Padre, perdónales porque no saben lo que hacen—. Ruega Cristo.
El gris del cielo se oscurece. La noche quiere adelantarse al día, las tinieblas a la luz. La tierra exhala un olor húmedo como lastimada por sangre y lágrimas. El viento sopla con vuelos aplastantes, misteriosos.
—Padre, —y el mundo se estremece.
—En tus manos entrego mi espíritu.

El cielo se abre entre rayos y centellas. El velo del Templo se parte en dos. La noche reina. Los hombres tiemblan. Cristo ha muerto.
—Verdaderamente, éste era Hijo de Dios.

"Pasado el sábado, ya para amanecer el día primero de la semana, vino María Magdalena con la otra María a ver el sepulcro. Y sobrevino un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo y acercándose removió la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Era su aspecto como el relámpago, y su vestidura blanca como la nieve. De miedo de él temblaron los guardias y se quedaron como muertos. El ángel, dirigiéndose a las mujeres, dijo: No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí, ha resucitado, según lo había dicho. Venid y ved el sitio donde fue puesto. Id luego y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos y que os precede a Galilea; allí le veréis. Es lo que tenía que deciros. Partieron ligeras del monumento, llenas de temor y de gran gozo, corriendo a comunicarlo a los discípulos" (Mt. 28, 1-8).

NORMA LAMAS